





**Casa abierta al tiempo**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA - XOCHIMILCO  
División de Ciencias y Artes para el Diseño

**El libro es un alimento  
Menú de un concepto metafórico**

Idónea Comunicación de Resultados  
que presenta

Carlos Francisco Gallardo Sánchez

Para optar por el grado  
de Maestro en Diseño y Producción Editorial

Tutor:

Mtro. Alejandro Tapia Mendoza

Lectores:

Mtro. Luis Antonio Rivera Díaz

Dr. Arnulfo Uriel de Santiago Gómez

**MDPE**

MAESTRÍA EN DISEÑO  
Y PRODUCCIÓN EDITORIAL

México, D. F.

Junio de 2013

# ÍNDICE

**Introducción / 7**

## **Capítulo 1. Entrada**

**Retórica y metáforas conceptuales, utensilios para pensar un fenómeno / 10**

- 1.1 La retórica, definición y características principales / 11
- 1.2 Las operaciones de construcción del discurso y la *inventio* / 15
- 1.3 La noción de tópico como lugar común de opinión / 20
- 1.4 Las metáforas conceptuales, elementos básicos de una teoría / 24

## **Capítulo 2. Medio tiempo**

**El libro sobre la mesa del discurso: historia, tópico y metáfora / 34**

- 2.1 Las nociones de tónica y tópico como categorías históricas / 37
- 2.2 La metafórica histórica y las metáforas de alimentos / 42
- 2.3 Las metáforas del libro según Ernst Robert Curtius / 44

## **Capítulo 3. Platillo principal**

**El libro es un alimento: aspectos estructurales, retóricos e históricos de un concepto metafórico / 52**

- 3.1 EL LIBRO ES UN ALIMENTO, concepto metafórico y expresiones discursivas / 55
  - 3.1.1 Su relación con otras metáforas conceptuales / 61
  - 3.1.2 El aspecto del libro que destaca y el que oculta / 68
  - 3.1.3 Su fundamento en la experiencia de la oralidad / 70
- 3.2 La dimensión retórica del concepto metafórico EL LIBRO ES UN ALIMENTO / 73
  - 3.2.1 Factores de los que depende su capacidad persuasiva / 77
  - 3.2.2 Su uso retórico y el quehacer editorial / 81
- 3.3 El concepto metafórico EL LIBRO ES UN ALIMENTO y la historia de la cultura escrita / 85

**Capítulo 4. Postre**  
**Cómete este libro. Repertorio gastronómico**

4.1 Platos y comensales / 101

4.2 Arte de comer, dietas y excesos / 125

4.3 Hasta la cocina / 139

**Conclusiones / 144**

**Bibliografía / 150**

**Anexo / 156**

Con base en el artículo 148 de la Ley Federal del Derecho de Autor, los textos y las imágenes reproducidos en este trabajo académico son utilizados para fines de investigación científica, sin alteración de la obra y citando las fuentes.

*Para mi padre, que me llevó a los libros;  
para mi madre, que me dijo que me los comiera.*

*Mi alter ego creía en la invención o descubrimiento de metáforas nuevas;  
yo en las que corresponden a afinidades íntimas y notorias  
y que nuestra imaginación ya ha aceptado.*

Jorge Luis Borges

*Las relaciones de la humanidad con estos objetos resistentes, capaces de  
atravesar un siglo, dos, veinte, vencer, si se quiere, la arena del tiempo,  
nunca fueron inocentes. Han adherido a la fibra de la madera, blanda  
e inquebrantable, una vocación humana.*

Carlos María Domínguez

## Introducción

En el origen de este ensayo hay una anécdota de casa, en aquel entonces sólo uno de esos comentarios que hacen las madres para hacer ver a los hijos sus propios desvaríos, quienes van por el mundo arrebatados por sus pasiones: “Come libros”, dijo mi madre. De ese modo ella aclaraba el camino que yo tenía que seguir después de un gasto inmoderado por la compra de ciertos e irresistibles ejemplares. Y de ese modo también, años antes de que sucedieran las siguientes páginas, ella vaticinaba el tema sobre el cual tratan, yo sin saberlo en ese momento, desprevenido: la metáfora del libro como alimento.

Digo pues que muchos de nuestros actos siguen corrientes subterráneas, conectados a sus manantiales de origen, borbollones que permanecen inadvertidos hasta que seguimos las trayectorias que nos llevan frente a ellos. Así sucede con este ensayo que para decir lo que tiene que decir, en las formas adecuadas para la ocasión, se ha allegado de una perspectiva y una terminología que sin duda permiten una distancia fructífera, pero que no por ello deja de hablar sobre algo inevitablemente personal: la convivencia con el libro y el disfrute de la lectura.

Por supuesto, en las razones que justifican este trabajo, están las percepciones y los intereses compartidos con otros, que surgen de nuestro paso por los parajes enmarañados de eso que llamamos realidad, a veces tan ajenos a nuestros propios deseos. Tanto hemos dicho sobre el libro impreso para convencer y convencernos de que es un objeto imprescindible, tan básico y categórico como la rueda o la palanca, como si de ese modo pudiéramos contrarrestar la inercia de los cambios que atestiguamos. Y en el camino perdemos de vista algo más fundamental: el lector y la lectura.

Así que este trabajo académico trata sobre el libro en su relación indisoluble con la lectura. Ha sido concebido como un ensayo en el sentido de una exploración que ordena, prueba y sugiere ideas, y su enfoque abreva tanto de la retórica clásica como de la que puede considerarse una de sus derivaciones contemporáneas, la teoría de las metáforas conceptuales. En concreto, trata sobre

la presencia del libro y la lectura en el lenguaje o los lenguajes; para ser más preciso, sobre cierta forma en cómo nos referimos al libro y la lectura en diferentes discursos: el habla común, los textos religiosos, la literatura, la publicidad, el arte, vinculados todos ellos en este caso por el uso de un recurso metafórico que asocia al libro con el alimento, a la palabra con la comida.

Con base en evidencias discursivas provenientes de fuentes documentales, mi búsqueda ha sido la de las concepciones comunes que definen y hacen posible estas expresiones semejantes en su diversidad: los puntos de partida conceptuales, de uso cotidiano, que en cierta medida intervienen en la configuración de las experiencias de aquellos que los utilizan cuando se expresan, al ayudar a que estas experiencias sean comprendidas y exteriorizadas.

El objetivo de este ensayo es, por lo tanto, mostrar cuáles son las características de lo que he denominado el concepto metafórico EL LIBRO ES UN ALIMENTO, que está en el fondo de las expresiones metafóricas en las que hablamos o visibilizamos el libro en un sentido gastronómico; cómo este concepto está vinculado con otras construcciones de la misma naturaleza; qué nos muestra y que nos oculta cuando lo usamos; cómo no es una invención caprichosa y más bien está relacionado de manera fundamental con la experiencia humana.

También me ocupé de señalar cuál es su función retórica en los discursos donde lo encontramos, de qué depende su capacidad persuasiva, y cómo este conocimiento puede ayudarnos a crear discursos en torno al libro y la lectura, como parte de una labor editorial o cultural que busque un acercamiento diferente a los lectores o posibles lectores. Además reviso algunos ejemplos significativos donde se manifiesta esta idea metafórica, en los cuales es posible leer huellas históricas de la cultura escrita, con lo cual quiero subrayar cómo los usos de este concepto metafórico responden a contextos delimitados.

Hay que decir entonces que el ensayo está dividido en cuatro capítulos, a los cuales, haciendo uso de la misma metáfora gastronómica que analizo, he dado la secuencia de un menú. El primer capítulo, que corresponde a la entrada, se titula “Retórica y metáforas conceptuales, utensilios teóricos” y en él expongo los conceptos que me sirven para construir mi perspectiva de estudio. En el medio

tiempo está el segundo capítulo “El libro sobre la mesa del discurso: historia, tópico y metáfora”, que me sirve como puente para transitar hacia mi objeto de investigación, ya que desarrolla un primer acercamiento a las metáforas del libro como tema de discursos literarios, con una historicidad propia.

El tercer capítulo es el platillo principal y lleva por nombre “El libro es un alimento: aspectos estructurales, retóricos e históricos de un concepto metafórico”, cuyo contenido ya delinee en párrafos previos. Finalmente, a manera de postre, está el capítulo 4, que se titula “Cómete este libro. Repertorio gastronómico”, en el cual presento todos los ejemplos de la metáfora conceptual EL LIBRO ES UN ALIMENTO que reuní para el desarrollo de esta reflexión. Hay por supuesto unas conclusiones. Las páginas de este escrito aspiran a ser los pasos que siguen una trayectoria.

Agradezco las orientaciones de Alejandro Tapia, tutor, y Antonio Rivera y Arnulfo de Santiago, lectores de este trabajo, así como el apoyo de Gubisha Ruiz, Catalina Durán, Amelia Rivaud, Socorro Venegas, Alicia Espinosa, Gerardo Kloss, Enrique César, Alejandro Rivas, Julio Mora, Carlos Eduardo Ramírez y Cristóbal Sánchez. Reconozco también la ayuda brindada por la Dirección de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, especialmente la Subdirección de Promoción y Eventos Especiales.

## Capítulo 1. Entrada

### Retórica y metáforas conceptuales, utensilios para pensar un fenómeno

El objeto de reflexión de este ensayo lo constituyen determinadas formas recurrentes mediante las cuales se concibe y representa el libro, las cuales pueden identificarse en expresiones discursivas, lingüísticas y gráficas. Sostengo que estas formas son metáforas conceptuales que se utilizan como ejes de discursos y acciones encaminadas a promover distintos atributos y valoraciones del libro. Por lo cual, estas entidades pueden considerarse más ampliamente como fenómenos retóricos, ya que tienen un lugar y cumplen una función en el contexto de prácticas comunicativas cuya finalidad es la adhesión de los receptores a los significados que éstas proponen.

A través de la revisión de un caso específico, el de la metáfora que representa al libro como un alimento, me propongo explicar por qué es una metáfora conceptual en el sentido que aquí se plantea, de qué manera se estructura y expresa, en qué consiste su retoricidad, y cuáles son sus rasgos históricos principales.

En este capítulo presentaré los conceptos pertinentes para explicar, por un lado, qué se entiende por retórica y en qué consiste el proceso retórico de construcción del discurso, poniendo énfasis en la instancia conocida como *inventio*. Y por otro, qué se entiende por metáfora conceptual, cuáles son sus tipos, así como sus propiedades básicas.

El primer grupo de conceptos es una herramienta que me ayudará a reconocer los elementos y las características de los discursos retóricos, es decir, persuasivos, pero fundamentalmente a centrarme en la dimensión que se identifica con los aspectos conceptuales que intervienen en la creación de estos discursos. Con la mirada puesta en esta dimensión, el segundo grupo de conceptos me servirá para identificar y describir un tipo de construcción conceptual cuya formulación opera en cada caso como una idea general a partir

de la cual se desarrolla el contenido e incluso se estructura la expresión de éste en algunos discursos sobre el libro.

De este modo busco articular, mediante un movimiento que va de lo general a lo particular, dos perspectivas teóricas a las cuales corresponden los conceptos que utilizaré:

1. La retórica como disciplina del lenguaje que se encarga de estudiar y proponer soluciones a problemas de comunicación, de raíz aristotélica y por lo tanto enfocada en el plano inventivo y tópico del discurso, es decir, en su sustrato conceptual.
2. La teoría de las metáforas conceptuales o conceptos metafóricos, propuesta por George Lakoff y Mark Johnson, que estudia los conceptos mediante los cuales los seres humanos funcionamos en la vida cotidiana, puesto que constituyen vehículos para comprender y comunicar aspectos relevantes de nuestra realidad.

### **1.1 La retórica, definición y características principales**

Con origen en la antigüedad griega, la retórica es una disciplina del lenguaje que se concibe como una herramienta para pensar y construir aquellos discursos mediante los cuales se busca que los receptores se adhieran a los argumentos que se les plantean y actúen en consecuencia, es decir, discursos persuasivos. Aristóteles la entiende como “la facultad de conocer en cada caso aquello que pueda persuadir” (Aristóteles, 2007: 44); lo reafirma cuando más claramente señala que “la retórica, por así decirlo, parece que puede conocer, respecto de un asunto propuesto, aquello que es apto para persuadir” (Aristóteles, 2007: 44).

Como podemos observar en esta concepción clásica y fundacional, la retórica se entiende como una disciplina cuyos conocimientos deben servir a fines prácticos. Así la entiende Aristóteles desde el inicio de su tratado sobre la retórica cuando se refiere a ésta como un arte o *techné*:

El arte de la retórica es paralelo al de la dialéctica, porque ambas tratan de aquello que comúnmente todos pueden conocer de alguna manera y que no pertenece a ninguna ciencia determinada. Por eso, todos poseen ambas artes en alguna forma, como quiera que todos tratan, hasta cierto punto, de buscar y sostener lo que afirman y se ingenian para defender y acusar. Entre el vulgo, algunos hacen esto espontáneamente; otros, empero, por la costumbre que procede de un hábito.

Por consiguiente, ya que se puede hacer de ambas maneras, es evidente que también se podrán dar reglas para ellos. Porque es posible ver la causa por la cual logran su objeto, tanto los que hacen esto por costumbre, como los que lo logran espontáneamente; y entonces todos admitirán que se trata de algo que pertenece al arte” (Aristóteles, 2007: 39).

Para aclarar el sentido del término *arte* según su uso aristotélico, en su edición crítica en español del *El arte de la retórica*, el filólogo Ignacio Granero sintetiza la explicación hecha por Werner Jaeger:

Dicha palabra trata de expresar que estas labores prácticas o estas actividades profesionales no responden a una simple rutina, sino a reglas generales y a conocimientos seguros; en este sentido el griego *tékhnē* corresponde frecuentemente, en la terminología filosófica de Platón y Aristóteles, a la palabra *teoría* en sentido moderno, sobre todo allí donde se la contrapone a la mera experiencia. A su vez, *tékhnē* como teoría se distingue de la *teoría* en el sentido platónico de la *ciencia pura*, ya que aquella teoría (la *tékhnē*) se concibe siempre en función de una práctica (Werner Jaeger citado en Aristóteles, 2007: 112).

Por lo tanto, y para decirlo con mayor precisión, al hablar de la retórica como un arte o *techné*, se habla básicamente de un conjunto de conocimientos teóricos sobre los discursos, pensado para su aplicación práctica en acciones discursivas de tipo persuasivo. Cabe mencionar que en una *techné*, el origen de estos conocimientos es la experiencia: cuando una experiencia resulta exitosa en la obtención de resultados con respecto a una actividad u objeto, se imita y se transmite a otros mediante su racionalización, es decir, mediante su abstracción en modelos, reglas y formas. De este modo se establece un método o camino.

Este tipo de conocimiento nacido de la experiencia cumple su propósito cuando quien lo posee lo pone en práctica en el terreno de la experiencia misma, pero ahora consciente de las razones de su proceder y de la posibilidad de soluciones distintas (Rivera, 2007: 13).

De vuelta a la definición aristotélica de retórica, según la cual ésta es un arte o *techné* que se encarga de conocer en cada caso lo que pueda persuadir, se puede ver que el objeto de la retórica no es la persuasión en sí, sino aquello que es más apto para llevar a cabo esta acción. Hay aquí un énfasis en el conocimiento, que señala hacia el plano conceptual del discurso y sugiere el papel de éste como base para la elaboración del discurso mismo. De modo tal que, en una definición contemporánea, se define a la retórica como “el arte o *techné* para la invención de argumentos orientados a la persuasión de auditorios particulares” (Rivera, 2007: 12).

Desde esta perspectiva, la retórica puede ayudar a teorizar un proceso de pensamiento esencial para la actividad discursiva: la invención de argumentos. Es decir, constituye un marco adecuado para realizar un trabajo de indagación, valoración, sistematización o instrumentación de los conceptos o significados que se hallan presentes o que pueden determinar cada una de las tres grandes partes del discurso: el que habla, de lo que se habla y el que escucha. Conviene aquí recordar lo dicho por Aristóteles respecto al discurso oral: “Porque el discurso consta de tres elementos, a saber, del que habla, de aquello acerca de lo que habla, y de aquel a quien se dirige; y el fin se refiere a este mismo, es decir al oyente” (Aristóteles, 2007: 51).

Como lo observa el filósofo estagirita, la finalidad del discurso persuasivo está determinada por el oyente. Por este motivo el trabajo retórico necesario para su elaboración debe realizarse no por propósitos meramente especulativos, sino con la finalidad de encontrar, en cada una de sus partes, aquellos elementos que puedan ser verosímiles y por lo tanto útiles para persuadir a una audiencia. De hecho, en el contexto de su época, Aristóteles afirmó que, puesto que son tres las clases de oyentes, son tres también los géneros de la retórica: deliberativo, demostrativo y judicial (Aristóteles, 2007: 51).

Tenemos así una caracterización de la retórica que incluye los siguientes rasgos:

- Se trata de un arte que busca modelos de acción discursiva.
- Su objeto específico de conocimiento son los medios adecuados para persuadir.
- Pone atención a los significados en los que se basan los discursos persuasivos.
- Da un papel central al receptor en la construcción de este tipo de discurso.
- Explicita tanto los recursos conceptuales como los expresivos que se utilizan para causar un efecto en el receptor.

Con base en lo expuesto hasta aquí, y siendo de utilidad para el estudio de las metáforas del libro, identifico como parte de la retórica un principio general de investigación teórica que conceptualiza los elementos existentes o necesarios en las distintas partes del discurso persuasivo. Esta búsqueda se apoya en una racionalidad que admite la validez tanto de la razón como de la pasión como causas para motivar u orientar la decisión y la acción. En el terreno concreto de la elaboración discursiva, me parece que este principio se formaliza en la operación retórica de la *inventio*.

Antes de revisar cuáles son las operaciones retóricas de construcción del discurso persuasivo y, en este contexto, abordar algunos aspectos relevantes de la *inventio*, debo señalar que la visión aristotélica de la retórica considera el discurso en términos de un proceso. Roland Barthes hace notar esta implicación, la cual lógicamente conduce a una selección de determinados elementos del discurso en tanto objeto de estudio; en este caso, el recorte privilegia los conjuntos de acciones que intervienen en la elaboración discursiva, a los cuales se denominan operaciones retóricas. El autor francés escribe: “Atendiéndose a la noción de *tekhnē* (es un poder), el enfoque aristotélico coloca en primer lugar la *estructuración* del discurso (operación activa) y relega al segundo plano su estructura (el discurso como producto)” (Barthes, 1993: 158).

## 1.2 Las operaciones de construcción del discurso y la *inventio*

En la tradición de influencia aristotélica, el arte retórico consta de cuatro o cinco operaciones o partes, según el autor que las describa: *inventio*, *dispositio*, *elocutio*, *actio* y *memoria*. Estos términos nombran e identifican conjuntos de acciones que participan en el proceso de construcción del discurso y que se articulan entre sí. Representan la formalización de secuencias de experiencias que se ponen en marcha cada vez que se hace un discurso; ofrecen una explicación acerca de estas experiencias. Dicha explicación puede constituir tanto un saber para conocer como un saber para hacer, es decir, puede ser considerado como una herramienta analítica así como una herramienta creativa en la generación de ideas y formas para los discursos de naturaleza persuasiva. Ambas facetas de este saber llamado retórica pueden interactuar en el marco de un juego consciente que busque la complementariedad continua.

Aquí cabe recordar lo dicho por Jean-Marie Klinkenberg, fundador del Grupo  $\mu$ , durante el Seminario Teoría de las figuras retóricas, ofrecido en la Universidad Autónoma Metropolitana, en la Ciudad de México, en noviembre de 2010. Explicó que el desarrollo histórico de la retórica ha tenido dos vertientes: una teórica, centrada en el estudio del poder que ejerce el lenguaje en la sociedad; y una práctica, interesada en lograr la influencia sobre los otros.

Sobre la naturaleza de las operaciones retóricas, Barthes escribe: “[...] hay que insistir en la naturaleza activa, transitiva, programática y operativa de estas divisiones [las operaciones retóricas]; no se trata de elementos de una estructura sino de actos de una articulación progresiva, como bien muestra la forma verbal (mediante verbos) de las definiciones” (Barthes, 2009: 160).

Las definiciones de las que habla Barthes son las que incluye en una tabla que a continuación reproduzco dado su carácter sintético (Barthes, 2009: 261):

1. <i>Inventio/Héuresis</i>	<i>invenire quid dicas</i>	encontrar qué decir
2. <i>Dispositio/Taxis</i>	<i>inventare disponere</i>	poner en orden lo que se ha encontrado
3. <i>Elocutio/Lexis</i>	<i>ornare verbis</i>	agregar el ornamento de

		las palabras
4. Actio/ <i>Hypókrisis</i>	<i>agere et pronuntiare</i>	recitar el discurso como un actor: gestos y dicción
5. Memoria/ <i>Mneme</i>	<i>memoriae mandare</i>	aprender de memoria

Para Helena Beristáin, la “retórica antigua presenta sucesivamente cuatro partes principales, correspondientes a cuatro operaciones casi simultáneas mediante las cuales se elabora y se pronuncia el discurso oratorio: *inventio*, *dispositio*, *elocutio* y *actio* (en Aristóteles)” (Beristáin, 2008: 427). No obstante, señala que algunos retóricos incluían en la retórica, después de la *elocutio*, otras fases como la *memoria* y la *pronunciatio*, las cuales se refieren “ya no a la elaboración del discurso sino a su realización verbal y la formación del orador” (Beristáin, 2008: 428).

Además de estas partes que tradicionalmente se identifican como constitutivas de la retórica, algunos autores mencionan la existencia de la *intellectio*, una operación que tiene como objetivo conocer la situación comunicativa a la que deberá responder el discurso persuasivo. Para Heinrich Lausberg, la *intellectio* consiste en un proceso de recepción y análisis de la información acerca de la cuestión, diferente a la *inventio*, que es un proceso activo y generador de ideas y argumentos adecuados para la situación. (Rivera, 2007: 26). Para Tomás Albadejo, “la función de la *intellectio* es lograr la comprensión del hecho retórico. Éste es un conjunto que incluye al orador, destinatario, contexto espacio-temporal y al propio texto retórico” (Rivera, 2007: 33). Estos autores consideran la *intellectio* como una instancia autónoma de las otras operaciones, previa a la *inventio*; Helena Beristáin la incluye como parte de la *inventio*, de acuerdo con el canon aristotélico.

En el contexto de la antigüedad grecolatina, en la elaboración del discurso oratorio se reconocen dos grandes fases: la preparación y la realización. En la primera se encuentran la *inventio* y la *dispositio*; y en la segunda, la *elocutio* y la *actio*. Sin embargo, desde una perspectiva que se centra en el discurso escrito, en un contexto moderno, Lausberg establece que “la *inventio* tiene que ver con los

contenidos y las ideas, mientras que la *dispositio* y la *elocutio* atienden las expresiones” (Rivera, 2007: 45). Es decir que, de acuerdo con esto, la *inventio* permanecería en la fase de preparación, pero la *dispositio* se desplazaría hacia la fase de realización, al lado de la *elocutio*.

Esta permanencia de la *inventio* sugiere su estabilidad como punto de partida de los discursos tanto orales como escritos e incluso visuales, ya que mediante ella se observarían las ideas que, construidas histórica y socialmente, atraviesan los discursos independientemente de su lenguaje de expresión. En el marco de una descripción sobre la especificidad de la retórica del diseño gráfico, que se manifestaría en la realización de la *dispositio* y la *elocutio*, el pedagogo e investigador del diseño Antonio Rivera señala que hasta antes de estas operaciones,

todas las retóricas proceden de manera similar. La literaria, la musical, la arquitectónica, la política, la educativa, son ejemplos de retóricas que realizan procesos similares para entender las características específicas de cada problema retórico [proceso intelectual], y después de ello, todas proceden de manera muy parecida acudiendo a los lugares o tópicos [proceso inventivo]. Sin embargo, sus diferencias se vuelven evidentes cuando sus respectivos discursos se manifiestan, ya que, por ejemplo, un discurso musical utiliza elementos sonoros, mientras que uno arquitectónico usa elementos espaciales y tridimensionales (Rivera, 2007: 45).

Puedo decir entonces que la *inventio* es un proceso supradiscursivo en el que se trabaja con estructuras conceptuales, ideas o significados que pueden ser comunes a discursos de naturaleza distinta pero con un mismo horizonte temático. Esta conceptualización de la *inventio* permitiría metodológicamente su estudio de manera transversal en estos discursos que presentan lenguajes diferentes. En este sentido, la *inventio* es el encuadre apropiado para ubicar las metáforas del libro en la complejidad discursiva, las cuales, según la perspectiva teórica que expondré más adelante, se consideran conceptos estructurados metafóricamente, antes que sólo expresiones lingüísticas metafóricas.

En otras palabras, el estudio de las metáforas del libro constituye un problema retórico que se refiere a la *inventio* de algunos discursos sobre el libro, específicamente a los tópicos o lugares comunes desde lo que se parte para hablar y representar este objeto cultural. Es decir, las metáforas del libro formarían parte de estos tópicos o lugares comunes. Así, me interesa no la especificidad del lenguaje que distingue a cada discurso donde se perciben estas metáforas, sino la generalidad del significado que implican estas construcciones conceptuales, y en la cual estos discursos se basan para el desarrollo de su contenido.

Establecida esta consideración general acerca de cómo se entiende el estudio de las metáforas del libro en relación con la *inventio*, me concentraré en detallar algunos aspectos centrales de esta operación retórica, principalmente en lo relativo a los tópicos o lugares comunes. A la definición proporcionada por Roland Barthes, agrego la que propone Helena Beristáin:

La *inventio* abarca lo relativo a la concepción del discurso, al hallazgo de las ideas generales, los argumentos, los recursos persuasivos. La *inventio* examina cada una de las otras operaciones (*dispositio*, *elocutio* y *actio*), desde el punto de vista del emisor, del receptor y del mensaje mismo (Beristáin, 2008: 427).

Con esta definición se confirma que la *inventio* desempeña una función directriz en el proceso general de elaboración del discurso, dado que procura responder a la pregunta sobre dónde encontrar lo que se va a decir. En otras palabras, con la *inventio* se busca y define el contenido del discurso, acerca de lo que se va a hablar. En un artículo publicado en su bitácora virtual *El árbol de la retórica*, el estudioso del discurso retórico Alejandro Tapia escribe que “La invención está entonces vinculada al *logos*, al hallazgo que nos permite asegurar las proposiciones, y se centra más en el estudio de *qué* debemos decir antes que en el *cómo*. La invención es el centro de la actividad retórica, pues ahí se genera su núcleo argumentativo” (Tapia, 2007: s/p).

La relación que la *inventio* guarda con las otras operaciones de construcción del discurso es la de una fuente de energía argumentativa que pone a funcionar la “máquina retórica”, como llama Roland Barthes al aparato teórico-práctico de esta

antigua disciplina. En el caso de la *dispositio*, la *inventio* proporciona el material que ha de ordenarse en una estructura preestablecida. Este material obtenido en la *inventio* y ordenado en la *dispositio* ha de expresarse en el lenguaje mediante la operación de la *elocutio*. Cuando en el caso de algunos autores se señala la existencia de la *intellectio* como operación previa a este proceso, se puede decir que la *inventio* parte del conocimiento de la situación retórica que provee la *intellectio* y lo transforma en un insumo que ha de orientar su búsqueda de los lugares comunes.

Antes que para crear nuevas ideas, esta operación es una herramienta para encontrar las más adecuadas para convencer o conmover a una audiencia específica, de entre el reservorio cultural del campo argumentativo al que pertenece el discurso que se elabora. Con base en este conocimiento es que los argumentos o los contenidos encontrados pueden someterse a un proceso de transformación o no. Roland Barthes precisa la naturaleza de la *inventio* y me ayuda a continuar hacia el tema de los tópicos o lugares comunes:

La *inventio* remite menos a una invención (de los argumentos) que a un descubrimiento: todo existe ya, lo único necesario es encontrarlo: es una noción más 'extractiva' que 'creativa'. Esto se ve corroborado por la designación de un 'lugar' (la tópica) de donde se pueden extraer los argumentos y a donde hay que irlos a buscar: la *inventio* es un camino (Barthes, 1993: 162)

En esta reflexión puede observarse cómo la idea de la *inventio* toma forma a partir de una metáfora: de ahí que se habla de esta noción como un camino y de los lugares que pueden hallarse si se recorre. La metáfora que permea la *inventio* tiene un gran poder explicativo y resulta propicia para comprender esta operación. Por lo tanto, al hacer uso de ella puedo decir que, en el marco de la *inventio*, el orador o emisor es un viajero que deberá cruzar y conocer distintos lugares de pensamiento u opinión para poder construir un mensaje que llegue certeramente al destino que representa su auditorio, donde certeramente significa con capacidad de persuasión.

En este camino que es la *inventio*, se plantean dos vías o maneras de persuadir: apelando a la razón para convencer o apelando a la pasión y los sentimientos para conmover. De modo que los argumentos o ideas que encontremos para darle contenido a nuestros discursos pueden fungir, según su tipo, “como instrumentos intelectuales (que convencen) o como instrumentos afectivos (que conmueven) para lograr la persuasión mediante un alto grado de credibilidad” (Beristáin, 2008: 273).

La primera vía se sigue cuando se piensa la eficacia del mensaje en función de que sus cualidades internas logren plantear convincentemente los razonamientos presentes en él; la segunda, cuando se piensa esta eficacia comunicativa relacionada con las características del público al que va dirigido el mensaje, específicamente considerando su psicología y circunstancia. Barthes explica estas opciones de la siguiente manera:

De la *inventio* parten dos grandes vías, una lógica, otra psicológica: convencer y conmover. Convencer (*fidem facere*) requiere un apartado lógico o pseudológico [...]: mediante el razonamiento, se trata de introducir una violencia justa en el espíritu del oyente, cuyo carácter, las disposiciones psicológicas, no se tienen entonces en cuenta: las pruebas tienen su fuerza propia. Conmover (*animos impeliere*) consiste, por el contrario, en pensar el mensaje probatorio no en sí mismo sino según su destino, el humor de quien debe recibirlo, en movilizar pruebas subjetivas, morales (Barthes, 2009: 163).

### **1.3 La noción de tópico como lugar común de opinión**

Hay que recordar que, ya sea una u otra la intención que se decida enfatizar en el discurso, de lo que se trata en la *inventio* es de reconocer en ambos casos aquellos lugares de pensamiento u opinión que puedan servir como punto de partida para concebir y desarrollar el contenido. Damos paso ahora, dentro del amplio temario que conforma la *inventio*, a la cuestión de los lugares comunes o tópicos, una de las propuestas de la retórica que me parece poderosamente sugestiva para pensar los discursos a los que cotidianamente estamos expuestos,

pero también para llevarlos a cabo con la conciencia de lo que pueden ser sus fundamentos cuasilógicos, conceptuales o simbólicos.

De acuerdo con la perspectiva de Heinrich Lausberg, a los lugares comunes o tópicos podemos entenderlos en dos sentidos: “como esquemas de pensamiento y, por ende, vacíos de contenido” o como “ideas u opiniones comunes del campo argumentativo donde se inserta el discurso específico de cada situación retórica” (Rivera, 2007: 38). Si establecemos una relación con la interpretación hecha por Roland Barthes con respecto a este mismo tema, el primer sentido se refiere a los lugares formales comunes a todos los temas: lo posible/imposible, lo existente/inexistente y más/menos; y el segundo a “lugares propios de temas particulares; proposiciones especiales, aceptadas por todos: son verdades de experiencia” (Barthes, 1993: 185).

Desde otro punto de vista, en estos dos sentidos del lugar común, observo dos niveles de referencialidad que pueden estar presentes a un mismo tiempo en la puesta en escena del discurso, sobrepuestos. Tendríamos, por un lado, lugares comunes que son referentes estructurales como reglas del juego de la cultura y la vida en sociedad en general; y por otro, referentes simbólicos cargados del contenido de una cultura y una comunidad específica. Supongo que en la realidad discursiva los dos sentidos o niveles del lugar común se conjugan para cumplir una función: servir como esquemas mentales que posibilitan el entendimiento y motivan la acción. Consciente de este aspecto, la noción de lugar común puede resultar sumamente provechosa para ser utilizada tanto como categoría de análisis como punto de partida para la producción de discursos persuasivos.

En esta investigación, adoptaré la noción de tópico o lugar común que hace referencia a ideas, temas u opiniones que comparten los miembros de una comunidad con respecto a un asunto, en este caso, el libro como objeto cultural susceptible de apropiación mediante una experiencia, la lectura. La catedrática Mariana Ozuna proporciona una caracterización pertinente acerca de este sentido del tópico entendido como lugar común de opinión (Ozuna, 2011: 62):

No pensamos aquí los lugares comunes (tópicos) como casilleros de formas vacías (lógicas), sino como una reserva de formas llenas, que poseen las siguientes características:

- Se presentan como fórmulas lingüísticas, consagradas por la práctica discursiva de las sociedades.
- Son históricos, epocales.
- Transmiten y refuerzan valores sociales, y también pueden transformarlos.

La autora comenta que cuando escribe que los tópicos son históricos quiere referir a su naturaleza cambiante, tanto en el tiempo como en el espacio. En este sentido, un tópico es una muestra de la cultura de la sociedad donde se construye, y las sociedades cambian en el tiempo y en el espacio. Cuando afirma que los tópicos transmiten y refuerzan valores, señala con ello su poder pragmático para suscitar acciones de respaldo, rechazo o cambio de los valores a los que estos lugares comunes están asociados. Finalmente, y esto es de sumo interés para el estudio de las metáforas del libro, advierte que la función principal de los tópicos es desempeñarse como anclajes simbólicos, más que servir como dispositivos para la transformación de los valores sociales (Ozuna, 2011: 63).

Por su parte, sobre la función de los tópicos, Alejandro Tapia señala que su tarea es la de servir como base cultural para la comunicación así como para la creación de nuevos tópicos:

Muchas veces nos referimos a lugares comunes peyorativamente, pero en realidad ellos aseguran la comunicación, pues están instaurados en la memoria colectiva. En algunos casos, y para ciertos juicios, requerimos de lugares nuevos (tópicos para [pensar y comunicar] cosas de las que antes no teníamos noticia [...]). Pero los lugares nuevos siempre están en relación dialéctica con los lugares comunes, pues la comunicación debe asegurarse antes de postular nuevas ideas” (Tapia, 2007: s/p).

De acuerdo con el punto de vista de Antonio Rivera, el cual coincide con el de este ensayo, una perspectiva teórica que ha avanzado en el conocimiento de los

tópicos entendidos como lugares comunes de opinión, es la que estudia las metáforas que se utilizan en la vida cotidiana y que se entienden como conceptos estructurados metafóricamente, a partir de los cuales se derivan múltiples y distintas expresiones discursivas con lenguajes propios. Ésta es la perspectiva que guía el enfoque teórico con el cual se estudiará el caso de una metáfora del libro y que expondré más adelante. Al respecto, cito ampliamente lo escrito por Rivera:

Autores como Lakoff y Johnson han ido al fondo en esta noción de lugar común y sostienen que las opiniones compartidas se arraigan en nuestra mente en forma de conceptos metafóricos estructurales y éstos van a determinar la manera como pensamos y actuamos. Por ejemplo, expresiones como “gasté mi tiempo”, “voy a invertir tiempo”, “me puedes dar un minuto de tu tiempo” son derivadas de una metáfora estructural según la cual “el tiempo es dinero”. [...] Los tópicos, en tanto contenidos mentales, determinan la forma de pensar y de actuar de las personas en el mundo. Por lo tanto, persuadir a un auditorio, lo cual es el fin de la retórica, implica cambiar la tópica de dicho auditorio (Rivera, 2011: 96, 97).

En suma, si se consideran los tópicos como lugares comunes de opinión, es decir como creencias compartidas por una comunidad, las metáforas del libro en tanto conceptos estructurados metafóricamente serían parte de ellos, es decir, parte de las opiniones y las creencias que tiene la gente acerca del libro, y por lo tanto, ubicadas en la *inventio* en el proceso de elaboración de los discursos, antes que en la *elocutio*, que es la parte de la retórica donde tradicionalmente se ha estudiado la metáfora como recurso expresivo.

Frente a la posibilidad de analizar un discurso o de crearlo, se puede uno preguntar, por un lado, ¿de qué lugar común está partiendo este discurso para funcionar del modo en cómo lo hace, con respecto al público al que va dirigido? Y por otro, ¿de qué lugar común puedo partir para que este discurso funcione del modo en cómo quiero que lo haga, respecto del público al que está destinado? En uno u otro caso, las respuestas deben estar orientadas a desautomatizar los supuestos en los que se fundan nuestras prácticas culturales y sociales, por ejemplo, las

relacionadas con el mundo del libro, ya sea para aprender de ellas o transformarlas. No obstante, hay que tomar en cuenta la advertencia que hace Mariana Ozuna: “Con todo, los lugares comunes de la invención son sólo un pequeño elemento de un proceso mucho mayor, no deben sobreestimarse ni estudiarse como si brindaran recetas infalibles, sino como puntos de partida de la *inventio*, son motores y elementos del discurso, no el discurso mismo” (Ozuna, 2011: 83).

#### **1.4 Las metáforas conceptuales, elementos básicos de una teoría**

En un sentido tradicional, se entiende por metáfora una figura del lenguaje mediante la cual un término se usa para presentar y caracterizar otro. Helena Beristáin escribe: “De Aristóteles procede la más antigua lucubración con que contamos respecto a la metáfora. En su pensamiento, esta figura resulta del traslado de un nombre que habitualmente designa una cosa, a que designe otra cosa” (Beristáin, 2008: 313). Así también lo exponen Millán y Narotzky en la introducción del libro *Metáforas de la vida cotidiana*: “En el planteamiento clásico, la metáfora surge de la inserción en un determinado contexto de una nota que proviene de otro distinto” (Millán y Narotzky, en Lakoff y Johnson, 2009: 11).

En estas descripciones clásicas y en las más actuales que siguen su camino, hay un énfasis en la dimensión lingüística de la metáfora. Ello se debe a que evidentemente las metáforas se manifiestan en el lenguaje, pero también a que su estudio se originó en la tradición retórica que las ubicó fundamentalmente como parte de la *elocutio*, la fase del arte retórico que se encarga de conocer y producir los recursos expresivos, es decir, los modos de decir o de expresar convenientes para hacer que un discurso sea atractivo para un público.

Helena Calsamiglia y Amparo Tusón nos hablan acerca de la retórica centrada en la *elocutio* y su influencia posterior:

En la retórica clásica el estudio de los recursos expresivos halla su lugar en la parte dedicada a la composición textual denominada *elocutio*. Su valor descriptivo y la observación de los procedimientos y las combinaciones posibles para conseguir

determinados efectos con el uso lingüístico ha perdurado hasta nuestros días (Calsamiglia y Tusón, 2008: 327).

Para Calsamiglia y Tusón esta influencia es de tal grado que: “En la actualidad suele llamarse retórica solamente a esta parte: la *elocutio*, el lenguaje figurado; es decir, a la parte denominada *electio*, que normaba la elección de los giros verbales que individualizan el discurso y determinan la producción de efectos estilísticos”.

No obstante, además de esta visión que se enfoca en los aspectos lingüísticos y estéticos de las figuras, desde la retórica antigua también se dibuja una aproximación diferente para el caso de la metáfora: “también se encuentra en Aristóteles la afirmación del carácter cognoscitivo de la metáfora ‘que nos instruye y nos hace conocer’ [...]” (Calsamiglia y Tusón, 2007: 336). Con Aristóteles se anuncia la perspectiva que considera la metáfora como vehículo para conocer, comprender o comunicar, más que una figura o adorno de la expresión hablada o escrita para procurar placer estético a quienes logran su interpretación. En esta línea de pensamiento se ubican las teorías de la metáfora que destacan sus funciones cognitivas y sociales. Beristáin lo precisa del siguiente modo:

Por otro parte, la metáfora se ha considerado un instrumento cognoscitivo (Vico), de naturaleza asociativa (Midleton Murray), nacido de la necesidad y de la capacidad humana de raciocinio, que parece ser el modo fundamental como correlacionamos nuestra experiencia y nuestro saber y parece estar en la génesis misma del pensamiento, pero que se opone al pensamiento lógico y que produce un cambio de sentido o un sentido *figurado* opuesto al sentido *literal* o *recto* (Beristáin, 2008: 312).

A esta vertiente de reflexión sobre la metáfora pertenece, con su propia especificidad radical, la teoría delineada por George Lakoff y Mark Johnson en su libro fundamental traducido al español con el título *Metáforas de la vida cotidiana*, publicado en inglés en 1980. En el medio especializado, esta teoría se considera una investigación generada desde el ámbito multidisciplinar de las ciencias cognitivas, que incluye disciplinas como la filosofía, la lingüística, la psicología, la neurofisiología, la inteligencia artificial, entre otras; en este sentido, cabe

mencionar que George Lakoff es lingüista y Mark Johnson, filósofo. Aunque se le conoce con distintos nombres, en el mundo hispanohablante desde un inicio se ha hecho referencia a ella como teoría de las metáforas conceptuales o conceptos metafóricos.

Expondré ahora los conceptos de esta teoría que considero útiles para el estudio de las metáforas del libro. Lo haré buscando que estos conceptos operen como una red analítica mediante la cual pueda obtener información relevante acerca de la metáfora en la que se centra este escrito. Para empezar habría que responder puntualmente a la pregunta que titula esta apartado: ¿qué es una metáfora conceptual?

Desde la perspectiva de Lakoff y Johnson, adelanto la siguiente respuesta: por metáfora conceptual se entiende un concepto general que existe en la mente de los miembros de una comunidad, una entidad mental sistemática y colectiva, antes que una expresión lingüística aislada e individual. Este concepto está estructurado de manera metafórica, lo cual quiere decir que este concepto se entiende en términos de otro. Éste es el rasgo que define a la metáfora, según estos autores: “La esencia de la metáfora es entender y experimentar un tipo de cosas en términos de otra” (Lakoff y Johnson, 2009: 40). Y cuando se habla “de metáforas [...] debe entenderse que metáfora significa concepto metafórico” (Lakoff y Johnson, 2009: 42).

Por lo tanto, más que un fenómeno periférico, la metáfora es un factor central para la comprensión humana, presente en los procesos de comunicación social de la realidad.

Entendidas así, se considera que las metáforas forman parte de la vida cotidiana de las personas, específicamente del sistema conceptual mediante el que se rigen sus pensamientos y acciones, y que en gran parte está determinado por las propias metáforas. Por ello se dice que las metáforas no son exclusivamente formas del lenguaje, sino fundamentalmente formas conceptuales. Desde el inicio de su trabajo, Lakoff y Johnson afirman que:

Para la mayoría de la gente, la metáfora es un recurso de la imaginación poética, y los ademanes retóricos, una cuestión de lenguaje extraordinario más que ordinario. Es más, la metáfora se contempla característicamente como un rasgo sólo del lenguaje, cosa de palabras más que de pensamiento o acción. [...] Nosotros hemos llegado a la conclusión de que la metáfora, por el contrario, impregna la vida cotidiana, no solamente el lenguaje, sino también el pensamiento y la acción. Nuestro sistema conceptual ordinario, en términos del cual pensamos y actuamos, es fundamentalmente de naturaleza metafórica (Lakoff y Johnson, 2009: 39).

Desde el enfoque que los autores denominan experiencialista y que reconocen como propio, los conceptos surgen de la experiencia, y en una relación dialéctica e interactiva, se aplican a la experiencia para organizarla. Estos conceptos:

estructuran lo que percibimos, cómo nos movemos en el mundo, la manera en que nos relacionamos con otras personas. Así que nuestro sistema conceptual desempeña un papel central en la definición de nuestras realidades cotidianas. Si estamos en lo cierto al sugerir que nuestro sistema conceptual es en gran medida metafórico, la manera en que pensamos, lo que experimentamos y lo que hacemos cada día también es en gran medida cosa de metáforas (Lakoff y Johnson, 2009: 39).

Por lo tanto, el hecho de que las metáforas sean consideradas formas o estructuras conceptuales no significa que estén separadas del mundo terrenal de la experiencia, sino que están indisolublemente unidas a él, pues constituye su fuente y su destino.

Una distinción central que establecen estos autores es la de concepto metafórico y expresión lingüística metafórica. Por una parte, el concepto metafórico es la matriz de la cual se derivan múltiples expresiones lingüísticas. Por otra, estas expresiones son la evidencia de que ese concepto metafórico existe y funciona de cierta manera. A este respecto comentan que:

Sobre la base de la evidencia lingüística ante todo, hemos descubierto que la mayor parte de nuestro sistema conceptual ordinario es de naturaleza metafórica. Y hemos encontrado una forma de empezar a identificar detalladamente qué son exactamente las metáforas que estructuran la manera en que percibimos, pensamos y actuamos (Lakoff y Johnson, 2009: 40).

La relación que existe entre concepto metafórico y expresión lingüística metafórica puede entenderse mejor cuando los autores señalan: “Las metáforas como expresiones lingüísticas son posibles, precisamente, porque son metáforas en el sistema conceptual de una persona” (Lakoff y Johnson, 2009: 42).

Como ejemplo de un concepto que estructura nuestra vida cotidiana, los autores analizan el planteamiento metafórico LA DISCUSIÓN ES UNA GUERRA, que se refleja en acciones, actitudes y expresiones relacionadas con discutir. Esto se manifiesta así porque nuestra concepción del acto de discutir está estructurado por esta metáfora conceptual: “El concepto se estructura metafóricamente, la actividad se estructura metafóricamente, y, en consecuencia, el lenguaje se estructura metafóricamente” (Lakoff y Johnson, 2009: 41-42). Derivadas de esta metáfora conceptual, en el lenguaje cotidiano pueden encontrarse expresiones metafóricas como las siguientes:

- Tus afirmaciones son *indefendibles*.
- *Atacó todos los puntos débiles* de mi argumento.
- Sus críticas dieron *justo en el blanco*.
- *Destruí* su argumento.

Los autores identifican tres grandes tipos de conceptos metafóricos: metáforas estructurales, metáforas orientacionales y metáforas ontológicas. A continuación sintetizo sus descripciones.

Las metáforas estructurales son aquellas en las que un concepto está estructurado metafóricamente en términos de otro (Lakoff y Johnson, 2009: 50). Por ejemplo: LA DISCUSIÓN ES UNA GUERRA. Entre las características de este tipo de metáforas, subrayo las siguientes (Lakoff y Johnson, 2009: 101-104):

- Permiten elaborar un concepto destacando algunos aspectos del mismo y ocultando otros.
- Permiten utilizar un concepto muy estructurado y claramente delineado para estructurar otro.
- Se fundamentan en correlaciones sistemáticas de nuestra experiencia.
- Se construyen dentro del sistema conceptual de la cultura en que uno vive.

Las metáforas orientacionales son aquellas que organizan un sistema global de conceptos con respecto a otro, a partir principalmente de nociones de orientación espacial: arriba-abajo, dentro-fuera, delante-detrás, profundo-superficial, central-periférico. Estas orientaciones espaciales surgen del hecho de que tenemos cuerpos de un tipo determinado y que funcionan como funcionan en nuestro medio físico. Las metáforas orientacionales dan a un concepto una orientación espacial. Por ejemplo: FELIZ ES ARRIBA (Lakoff y Johnson, 2009: 50).

Las metáforas ontológicas son aquellas mediante las cuales se consideran acontecimientos, actividades, emociones, ideas, etcétera, como entidades y sustancias. Las metáforas ontológicas sirven a efectos diversos: referirse, cuantificar, identificar aspectos, identificar causas, establecer metas y motivaciones. Surgen de las experiencias con objetos físicos y sustancias. Uno de los tipos más comunes de metáfora ontológica es la personificación, en la que un objeto físico se especifica como una persona. Un ejemplo de metáfora ontológica es: LA MENTE ES UNA MÁQUINA (Lakoff y Johnson, 2009: 64-65).

Además de estos tipos de concepto metafórico, en la obra de Lakoff y Johnson se menciona la metonimia, que consiste en usar una entidad para referirse a otra que está relacionada con ella. Dentro de la metonimia, se incluye la sinécdoque, en la cual se toma la parte por el todo (Lakoff y Johnson, 2009: 74). Respecto a la diferencia y la semejanza entre la metáfora y la metonimia, Lakoff y Johnson escriben:

La metáfora y la metonimia son tipos de procesos diferentes. La metáfora es principalmente una manera de concebir una cosa en términos de otra, y su función

primaria es la comprensión. La metonimia, por otra parte, tiene primariamente una función referencial, es decir, nos permite utilizar una entidad por otra. Pero la metonimia no es meramente un procedimiento referencial. También desempeña la función de proporcionarnos comprensión (Lakoff y Johnson, 2009: 74).

Los conceptos metafóricos en general comparten determinadas características. De entre la vasta y compleja descripción que llevan a cabo los autores de cada una de ellas, puntualizaré las que son de interés para este ensayo:

- Un concepto metafórico es sistemático, no arbitrario ni aislado. De ese modo está enlazado con y se manifiesta en las expresiones lingüísticas correspondientes.
- Esta sistematicidad se manifiesta tanto al interior del concepto metafórico con sus respectivas expresiones lingüísticas, como al exterior en su relación con otros conceptos metafóricos.
- Un concepto metafórico se concentra en un aspecto del concepto que se metaforiza, entre otros aspectos que forman parte de él.
- Un concepto metafórico a la vez que destaca un aspecto para su comprensión, oculta otros.
- Un concepto metafórico tiene su fundamento en la experiencia.
- Un concepto metafórico es coherente con otros conceptos metafóricos, pero también con los valores de la cultura de la que forma parte.
- Un concepto metafórico tiene relaciones de implicación con otros conceptos metafóricos. Un concepto metafórico contiene otros conceptos metafóricos.
- En un concepto metafórico se suele caracterizar algo abstracto en términos de algo más concreto, algo menos delineado en términos de algo más delineado.

Para complementar esta caracterización, y siempre con base en el trabajo de Lakoff y Johnson, esbozo una serie de consideraciones analíticas que tomaré en cuenta en el caso de la metáfora del libro que me he propuesto indagar:

1. Se considera la metáfora como un concepto metafórico. Este concepto metafórico consiste en una construcción mental en la que una cosa se entiende, describe y vive en los términos de otra.
2. Para que los conceptos metafóricos puedan ser considerados como tales deben formar parte del mundo cotidiano y el habla común de las personas. Los conceptos metafóricos son parte de la vida cotidiana en tres ámbitos: los procesos de pensamiento, las expresiones lingüísticas o discursivas y las acciones. Entendida así, la metáfora rebasa las concepciones de los enfoques tradicionales que la consideran fundamentalmente una expresión lingüística y exclusiva del lenguaje literario o poético.
3. Los conceptos metafóricos se reflejan sistemáticamente en las expresiones metafóricas lingüísticas o, más ampliamente, discursivas. Por lo tanto, estas expresiones son las evidencias a partir de las cuales se pueden estudiar y analizar los conceptos metafóricos.
4. El hecho de que el plano de los conceptos metafóricos se exprese de manera sistemática en el plano de lo lingüístico o discursivo, quiere decir que éste se organiza a partir de aquél. De este modo, en la variedad de realizaciones lingüísticas o discursivas puede observarse la pertenencia a un concepto metafórico general a partir del cual se derivan sus manifestaciones específicas, y con base en el cual se establecen relaciones con otros conceptos metafóricos.
5. Esta sistematicidad de los conceptos metafóricos se encuentra también en los aspectos que una metáfora puede destacar u ocultar respecto al concepto o experiencia que se metaforiza. Un concepto metafórico hace visible un aspecto del concepto metaforizado, el cual se quiere hacer comprensible, pero también oculta o soslaya aquellos aspectos que no son coherentes con este propósito comunicativo. De este modo se manifiesta en las expresiones discursivas que forman parte del campo de un concepto metafórico.
6. Un concepto metafórico puede clasificarse según la naturaleza del proceso de metaforización que se produce, es decir, según, el tipo de relación que

se establece entre los dos conceptos que se unen en una metáfora. De este modo, se tienen tres tipos de metáforas conceptuales:

- Metáfora estructural: en la que un concepto es relacionado con otro que lo estructura ampliamente en sus posibles significaciones y expresiones.
  - Metáfora orientacional: en la que un concepto adquiere propiedades de espacialidad a partir de que es relacionado con un concepto que surge directamente de la experiencia física de orientación en el entorno natural: arriba-abajo, dentro-fuera, delante-atrás.
  - Metáfora ontológica: en la que un concepto es relacionado con otro que lo delimita y uniforma con una apariencia más física y concreta.
7. Los conceptos metafóricos, como parte del sistema conceptual global, tienen relaciones estrechas con los valores culturales de una sociedad.
  8. Para comenzar el análisis, se distingue entre concepto metafórico y expresión lingüística metafórica.
  9. Se puede partir del concepto metafórico más específico y de ahí caracterizar el sistema metafórico entero del que forma parte ese concepto. Un sistema metafórico suele estructurarse con base en la subcategorización de las metáforas que lo integran. Esta subcategorización es posible debido a las relaciones de implicación que hay entre una metáfora y otra.

En un texto posterior a *Metáforas de la vida cotidiana*, George Lakoff en colaboración con Mark Turner afinan las herramientas para hacer más operativo el análisis de las metáforas conceptuales. Con base en el ejemplo de LA VIDA ES UN VIAJE, nos dicen que conocer la estructura de esta metáfora consiste en “conocer una cantidad de correspondencias entre los campos conceptuales de la vida y los viajes” (Lakoff y Turner, 1989: s/p). Y a continuación desglosan una serie de proposiciones en las que elementos del concepto *vida* son interpretados con base en elementos del concepto *viaje*:

- La persona que vive su vida es un viajero.
- Sus objetivos son destinos de viaje.
- Los medios para alcanzar esos objetivos.
- Las dificultades en la vida son obstáculos en el viaje.
- Los consejeros son guías, etcétera.

Tras enunciar esta lista, concluyen que “estos conjuntos de correspondencia pueden entenderse como una proyección entre dos áreas conceptuales. Así, diremos, por ejemplo, que el concepto de destino de viaje se proyecta sobre el de meta”. De este modo perfilan lo que más adelante denominarán *dominio o campo semántico meta* y *dominio o campo semántico fuente*. En la obra colectiva *Metáforas en uso*, el académico argentino Hernán Díaz escribe un artículo sobre la perspectiva cognitivista y sintetiza adecuadamente los significados de estas nociones teóricas:

Estos dominios, que también llamamos “campos semánticos”, son como dos imágenes que se proyectan una sobre otra, y por eso el cognitivismo no habla tanto de metáfora como de *proyección metafórica*. El término en inglés que traducimos como “proyección” es *mapping*, que literalmente ha sido traducido como “mapeo” y también como “apareamiento”. El primer término nos da la idea de que son dos “mapas”, dos imágenes las que se superponen, y no sencillamente dos puntos específicos. Estas dos imágenes abarcan diversos elementos o *casilleros*, y así los casilleros de una de las imágenes o dominios se relacionan con los casilleros de la otra imagen o dominio. Estos dominios son denominados por Lakoff *dominio meta* (aquel dominio que queremos metaforizar) y *dominio fuente* (la imagen de donde extrajimos la metáfora) (Díaz, 2006: 44).

## Capítulo 2. Medio tiempo

### El libro sobre la mesa del discurso: historia, tópico y metáfora

Desde su aparición en la cultura occidental, el libro resultó un objeto cuya naturaleza y poder suscitó la necesidad de comprenderlo y advertir sobre su valor en la vida de las sociedades como portador de lenguaje y conocimiento. El libro fue pronto tema del libro, la Biblia es uno de los primeros registros de ello, y con el tiempo, de manera más general, asunto de discursos que explicitaban o sugerían sus distintos atributos y efectos en la experiencia humana. Como parte de un proceso histórico, en el marco de estas producciones, surgieron formas metafóricas de representar los significados que se otorgan al libro como objeto, y a la lectura como actividad que permite la interacción con él.

En la historia del libro, algunas de estas concepciones lo acompañan en su tránsito de una época a otra, y lo hacen como puntos de partida de expresiones que buscan comunicar juicios o valoraciones acerca de su propósito o utilidad, para explicarlo como creación humana, independientemente de sus contenidos particulares. Su presencia ha sido evidente para quien ha escudriñado la realidad del libro en la historia de la literatura y más ampliamente en la de la cultura escrita.

En la lección inaugural de la cátedra “Escrito y cultura en la Europa Moderna” en el Collège de France, Roger Chartier clarifica el sentido de sus investigaciones con base en la distinción hecha por Kant en 1796, cuando éste busca responder qué es un libro. En su reflexión, Kant hace ver que la naturaleza del libro es doble: por un lado, un libro es un “*opus mechanicum*”, un objeto material, que pertenece a su comprador, y por otro, es un discurso que está dirigido a un público, “que sigue siendo propiedad de su autor y que sólo puede ser puesto en circulación por sus mandatarios” (Chartier, 2008: 24).

Un camino para profundizar en las relaciones intelectuales y afectivas que las personas han establecido con el libro en tanto objeto material, es el que Chartier indica cuando propone un tipo de investigaciones:

genealógicas y retrospectivas, [las cuales] se asociarán a la historia larga de las metáforas del libro, no tanto de aquellas que designan el cuerpo humano, la naturaleza o el destino como un libro —Curtius lo ha dicho casi todo al respecto— sino más bien de aquellas que consideran el libro como una criatura humana, dotada de cuerpo y alma (Chartier, 2008: 24).

Dos aspectos relevantes puedo deducir de esta proposición. El primero es la confirmación como objeto de estudio de determinadas construcciones simbólicas que pueden identificarse como metáforas del libro, las cuales se perciben como intrínsecas de la cultura escrita en tanto que constituyen una manera a través de la cual los individuos se apropian del libro y lo integran como una presencia familiar en su vida cotidiana. Para Chartier la noción de apropiación “designa tanto a las categorías intelectuales y estéticas de los diferentes públicos como a los gestos, hábitos y convenciones que regulan sus relaciones con lo escrito” (Chartier, 2008: 44). Es decir, la apropiación remite tanto a las ideas como a las prácticas de los públicos en su encuentro con alguna obra o producto editorial, desde las cuales ejercen su interpretación y asimilación.

Asimismo, Chartier hace visible dos grandes clases de metáforas librescas: por un lado, aquellas en las que el libro sirve para metaforizar y entender en términos propios de su campo otro concepto u objeto (el cuerpo humano, la naturaleza o el destino), y por otro, aquellas en las que el libro es metaforizado y entendido en los términos de otro concepto u objeto: el libro como ser humano o el libro como alimento, por mencionar dos ejemplos con gran tradición, el último de los cuales motiva este ensayo. Para Alberto Manguel, autor del ameno y erudito volumen de *Una historia de la lectura*, “ver un libro como un ser humano o a un ser humano como libro, describir el mundo como texto o un texto como el mundo, son maneras de nombrar el arte de leer” (Manguel, 2006: 182).

El segundo aspecto relevante es la enunciación de una perspectiva histórica que inscribe a estas metáforas en un contexto temporal y espacial; desde un enfoque semejante estas metáforas pueden ser visualizadas como resultado del pensamiento y la acción humana del pasado, y con un lugar en el presente.

Chartier también alude a la temporalidad que caracteriza a la cultura escrita y sus manifestaciones, cuyo estudio compete a las disciplinas humanísticas y sociales:

En las ciencias más exactas, esta presencia del pasado remite generalmente a duraciones breves, a veces muy breves. No ocurre lo mismo con la literatura o las humanidades, para las cuales los pasados más remotos son siempre, de cierta manera, presentes aún vivientes en donde se inspiran o apartan las creaciones nuevas (Chartier, 2008: 49).

En este sentido, Ernst Robert Curtius es un referente central e ineludible en el conocimiento histórico de las ideas y las formas que constituyen el fundamento de la tradición literaria occidental, las cuales han sido utilizadas en la creación de obras a lo largo del tiempo, e incluso hoy podemos constatar su presencia en ámbitos distintos a la literatura. En su libro *Literatura europea y Edad Media latina*, Curtius revela la trayectoria que han seguido determinados temas de la literatura europea hasta la modernidad, centrándose en sus orígenes en la antigüedad griega y latina, y en su renovación y expansión durante la Edad Media.

Como eje que guía su indagación, Curtius resalta el papel de la retórica como disciplina que permitió durante siglos la transmisión del saber en torno a la creación de discursos, no sólo en cuanto a su estructuración sino de manera más fundamental en cuanto a la búsqueda de sus contenidos en los tópicos o lugares comunes. De este modo, desde un punto de vista histórico, de manera genealógica y retrospectiva —como lo escribe Chartier—, Curtius utiliza la noción de tópico como concepto para identificar y describir aquellas ideas básicas que, ya sea en forma de planteamientos temáticos o figuras retóricas como la metáfora, son desarrolladas y enriquecidas en textos literarios diversos, y conforman una herencia cultural compartida por la literatura clásica de Occidente.

Uno de los hallazgos de su labor es precisamente el de las metáforas del libro en las que este objeto es utilizado como símbolo para explicar otras realidades, y de las cuales hizo el registro pormenorizado de su trayectoria y evolución históricas hasta por lo menos el siglo XVIII. Con el propósito de enfocar con mayor nitidez el objeto de este ensayo (la concepción del libro como un alimento), en los

apartados que siguen expondré los puntos de la obra de Curtius que pueden ayudarme a precisarlo dentro de un encuadre histórico que se suma a las miradas retórica y cognitivista que he descrito en el capítulo anterior. Más que consignar el antecedente de la investigación señera respecto al tema de las metáforas del libro, lo que busco es mostrar los conceptos sustanciales que apuntalan la perspectiva de Curtius y que le permiten delinear la historicidad de tópicos y metáforas.

Por tal razón, básicamente me abocaré a distinguir su uso de los conceptos de tópica y tópico, metafórica y metáfora, y derivado de ello, su clasificación general de las metáforas según su tema (dentro de las cuales destacaré las metáforas de alimentos), para finalmente sintetizar su recorrido por las metáforas del libro. Busco con ello aportar algunos elementos mínimos que clarifiquen la dimensión histórica de la metáfora del libro como alimento, en tanto factor que se conjuga con sus dimensiones conceptual y retórica.

## **2.1 Las nociones de tópica y tópico como categorías históricas**

En su esbozo del sistema pedagógico de la retórica antigua como arte, Curtius nos enseña por qué y cómo la noción de tópico cobró una importancia mayor en la elaboración de discursos retóricos, ya sean éstos forenses, deliberativos o panegíricos, de acuerdo con la terminología utilizada por el crítico alemán. Común a todos ellos, son las cuatro partes de la retórica que él señala: *inventio* (ciencia del hallazgo), *dispositio* (ordenación), *elocutio* (expresión), *memoria* y *actio* (declamación). En la *inventio*, arte que consiste en encontrar la materia sobre la que tratará el discurso, se reconocen a su vez cinco fases, en un principio sólo manejadas por el discurso forense y después extendidas a los otros dos tipos: *exordium* o *prooemium* (introducción), *narratio* (narración), *argumentatio* o *probatio* (demostración), *refutatio* (refutación de las afirmaciones contrarias) y *peroratio* o *epilogus* (final) (Curtius, 2012: 106-108).

En la fase introductoria era menester ganarse al auditorio, volverlo benevolente hacia lo que decía el orador. ¿Cómo hacerlo? Usando argumentos que captaran su atención y suscitaran un estado de ánimo propicio al objetivo que se perseguía con el discurso:

Lo que importa es que todo discurso (también el panegírico) haga aceptable la frase o el asunto tratado; para ello debe emplear argumentos que se dirijan al entendimiento o al corazón del oyente. Ahora bien, hay toda una serie de argumentos para los casos más variados; son temas ideológicos a propósito para cualquier desarrollo o variación (Curtius, 2012: 108).

Estos argumentos son los tópicos o lugares comunes, “En la Antigüedad se hicieron colecciones de tópicos, y el arte de los *topoi*, llamado *tópica*, fue objeto de tratados especiales” (Curtius, 2012: 109). Pertenecen en su origen al arte de la retórica, es decir, al ámbito de los discursos pragmáticos, forense y político principalmente, que buscaban mover la opinión de los escuchas a favor o en contra de una causa, un personaje o un suceso; responden a un fin práctico, como lo acota Curtius. ¿Cómo fue que la noción de tópico se expandió a otros terrenos como el de la poesía o, dicho de manera más general, a la literatura, cuyos textos Roger Chartier describe como “aquellos habitados por el extraño poder de hacer soñar, dar a pensar o suscitar el deseo”? Un proceso histórico que trastocó a la retórica antigua en su conjunto suscitó este desplazamiento:

Pero hemos visto que los dos tipos principales de discurso, el político y el forense, desaparecieron de la realidad política al decaer los estados-ciudades griegos y la República Romana, para refugiarse en las escuelas de retórica; hemos visto también que la oración panegírica se convirtió en técnica panegírica, aplicable a cualquier asunto, y que hasta la poesía se hizo retórica (Curtius, 2012: 109).

Cabe explicar que el discurso panegírico consistía, según palabras de Quintiliano, en “la alabanza de los dioses y los hombres”. También tuvo una función política en su relación con los hombres del poder al desear éstos el ensalzamiento de sus personas y acciones. Más tarde, la alabanza derivó en la descripción artística de la vida social y cultural de la Antigüedad. Con la salida de la vida pública de los discursos forense y deliberativo, debido a la ausencia de libertad política (primero en la sociedad griega a partir del siglo IV a. C., y luego en la romana a partir del

siglo I a. C.), el discurso panegírico se fortaleció y llegó a ocupar el lugar de los otros dos.

Para Curtius, este cambio significó la pérdida del “sentido original y la meta primitiva” de la retórica, sin duda relacionados con la utilización del discurso para incidir en las decisiones políticas y judiciales de una élite o una comunidad. No obstante, también permitió que la retórica se filtrara “en todos los géneros de la literatura, y su sistema, artificiosamente elaborado, se hizo común denominador, arte de la forma y tesoro de formas de la literatura (Curtius, 2012: 109). Produjo también una transformación crucial en la función de los tópicos: “que se convirtieran en clichés literarios aplicables a todos los casos y se extendieran por todos los ámbitos de la vida literariamente concebida y formada” (Curtius, 2012: 109).

Así es como Curtius perfila la trascendencia histórica de los tópicos para la literatura europea: son presencias frecuentes y vivas que definen o caracterizan los temas de la literatura, que se mantienen en el tiempo pero que pueden variar e incluso renovarse. Establecida su importancia, Curtius se concentra en evidenciar la expresión y la evolución de los tópicos más sobresalientes en un corpus diverso de textos literarios, cuyos autores pertenecen a la Antigüedad pagana y cristiana, la Edad Media latina y romance, el Renacimiento, la época moderna. Para organizar y efectuar su búsqueda, acude al sistema didáctico de la retórica y, entre otras aportaciones, le da un nuevo sentido a la noción de tópica y, por lo tanto, a la de tópico: los utiliza como categorías históricas, es decir, como herramientas de análisis, antes que como herramientas de producción discursiva.

Para ello, como punto de partida, establece claramente la noción clásica de tópica, la cual “hacía las veces de almacén de provisiones; en ella se podían encontrar las ideas más generales, a propósito para citarse en todos los discursos y en todos los escritos”. En consecuencia, existían tópicos generales para la introducción o la conclusión de los discursos, que requerían en todos los casos “fórmulas de modestia, fórmulas introductorias y fórmulas finales”. No obstante, también aclara que existían tópicos que sólo podían usarse en géneros específicos de discurso: en el forense y en el demostrativo; tal es el caso de la

tópica de la consolación que Curtius analiza para mostrar qué es la tónica (Curtius, 2012: 122-123).

Su nuevo uso lo explicita de la siguiente manera:

Nos seguiremos ateniendo al antiguo concepto de la tónica, que ya nos ha mostrado su eficacia en cuanto punto de partida y en cuanto principio inventivo. Pero si la tónica antigua forma parte de un sistema pedagógico y es por lo tanto sistemática y normativa, nosotros, en cambio, estamos tratando de poner los fundamentos de una tónica histórica, la cual es susceptible de muchas aplicaciones (Curtius, 2012: 127).

No obstante que el origen de los tónicos como noción y como contenido está en la retórica, Curtius nos enseña que en la Antigüedad existen tónicos que provienen de la poesía y retroalimentan el arte retórico; con ello abre la posibilidad de estudiar tónicos que corresponden a fuentes diversas de creación y discurso. Como ejemplo de ello, conviene reproducir lo que dice respecto a la poesía:

Uno de los temas de la tónica poética es la belleza natural, en el sentido más lato, esto es, el paisaje ideal con sus elementos tónicos. Además, las épocas y los lugares perfectos: los Campos Elisios (con su eterna primavera, libre de trastornos atmosféricos), el paraíso terrenal, la Época de Oro; y también las fuerzas vitales: el amor, la amistad, la transitoriedad de las cosas. Todos estos temas se refieren a relaciones básicas y son por lo tanto intemporales, en mayor o menor medida [...] Pero el estilo en que se expresan los tónicos está siempre condicionado históricamente (Curtius, 2012: 126-127).

Curtius proporciona así un dato de suma relevancia para el estudio de la literatura desde la tónica histórica, y me atrevo a decir, del discurso en general: la forma expresiva de un tónico depende del contexto temporal y espacial en el que se manifiesta. En este mismo sentido, y generalizando lo dicho por este autor en relación con los tónicos que surgen en la Antigüedad tardía (tal es el caso de aquellos que se enuncian como “el niño anciano” o “la anciana moza”), se puede afirmar que los tónicos son un recurso para conocer tanto las nuevas

contribuciones al acervo cultural de temas literarios, como la mentalidad de la época en la que surgen:

Estos temas ofrecen doble interés; en primer lugar, nos muestran el proceso de formación de nuevos tópicos, ensanchando nuestros conocimientos sobre la génesis de los elementos formales literarios; en segundo lugar, son testimonio de una nueva actitud espiritual, que de otro modo no nos sería dado captar (Curtius, 2012: 127).

Con base en la propuesta de Curtius, he esquematizado las nociones de tópica y tópico apuntando a su utilización como guías que orienten el acercamiento histórico a la metáfora del libro como alimento:

1. En el caso de la tópica, su objetivo es ayudar a la identificación y agrupamiento de un conjunto de ideas o temas que tienen una relación conceptual entre sí, y que se manifiestan en discursos de diferentes autores, épocas y espacios. Estos tópicos pertenecen a un mismo campo general de significado construido históricamente y es posible esbozar cómo está conformado. Existen, por ejemplo, una tópica del exordio y una tópica de la conclusión. O en otro plano, una tópica retórica y una tópica poética, y por supuesto, una tópica histórica que puede estudiar a ambas.
2. En el caso del tópico, su objetivo es permitir la identificación de una idea o tema individual común a discursos de distintos autores, épocas y espacios. Las expresiones de un tópico comparten un referente histórico original, muchas veces subyacente, y pueden cobrar sentidos diferentes según el texto y el contexto. Puede delinarse la trayectoria histórica de un tópico, es decir, sus manifestaciones en el tiempo. Ejemplos de tópicos literarios son: la falsa modestia, la invocación a la naturaleza, el mundo al revés, el niño anciano, la anciana moza, etcétera.

## 2.2 La metafórica histórica y las metáforas de alimentos

La operación de historiar la literatura europea con base en el entramado conceptual de la retórica antigua, le brinda a Curtius la oportunidad de encontrar los patrones temáticos y formales que la conforman y le dan coherencia como una tradición con identidad propia dentro de la cultura escrita de Occidente. Como parte de ello, imprime a las nociones de tópico y tópica un giro que las convierte en conceptos útiles para el análisis histórico de textos literarios: funcionan como una rejilla que filtra la materia literaria y deja a la vista ideas o planteamientos esenciales comunes a obras distantes en el tiempo y el espacio, pero cercanas en su origen cultural. El mismo procedimiento aplica a la figura retórica de la metáfora:

Por otro parte, hemos esbozado el programa de una tópica histórica, y el método ha resultado eficaz. Pero también la antigua ciencia de las figuras parece ser capaz de renovación. Entre las “figuras”, la más importante es la metáfora (Quintiliano, VIII, 6). *Metáfora* significa *translatio*, “traslado”. Un viejo ejemplo escolar de metáfora es *pratium ridet* “el prado ríe”; la risa humana “se traslada” a la naturaleza. Pongamos, pues, al lado de la tópica histórica una metafórica histórica (Curtius, 2012: 189).

El paso que da después es desarrollar una clasificación de las metáforas según su tema. La clasificación está integrada por:

- Metáforas náuticas, en las que la composición de una obra es entendida en términos de la navegación.
- Metáforas de persona, en las que se otorga la materialidad de una persona a conceptos, sentimientos, estados, objetos, etcétera.
- Metáforas de alimentos, en las que las ideas, el conocimiento o las obras toman la forma de alimentos.
- Metáforas del cuerpo, en las que las partes del cuerpo humano son utilizadas para materializar conceptos o entidades abstractas.
- Metáforas del teatro, en las que los individuos, la vida humana y el mundo reciben atributos del teatro.

En el grupo de las metáforas de alimentos se encuentra la idea del libro como comida, lo cual significa que ella forma parte de una tradición retórica y literaria, sobre la cual Ernst Robert Curtius brinda algunas de sus señas históricas. Hay noticia de las metáforas de alimentos en la Antigüedad griega, por ejemplo, con el poeta Píndaro que enaltece su poesía porque ofrece algo de comer; también en Roma, con Quintiliano que recomienda una dieta de leche para los principiantes. “Sin embargo, la Biblia fue la fuente principal de este tipo de metáforas. En la historia de la Redención cristiana, el saboreo del fruto prohibido y la institución de la cena eucarística son episodios culminantes. Cristo llama bienaventurados a los que tienen hambre y sed (Curtius, 2012: 198).

En consecuencia, en la literatura eclesiástica abundan estas metáforas, por lo que en su momento San Agustín se pronuncia a favor de ellas en tanto que facilitan la adquisición del conocimiento, afirma que “el que aprende tiene algo en común con el que come; a ambos hay que aderezarles los manjares con condimentos”. En otro sentido, respecto a los escritos de San Agustín, San Gregorio Magno dice que “son harina de trigo, mientras que los suyos no son sino salvado” (Curtius, 2012: 199).

Una observación que me parece relevante para el estudio histórico de una metáfora es la que hace Curtius acerca de la evolución de este grupo metafórico, y que en lo general podría ser también la de los otros que incluye su clasificación. Esta evolución presentaría dos fases: “en la primera, el elemento tradicional se adopta mecánicamente, enriqueciéndose sólo mediante acumulaciones adicionales; pero a partir del siglo XII, esos elementos se desdoblan dialécticamente (Curtius, 2012: 200).

Respalda su hipótesis con un ejemplo que transcribo casi por completo, dada la relación que tiene con la característica de sistematicidad que posee un concepto metafórico, según la teoría de las metáforas conceptuales de Lakoff y Johnson, expuesta brevemente en el capítulo anterior:

Paganos y cristianos comparan el alimento espiritual imprescindible con la leche. Observándola más cerca, la leche “se descompone”, como dice Alain de Lille [...], en tres sustancias: suero, queso y mantequilla. Ahora bien, en la Biblia, la doctrina

sagrada se compara “elegantemente” con la leche; con esto se quiere aludir, naturalmente, al triple sentido de la Escritura: el histórico, el alegórico y el tropológico; el suero significa la historia, porque la sustancia de ambos es baja, y escaso el placer que proporcionan [en una nota a pie de página, Curtius aclara que ésta es la opinión que se tenía en la Edad Media acerca de la historia]; el queso (la alegoría) es alimento consistente y nutritivo; y la mantequilla de la tropología es la más dulce al “paladar del espíritu” (*palatum mentis*) (Curtius, 2012: 201).

Otro ejemplo sobresaliente del uso de metáforas de alimentos es el de Dante Alighieri. Una muestra de ello es lo que dice acerca de su libro *Convivio* (del latín *convivium*, que significa *banquete*, es decir, *comida celebratoria o espléndida*): se trata de una “cena para todos cuantos tengan hambre de ese ‘pan de los ángeles’ que es el saber” (Curtius, 2012: 201).

### **2.3 Las metáforas del libro según Ernst Robert Curtius**

“El libro como símbolo” es el título del capítulo que dedica Curtius a las metáforas del libro en su obra ya citada. Con ello queda señalado el papel que tiene el libro en las metáforas de las que nos hablará de manera exhaustiva sobre la base de una serie de textos: el libro como objeto cultural aporta el universo de sus elementos y significados para simbolizar y representar otras realidades y expresiones de la existencia humana. Se usa el libro para explicar y enriquecer otros conceptos o entidades. También queda planteado así el tópico al que dan lugar estas metáforas, es decir, por su uso frecuente y extendido tanto en el tiempo como en el espacio, estas metáforas se vuelven tópico, lugar común cuya enunciación general es “El libro como símbolo”. El análisis realizado por Curtius es la evidencia de este proceso.

Una visión panorámica sobre lo hecho por Curtius en este texto es la que proporciona Alberto Manguel:

El crítico alemán E. R. Curtius, en un capítulo sobre el simbolismo del libro en su monumental *Literatura europea y Edad Media latina*, sugería que las metáforas sobre libros surgieron en la Grecia clásica, pero hay poco ejemplos, puesto que la

sociedad griega, como más tarde la romana, no consideraba el libro un objeto cotidiano. Las sociedades judía, cristiana e islámica desarrollaron una profunda relación simbólica con sus respectivos libros sagrados, que no eran símbolos de la Palabra de Dios sino del mismo Verbo divino. Según Curtius, “la idea de que el mundo y la naturaleza son libros nace de la retórica de la Iglesia Católica, retomada por los filósofos místicos de la alta Edad Media, hasta que finalmente se convierte en un lugar común” (Manguel, 2005: 182).

Curtius parece hacerse una pregunta clave antes de comenzar su análisis: ¿por qué este objeto es parte del lenguaje metafórico, por qué se vuelve metáfora? La respuesta son estas líneas:

El empleo de la escritura y del libro en el lenguaje metafórico se encuentra en todas las épocas de la literatura universal; en cada una de ellas adopta rasgos característicos, determinados por la cultura general del tiempo. No todas las cosas se prestan al lenguaje figurado; sólo se prestan aquellas a las cuales se atribuye un valor, aquellas que, como dice Goethe, están “relacionadas con la vida” o dejan traslucir “la interacción de todas las cosas” (Curtius, 2012: 425).

El libro tiene un valor por su relación con la vida y esto hace que sea objeto de metáforas. Ante esto, surge naturalmente otra pregunta: ¿qué relación específica con la vida expresa el valor que se le otorga al libro en una circunstancia histórica y social particular, y cómo se refleja ella en el lenguaje metafórico? Dicha de manera más acotada: en el origen de su historia, ¿qué valor primordial tuvo el libro en las sociedades antiguas, el cual determinó su trayectoria en la cultura occidental? El libro era un objeto sagrado y en ese sentido se metaforizó inicialmente, nos contesta Curtius. De aquí parte en su recorrido por las metáforas del libro, y Egipto y Asia occidental figuran como la cuna de la idea de la escritura y el libro investidos de sacralidad, debido a su función principal en la vida de estos pueblos: transmitir el mensaje divino. Esta herencia pasó a los libros sagrados del judaísmo, el cristianismo y el Islam.

El escritor germano lleva a cabo su indagación histórica de las metáforas del libro en nueve momentos: Grecia, Roma, la Biblia, la temprana Edad Media, la alta

Edad Media, el libro de la Naturaleza, Dante, Shakespeare, Oriente y Occidente. En cada uno de estos apartados examina detalladamente la presencia de la escritura y el libro en el lenguaje metafórico, y el paso de las metáforas de una época a otra. Hace notar que el sentido de esa apropiación está orientado por la actitud de la cultura de la época hacia el libro, y definido por la perspectiva y el estilo del autor. La conciencia de estos factores le permite advertir los cambios en el estatus del libro en una sociedad, conforme se reflejan en sus metáforas.

La revisión de las metáforas del libro siguiendo la lógica de la exposición hecha por Curtius, supera los límites de este capítulo. Me concentro, por lo tanto, en presentar y anotar el catálogo de las principales metáforas del libro que nos da a conocer. Estos libros metafóricos son:

- Libro del corazón
- Libro del rostro
- Libro del espíritu
- Libro de la memoria
- Libro de la razón
- Libro de la experiencia
- Libro del destino
- Libro de la naturaleza o del mundo

Hago una sinopsis de cada tipo de metáfora. El corazón se concibe como un libro en el que se registran y leen sucesos y experiencias que marcan la vida de un sujeto, individual o colectivo. En el Antiguo Testamento se encuentra la metáfora cuando se dice que el “El pecado de Judá ‘escrito está con cincel de hierro y punta de diamante: esculpido está en la tabla de su corazón” (Jeremías, XVII, 1) (Curtius, 2012: 436). La idea también aparece en San Pablo en la frase *tabulae carnales cordis*. En la alta Edad Media aparece la fórmula “libro del corazón”: “Lee en el libro del corazón lo que en él tienes de suciedad; en ningún lugar mejor que allí podrás leer esas cosas” (Curtius, 2012: 447-448). Shakespeare también usa la

metáfora cuando escribe en un soneto que “El corazón del poeta es una tabla sobre la cual su ojo pinta la hermosura del amigo” (Curtius, 2012: 475).

El libro del rostro remite a la comparación que se hace del “rostro humano con un libro en el cual pueden leerse las ideas”. Un ejemplo de la metáfora en la alta Edad Media son estas líneas extraídas de la elegía de Enrique de Settimello: “Pues la cara expresa la disposición del alma y sus intereses, y manifiesta exteriormente lo que se desarrolla en el interior del espíritu; el rostro es libro y página de las condiciones internas” (Curtius, 2012: 444). Shakespeare usa frecuentemente la idea del rostro como libro, que se enriquece con el gusto del escritor por la encuadernación lujosa; baste un ejemplo tomado de *Romeo y Julieta* (Curtius, 2012: 470):

Lee en el rostro de Paris las delicias  
escritas con la pluma del encanto...;  
si hay algo oscuro en ese bello libro,  
ve la glosa en el margen de sus ojos.  
A ese libro de amor tan sólo falta,  
para ser más galano, una cubierta.  
Vive el pez en el mar, y es muy honroso  
que un externo primor cubra el de dentro:  
las tapas que con broche de oro cierran  
leyendas de oro, son también gloriosas.

Los primeros registros del concepto “libro del espíritu” se encuentran en la Grecia antigua: Platón compara el alma con una tabla encerada sobre la cual se graban las cosas, y Aristóteles dice que el espíritu, antes del conocimiento, “es como una tabla en la que todavía no hay nada realmente escrito” (Curtius, 2012: 427). En la alta Edad Media, Guilberto de Nogent “aconseja a los predicadores que, después de la Sagrada Escritura, se sirvan de su propia experiencia psicológica y moral, lo cual será fácilmente comprensible a todo hombre, puesto que en su propio espíritu podrá leer, como en un libro, las mismas cosas [...]” (Curtius, 2012: 447). En Inglaterra, en la época isabelina, el poeta Samuel Daniel “abre el libro de cuentas

de su alma, en el cual tiene registrados sus sufrimientos y suspiros” (Curtius, 2012: 467). En *La noche de reyes* de Shakespeare, se lee: “te he abierto / el libro más secreto de mi espíritu” (Curtius, 2012: 475).

En el libro de la memoria, esta facultad psíquica se materializa con la forma de un libro al que se recurre para encontrar el pasado o los recuerdos. Huellas de esta idea hay en la Antigüedad griega clásica y tardía, donde surge la comparación de la memoria con la escritura. Pier della Vigna, político y escritor siciliano, es autor de una frase en la que aparece claramente la metáfora: *in tenaci memoriae libro perlegimus* (Curtius, 2012: 457). De acuerdo con el estudioso alemán, para Dante, “Escribir poesía es, pues, copiar la escritura original consignada en el libro de la memoria” (Curtius, 2012: 461). Una muestra es el pasaje que retomo de una versión en español de la *Divina comedia* (Alighieri, 2000: 155):

Yo estaba como aquel que se resiente  
de una visión que olvida y que se ingenia  
en vano a que le vuelva a la memoria,

cuando escuché esta invitación, tan digna  
de gratitud, que nunca ha de borrarse  
del libro en que el pasado se consigna.

El libro donde están inscritas las imágenes de las cosas y las ideas divinas es el libro de la razón, según Juan de Salisbury, autor perteneciente a la alta Edad Media. Del mismo periodo, San Buenaventura “explica la caída de Eva diciendo que la primera mujer no se atuvo al ‘libro interior’ de la razón, sino al exterior de la concupiscencia” (Curtius, 2012: 450).

La experiencia se convierte en el libro en el que habrá de buscarse el conocimiento o el saber. Alian de Lille, en la alta Edad Media, presenta la metáfora cuando escribe que “mediante el libro de la experiencia (*per librum experientiae*) podrás aprender la práctica” (Curtius, 2012: 443).

Durante el helenismo, el poeta Nonno formula una variante del concepto “libro del destino”: el espíritu primigenio ha escrito en tablas, con letra roja, la historia futura del mundo (Curtius, 2012: 432). El Nuevo Testamento provee en el Apocalipsis un ejemplo que se relaciona con la metáfora “libro del destino”: “el destino del alma en el mundo de la eternidad está escrito en los libros” (Curtius, 2012: 436). Las *Mil y una noches* también nos ofrecen unas líneas que evocan la metáfora: “El cálamo lo registró en el limbo del tiempo, lo que Alá ordena tiene su eternidad” (Curtius, 2012: 481). El destino humano está trazado en los escritos divinos, a ello alude el libro del destino como metáfora.

Finalmente, la idea de la naturaleza o el mundo como libro, cuyas raíces son rastreadas hasta la época helénica. El filósofo Plotino hace uso de la escritura como recurso metafórico para explicar cosas, antes que para crear un efecto literario; dice, por ejemplo, que las estrellas son “como letras que siempre se escriben en el cielo [...]” o que el arte del adivino consiste en “leer las letras de la naturaleza, que revelan un orden y una regla” (Curtius, 2012: 431). El Antiguo Testamento refiere en varias ocasiones al “libro de la vida” escrito por Dios (Curtius, 2002: 435). En la Edad Media se recomendaba a los predicadores acudir tanto a la Biblia como al libro de la naturaleza. Desde la filosofía, Hugo de Folieto dice que hay cuatro libros de la vida: “el primer se escribió en el paraíso, el segundo en el desierto, el tercero en el templo, el cuarto en la eternidad; el primero lo escribió Dios en la eternidad, el segundo lo escribió Moisés en las tablas de la ley, el tercero lo escribió Jesucristo en la tierra, y el cuarto lo compuso la divina Providencia” (Curtius, 2012: 450).

La metáfora pasa de la Edad Media al Renacimiento, se la apropian autores como Montaigne, Descartes, Bacon, Thomas Browne, Shakespeare, entre otros. Por ejemplo, con la guía de Curtius, podemos leer lo que Descartes escribe en el *Discurso del método*:

Pero, después que hube empleado algunos años en estudiar así en el libro del mundo y en tratar de adquirir alguna experiencia, tomé un día la resolución de estudiar también en mí mismo y de emplear todas las fuerzas de mi espíritu en escoger los caminos que debía seguir; lo que me salió mucho mejor, me parece,

que si no me hubiese alejado jamás de mi país y de mis libros (Descartes, 1994: 10).

Con Galileo, creador de la física exacta, la metáfora da un giro significativo, “habla de un gran libro del universo, que está constantemente frente a nuestros ojos, pero que no puede ser leído sino por los que han aprendido su escritura: ‘Está escrito en lenguaje matemático, y los signos son triángulos, círculos y otras figuras geométricas’, Según esto, ya no es dado a cualquiera leer el libro de la naturaleza” (Curtius, 2012: 455). En otro sentido, Goethe ofrece una bella variante de la metáfora en estos versos:

Un libro vivo es la naturaleza,  
difícil de leer, mas no ilegible;  
tu pecho aspira, con ardiente anhelo,  
a que todos los gozos de este mundo,  
toda la luz del sol, todos los árboles,  
todas las playas y los sueños todos  
se junten y se fundan en tu espíritu.

Las metáforas que nos describe Ernst Robert Curtius están enmarcadas en la valoración cultural que cada sociedad hace respecto al libro, esta valoración puede notarse en las metáforas mismas. Los griegos y los romanos antiguos generalmente consideraron la escritura y el libro como objetos instrumentales o literarios, y ésta es la concepción que impregna sus creaciones metafóricas. Para la sociedad judeocristiana el libro es sagrado y las metáforas del libro que derivaron de su cultura son esencialmente religiosas, por lo menos de manera predominante hasta la Edad Media. Con la entrada de la modernidad, el individualismo y la ciencia hacen del libro una fuente de conocimiento del hombre y del mundo, además de placer estético. Viene al caso lo escrito por Robert Darnton respecto al libro impreso:

Cada vez más uniforme en su diseño, más económico en su precio y mejor propagado por una amplia distribución, el nuevo libro transformó al mundo. Y no únicamente porque ofreció mayor información. Ofreció, más bien, un modo de comprender, una metáfora fundamental para darle sentido a la vida. Fue así como en el siglo XVI el hombre tomó posesión de la Palabra; en el siglo XVII, empezó a descifrar el “libro de la Naturaleza” y, en el siglo XVIII, aprendió a leerse a sí mismo (Darnton, 1996: s/p).

Hemos desplegado una mirada rápida sobre una parte de los hallazgos de Curtius, y queda claro que para comprender de mejor manera una metáfora del libro en tanto fenómeno cultural que nos dice algo sobre su sociedad o época, pero fundamentalmente sobre las concepciones que se tienen acerca del libro mismo, es necesario seguirle el rastro tanto a los elementos estructurales que la componen, como a las huellas que remiten a la historia de la cultura escrita.

### **Capítulo 3. Platillo principal**

#### **El libro es un alimento: aspectos estructurales, retóricos e históricos de un concepto metafórico**

Fue el historiador Alberto Manguel quien me puso en el camino de la metáfora que compara al libro con un alimento. En su obra *Una historia de la lectura* proporciona las coordenadas básicas de esta idea que sirve para explicar tanto al libro como a uno de los actos que le dan sentido: leer.

Decir que leemos —el mundo, un libro, el cuerpo— no es suficiente. La metáfora de la lectura requiere a su vez otra metáfora, exige una explicación mediante imágenes que quedan fuera de la biblioteca del lector pero dentro de su cuerpo, de manera que la función de leer se asocia con nuestras otras funciones corporales básicas. El acto de leer —como hemos visto— sirve como vehículo metafórico, pero para entenderlo hay que reconocerlo también mediante metáforas (Manguel, 2006: 184).

Queda así situada la concepción gastronómica del libro y la lectura dentro de la estirpe de metáforas en las que el mundo libresco es interpretado con base en otros conceptos, experiencias u objetos, tal como los vimos con Roger Chartier en el capítulo anterior. Se anota también la capacidad explicativa de esta metáfora para hacer comprensible y socializar los significados del libro y las prácticas culturales que le son propias.

Con un ejemplo sobre su uso en expresiones comunes, el autor da otro punto de referencia: coloca a esta construcción simbólica como parte de la vida cotidiana, y esto me da la pista que me lleva a considerarla como un concepto metafórico que funciona como un tópico, usado con cierta frecuencia para la invención retórica de discursos sobre el libro y la lectura. Muestra también que la metáfora no sólo se aplica para comprender estos dos temas, sino también el de la escritura e incluso, como veremos aquí, el del quehacer editorial.

De la misma manera en que los escritores hablan de que un libro es un refrito, de aderezar una trama, de condimentar una escena, o de hincarle el diente a un texto, nosotros, los lectores, hablamos de saborear un libro, de alimentarnos con él, de devorarlo de una sentada, de regurgitar o vomitar un texto, de rumiar un pasaje, de sentirles el gusto a los versos, de darnos un atracón de poesía, de mantenernos con una dieta de novelas policíacas (Manguel, 184: 2006).

Finalmente, Manguel pone ante nuestros ojos algunas de las huellas históricas de la metáfora en su trayectoria hacia su presente de uso extendido y habitual. Encuentra en la literatura religiosa el que pudiera considerarse el primer registro donde la metáfora del libro como alimento aparece claramente delineada: el pasaje del Antiguo Testamento en el que el profeta Ezequiel, en el trance de una revelación, tiene ante sí “la imagen de la Gloria de Yahve” y recibe la orden de comer el rollo que le es entregado, para que después lleve el mensaje a los israelitas que se han rebelado contra su dios. Esta encomienda tiene una fecha probable: el 31 de julio del año 593 a. C. Tiempo después, hacia el año 95 de nuestra era, San Juan tendrá la misma visión durante su destierro en Patmos, y quedará plasmada en el Apocalipsis (Manguel, 2006: 184). Posteriormente retomaré estas escenas bíblicas.

Otros ejemplos le sirven a Manguel para reconocer globalmente, desde un criterio estético, tres inflexiones en el curso histórico de esta metáfora en su faceta literaria, las cuales están relacionadas con la evolución de la lectura, idea sobre la cual Manguel no abunda: su surgimiento en el contexto de una tradición religiosa, como se observa con San Ezequiel y San Juan; su conversión en “retórica pura” —según palabras del escritor argentino-canadiense—, manifestada de esa manera en un texto de Isabel I; y su puesta en papel como objeto de ironía, lo cual se aprecia en algunas líneas de William Congreve y James Boswell.

Me atrajo la familiaridad que sigue teniendo hasta hoy esta metáfora antigua, el fundamento sobre el que se mantiene y hace que trascienda en el tiempo y el espacio: lo obvio y lo repetitivo, y no lo original y lo único, como se exigiría desde una perspectiva literaria tradicional. Querer saber más sobre ella era aproximarse de alguna manera a esa necesidad que existe por nombrar y representar el

vínculo íntimo que quiere establecerse con el libro y la lectura, y que en este caso se desea carnal, parte del cuerpo mismo.

Comencé así mi propia búsqueda y recolección de ejemplos, con una pregunta de fondo que surgió ante la multiplicidad y la recurrencia de esta metáfora: ¿por qué tiene tal presencia, qué cualidad sustancial permite que siga vigente en nuestros días? La lectura de *Metáforas de la vida cotidiana* de Lakoff y Johnson me permite esbozar una respuesta: se trata de un concepto metafórico que expresa una relación vital con el libro y la lectura. Posteriormente, sobre el terreno desbrozado con ayuda de la teoría cognitivista, expongo algunas consideraciones respecto a su uso retórico en acciones discursivas que tienen como tema el libro y la lectura, y para ello hago eco de conceptos provenientes de la retórica clásica.

Siguiendo la enseñanza de Curtius sobre la posibilidad de estudiar la historicidad de una metáfora, presento algunos puntos de conexión entre la historia de esta construcción metafórica y la historia de la escritura, el libro y la lectura, con base en algunos ejemplos en los que es posible analizar este vínculo; ello me permitirá comentar algunos de los usos y significados que tuvo y tiene este concepto, y que conforman y consolidan su existencia como tópico retórico. Tomo en cuenta algunas contribuciones hechas por Walter J. Ong, Robert Darnton, Roger Chartier y Guglielmo Cavallo.

En el capítulo que sigue a éste, ofrezco una compilación de textos e imágenes en los que cobra vida la metáfora. Mi intención es que el lector tenga una visión de conjunto y un encuentro directo con el fenómeno que me propuse observar y comentar. Los materiales reunidos provienen de distintas fuentes, autores, épocas, países y disciplinas, y constituyen el terreno de realidad sobre el que tratan estas notas. Considérense éstas una reflexión sobre una entidad viva que, desde su particularidad de caso, nos ejemplifica la estrategia cultural de crear recursos conceptuales de uso cotidiano para entender y explicar saberes y productos relevantes de nuestra cultura.

### **3.1 EL LIBRO ES UN ALIMENTO, concepto metafórico y expresiones discursivas**

La metáfora del libro como alimento tiene una vida pública intensa, no obstante los 2600 años aproximadamente que se cuentan como parte de su existencia, desde que fue vista con todo su simbolismo en el texto de Ezequiel, un profeta judío desterrado en Babilonia, actualmente parte de Irak.

El estudio de la literatura ha sido la primer fuente que ha provisto ejemplos en los que aparece esta idea. Desde la perspectiva de una metafórica literaria histórica, gracias a Ernst Robert Curtius, puede hablarse de una categoría de metáforas de alimentos que cobraron auge con las sociedades judeocristianas, específicamente con el surgimiento del cristianismo, una religión que basa su transmisión a través de la escritura y el libro, y cuyo rito central de la Eucaristía o Santa Cena plantea la conversión del pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Jesucristo, alimentos que sus adeptos comerán como símbolo de unión con el hijo de Dios.

De acuerdo con Curtius, las metáforas de alimentos son aquellas en las que el saber, el conocimiento o las obras escritas reciben la caracterización de comida. La figura del libro como objeto que se come pertenece a esta tradición metafórica que en la literatura se ha manifestado principalmente en el texto religioso, la poesía, la novela y el ensayo. Curtius nos proporciona el antecedente general de esta idea, pero es Alberto Manguel quien nos lleva a la Antigüedad judía y cristiana, para conocer los textos primigenios de la cultura escrita occidental en los que se cristaliza claramente la metáfora mediante la que se interpreta el libro como un alimento.

Poder leer estos textos significa ser testigos de los momentos iniciales de una historia que subyace en nuestra cotidianidad como hablantes y lectores. En el Antiguo Testamento, Ezequiel deja escrito lo que sucede tras escuchar una orden divina que lo conmina a abrir la boca y comer lo que se le ofrece:

Miré y vi una mano tendida hacia mí con un libro enrollado. Lo desenrolló a mi vista. Estaba escrito por dentro y por fuera, y contenía lamentaciones, gemidos y ayes.

Y me dijo: “Hijo de hombre, *come* lo que te presentaron, *come* este libro y anda a hablar a la gente de Israel”.

Abrí la boca y me hizo *tragar* el libro. Y me dijo: “*Aliméntate* y llena tus entrañas con este libro que te doy”. Lo *comí*, pues, y en la boca lo sentí *dulce como la miel* (*La Biblia*, 1989, p. 555).

Observamos en este fragmento bíblico la transformación del libro en alimento de origen divino, pero también algunos aspectos importantes que contextualizan el uso de la metáfora: un personaje que ofrece el libro y otro que lo recibe, una forma histórica del objeto, un uso del soporte, un tipo de contenido, una orden y una misión que deberá cumplir el que lo come, un efecto en la sensibilidad y la conciencia de éste, quien por su cuenta, una vez ingerido el libro, deberá hablar a sus compatriotas y anunciarles lo que viene para ellos, y con esto un destino oral y colectivo de la lectura. Tenemos así el retrato de una concepción de la función del libro y la lectura en una época determinada, que enmarca y orienta la realización metafórica.

Cinco siglos después, a finales de la primera centuria después de Cristo, San Juan relata un episodio semejante en el Apocalipsis, libro que forma parte del Nuevo Testamento. Una voz que le habla desde el cielo le dice que no escriba el mensaje que ha escuchado antes y guarde el secreto, en lugar de ello le pide que se acerque al ángel que está con un pie en el mar y otro en la tierra, y que tiene en una de sus manos un “librito”, según lo describe el texto bíblico:

Fui, pues, donde el ángel a pedirle que me lo pasara; él me respondió: “Tómalo y *cómetelo*; será *amargo para tu estómago*, aunque en *tu boca sea dulce como la miel*”.

Tomé el librito que me pasaba el ángel y *me lo comí*. En *mi boca era dulce como la miel*, pero, cuando terminé de *comerlo*, se volvió *amargo en mi estómago*. Entonces me dijeron: “Tienes que transmitir de nuevo las palabras de Dios relativas a numerosos pueblos, naciones, lenguas y reyes” (*La Biblia*, 1989: 375).

Con estas dos columnas históricas de la metáfora como fondo, regresemos al presente en el que se acumulan numerosas apariciones metafóricas en forma de textos literarios o informativos, pero también en esculturas, grabados, performance, fotografías, caricaturas, historietas, ilustraciones, películas, carteles, anuncios publicitarios, logotipos y publicaciones que circulan en redes sociales virtuales, todos ellos concreciones discursivas en los que la metáfora se vuelve imagen, en ocasiones compartiendo terreno con la escritura. En el centro de este panorama, se encuentra el habla cotidiana en la que abundan expresiones verbales que también describen y explican el libro como un alimento o la lectura como si se tratara del acto de comer. Sin duda, una vida pública intensa.

Ante ello es posible percibir que existe un hilo común que une a los ejemplos individuales, ¿pero cómo entenderlo teóricamente y explicitarlo formalmente de manera global, con base en la realidad empírica, pero trascendiendo las especificidades discursivas de cada caso? Para responder, he tomado como punto de partida una perspectiva diferente a la literaria o iconográfica, las cuales en un segundo momento pueden complementarla, o como en el caso de este ensayo, apoyarse en la retórica que enfatiza el papel de los tópicos como construcciones situadas, históricas. La teoría cognitivista que se centra en el estudio de las metáforas conceptuales es el enfoque que, sobre la base del lenguaje, nos permite transitar de las realidades discursivas a las estructuras cognitivas, del registro literario o visual a la enunciación conceptual, de los ejemplos concretos al concepto genérico.

Recordemos que para esta teoría las metáforas son estructuras de pensamiento, antes que de lenguaje; que las expresiones metafóricas lingüísticas específicas son posibles precisamente porque existe una forma conceptual de la que derivan. En este sentido, se entiende por metáfora un concepto metafórico mediante el cual una entidad más abstracta o compleja es entendida y comunicada en términos de otra más concreta o sencilla, por lo menos en el plano de una percepción inmediata. Así, en cada variante metafórica que se presenta en un discurso, está operando una matriz metafórica común de la que parten otras piezas metafóricas similares. De este modo, para la identificación y el análisis, es

necesario distinguir entre concepto metafórico y expresiones lingüísticas o discursivas metafóricas.

Esta manera de conceptualizar la metáfora permite ver más allá del lenguaje literario o poético, al considerar que la función básica del recurso metafórico es apoyar a la comprensión, antes que contribuir al refinamiento o estilización del lenguaje. Por tal razón, desde este enfoque se piensa que la metáfora es parte de la vida cotidiana, en donde las personas la utilizan como filtro conceptual para entender aspectos de su existencia y entorno, y actuar en consecuencia. La metáfora es, por lo tanto, una herramienta para el conocimiento, la expresión y la acción. De hecho, George Lakoff y Mark Turner nos dicen que el lenguaje literario o poético comúnmente retoma las metáforas conceptuales básicas de la cultura a la que pertenecen los escritores, y éstos pueden o no dar lugar a expresiones metafóricas originales (Lakoff y Turner, 1989: s/p).

Por lo tanto, un conjunto de evidencias, entre ellas, expresiones del habla común, me hace pensar que existe un concepto metafórico estructural que puede denominarse EL LIBRO ES UN ALIMENTO, de acuerdo con la manera de formular un concepto metafórico que nos enseña Lakoff y Johnson, y que consiste en plantear una igualdad del tipo “A es B”, diferenciado el enunciado con mayúsculas. Como nos lo hace ver Hernán Díaz, al enunciar de este modo, se advierte que la formulación tiene un sentido especial pues está consignando un concepto, no una expresión que deba tomarse de manera literal: “Lo importante es que la metáfora conceptual no es un expresión usual del lenguaje cotidiano, raras veces aparecen enunciadas tal como las registramos aquí, justamente porque son conceptuales y no lingüísticas” (Díaz, 2006: 46).

La formulación EL LIBRO ES UN ALIMENTO sintetiza en las categorías más generales los dos dominios o campos semánticos que integran este concepto metafórico. El dominio meta, aquel que queremos metaforizar, es EL LIBRO; y el dominio fuente, aquel que usamos para metaforizar, es UN ALIMENTO. En este sentido vale la pena recordar que para la teoría cognitivista la operación metafórica consiste básicamente en una proyección metafórica de un dominio

conceptual a otro. De esta manera, el dominio del concepto *alimento* se proyecta sobre el dominio del concepto *libro*.

Para comprobar que esta estructura metafórica funciona como tal, agruparé una serie de expresiones lingüísticas del habla común que juzgo como vinculadas a ella. Recorro tanto a los ejemplos que nos da Alberto Manguel en el fragmento que ya he citado, afirmaciones que atribuye a los lectores en general, como a las frases obtenidas por la investigadora francesa Michèle Petit durante las entrevistas realizadas a jóvenes lectores, con respecto a lo cual, por cierto, hace notar que “el gusto por la lectura adopta muchas veces la forma de una incorporación ávida, de un asunto oral” (Petit, 1999: 143-144).

#### EL LIBRO ES UN ALIMENTO

- *Saborear* un libro.
- *Alimentarnos* con él.
- *Devorarlo* de una sentada.
- *Regurgitar* o *vomit*ar un texto.
- *Rumiar* un pasaje.
- Sentirles el *gusto* a los versos.
- Darnos un *atacón* de poesía.
- Mantenernos con una *dieta* de novelas policíacas.
- Leer hasta *hartarse*.
- Me lo *devoré* todo.
- Me *chupé* los dedos.
- Es como una *golosina*.
- Es algo *sabroso*, *sabroso*.
- Quisiera *probarlo* todo.
- Hay quienes saquean el *refrigerador*, yo saqueo la biblioteca.

De esta manera tenemos una primera organización de algunas expresiones metafóricas que se relacionan con el concepto metafórico EL LIBRO ES UN ALIMENTO. Podemos notar que se trata de expresiones que aparecen

sistemáticamente en el lenguaje común, es decir, que no surgen arbitraria o fortuitamente, usadas con regularidad en aquellas ocasiones cuando una persona tiene que externar una opinión sobre la experiencia que ha tenido al leer un libro o con la lectura en general. Esta sistematicidad significa también que aparecen, en la mayoría de los casos, con un sentido parecido entre una y otra expresión, lo cual se debe a que utilizan la misma metáfora conceptual como punto de partida.

No sólo comparten el mismo concepto metafórico, sino que dentro de éste, gran parte de los ejemplos coinciden subyacentemente en atribuir una cualidad nutritiva o un efecto placentero al libro, por el cual puede interpretarse como recomendable o deseable el hecho de que se lo coma. Es decir, se otorga a este objeto cultural una valoración positiva. Este uso expresivo significa que en el marco del concepto metafórico se privilegia un tipo de correspondencia entre los dominios que lo integran, correspondencia que se da entre uno y otro de sus elementos semánticos. Así, cuando se dice que hay que “Alimentarnos con él [la frase se refiere al libro]” se pone en relación el valor del contenido del libro para el intelecto y la sensibilidad con el valor nutritivo del alimento para el cuerpo. El alimento además de nutritivo puede ser grato al paladar y estimular nuestro apetito, así también el libro: entonces podemos “Devorarlo de una sentada”, decir que es “Algo sabroso, sabroso” y concluir que “Me chupé los dedos” tras leerlo. Puntualizo estas correspondencias entre los dominios del libro y el alimento, en las cuales éste se proyecta sobre aquél, con el propósito de mostrar lo que podría considerarse la estructura mínima de la metáfora, y con la reserva de que otras proposiciones pueden ser integradas a este conjunto:

- Las propiedades del contenido del libro son el *sabor*.
- La calidad del contenido del libro es el *valor nutritivo*.
- El lector es un *comelibros*.
- Una selección de libros es una *dieta*.
- Una biblioteca o un librero es un *refrigerador*.

### 3.1.1 Su relación con otras metáforas conceptuales

Una metáfora conceptual de mayor amplitud está implicada en la formulación EL LIBRO ES UN ALIMENTO, se trata de LEER ES COMER, que metaforiza la acción mediante el cual el libro cobra sentido como objeto que significa. En principio los libros se hacen para leerlos; como fenómeno cultural, la lectura existe antes que el libro y éste es un invento que surge como respuesta a las necesidades de conocimiento, formación y recreación que se encauzan en la lectura. Puede decirse entonces que la razón de ser del libro es la lectura. En más de un sentido es cierto que el libro no se entiende si no lo leemos. Esta misma relación puede aplicarse a la que existe entre estos dos conceptos metafóricos: la metáfora EL LIBRO ES UN ALIMENTO puede ser entendida por los hablantes porque existe y se usa la metáfora LEER ES COMER. La concepción metafórica de la experiencia de leer como comer hace posible que podamos imaginar al libro como un alimento que comeremos metafóricamente. En otras palabras, la estructura metafórica LEER ES COMER remite a la acción de apropiación lectora y EL LIBRO ES UN ALIMENTO al objeto de esa apropiación.

La formulación del concepto metafórico LEER ES COMER nos permite distinguir un conjunto de prácticas lectoras que son entendidas en términos del acto de comer en las expresiones en las que, al referirse a la lectura de libros, está implícita esta metáfora conceptual. Principalmente, identifico maneras de leer que son interpretadas como maneras de comer, así como efectos y reacciones que produce la lectura interpretados desde la experiencia gastronómica, y que debido a esta traslación podemos hacerlas visibles más fácilmente. Podemos apreciar estas maneras y efectos de leer si reagrupamos aquellas expresiones metafóricas que están más directamente relacionadas con LEER es COMER.

#### LEER ES COMER

- *Saborear* un libro.
- *Devorarlo* de una sentada.
- *Regurgitar* o *vomit*ar un texto.
- *Rumiar* un pasaje.

- Darnos un *atracción* de poesía.
- Leer hasta *hartarse*.
- Me *chupé* los dedos.
- Quisiera *probarlo* todo.

Al igual que con el concepto metafórico EL LIBRO ES UN ALIMENTO, en el caso de LEER ES COMER podemos explicitar una serie de correspondencia entre uno y otro dominio, en las que el área conceptual *comer* se proyecta metafóricamente sobre el área *leer*, y que se reflejan en las expresiones discursivas. Al formalizar estas correspondencias podemos conocer parte de la estructura de esta metáfora conceptual, específicamente el ámbito en el que se relacionan maneras de leer con maneras de comer. Ofrezco una lista provisoria con base en los ejemplos del habla cotidiana con los que he trabajado:

- Leer con gozo es *saborear*.
- Leer rápidamente es *devorar*.
- Leer detenidamente es *rumiar*.
- Leer excesivamente es un *atracción* o *hartarse*.
- Leer extensivamente o un poco de todo es *probar*.
- Leer sin comprender es *tragar*.
- Asimilar lo que se ha leído es *digerir*.
- Manifestar satisfacción después de leer es *chuparse* los dedos.
- Manifestar rechazo respecto a lo que se ha leído es *regurgitarlo* o *vomitarlo*.

Vayamos ahora a un ejemplo clásico de la literatura en el que se interpreta al libro y al acto de leer en términos gastronómicos. Se trata de un fragmento del ensayo de Francis Bacon titulado “De los estudios”, en el cual podemos encontrar operando de manera conjunta e implícita los conceptos EL LIBRO ES UN ALIMENTO y LEER ES COMER. Este texto es doblemente interesante porque, en un primer momento, se habla sobre distintas maneras de comer un libro dependiendo de las cualidades alimenticias subyacentes que tendrían tipos

determinados de este objeto cultural; y en un segundo momento, el autor explica literalmente lo que significaría cada una de estas proposiciones metafóricas basadas en la concepción del libro como alimento y del acto de leer como comer.

*Algunos libros han de gustarse, otros han de devorarse y unos pocos han de rumiarse y digerirse; esto es, de algunos libros han de leerse sólo partes; otros se leerán, pero sin curiosidad, y unos pocos hay que leer por completo y con diligencia y atención* (Bacon, 1992: 148).

En unas cuantas líneas Bacon sintetiza una preceptiva de la lectura usando las metáforas conceptuales EL LIBRO ES UN ALIMENTO y LEER ES COMER. Apela a la experiencia cotidiana y socialmente construida del acto de comer, común a cualquier individuo de su época y cultura, para hablar sobre distintas estrategias de lectura posibles según el tipo de libro que el lector tenga frente a sí. ¿Por qué hace esto y no, en lugar de ello, explica sin lenguaje metafórico lo que quiere decir sobre el libro y la lectura? Probablemente porque consideró que, dichas de manera metafórica, podía dar a entender más fácilmente sus recomendaciones y resultar más persuasivo para que el lector las aplicara en sus estudios, es decir, para orientar su acción lectora en direcciones específicas.

En suma, la metáfora conceptual LEER ES COMER nos ayuda a entender y expresar una experiencia compleja como la lectura, al igual que la metáfora EL LIBRO ES UN ALIMENTO respecto a un objeto cultural multifacético. Es un asunto de comprensión, pero también de persuasión y de acción, como se muestra en el texto de Francis Bacon. En el siguiente apartado trataré más ampliamente el punto sobre la retoricidad del concepto metafórico EL LIBRO ES UN ALIMENTO; por ahora, continuaré con la exploración del sistema conceptual metafórico del que forma parte.

En un mismo nivel conceptual que LEER ES COMER, de manera paralela, se encuentra la metáfora ESCRIBIR (O EDITAR) ES COCINAR. En esta construcción el campo metafórico del arte culinario se proyecta sobre el campo de la producción escrita y en menor medida en el quehacer editorial. Las expresiones lingüísticas de esta metáfora pueden encontrarse en el habla común de un grupo restringido,

el de los escritores y editores. Podemos remitir como parte de esta metáfora las frases que registra Alberto Manguel: “[...] los escritores hablan de que un libro es un *refrito*, de *aderezar* una trama, de *condimentar* una escena, o de *hincarle el diente* a un texto”.

En su lectura del ensayo “La vanidad de las palabras” de Michel de Montaigne, Paul J. Smith (2007: 1-7), encuentra que las fases de la producción retórica de un discurso se aplican para disponer u ordenar la exposición sobre las fases de la elaboración de un banquete, y sugiere que esta operación sucede también a la inversa, es decir, la estructura y los componentes del arte culinario pueden servir para ordenar los del arte retórico. Sin duda, este sentido de la asociación entre retórica y gastronomía es el que está en ESCRIBIR ES COCINAR. Partiendo de esta metáfora, por ejemplo, es posible concebir la organización de los capítulos de un texto con base en los cuatro tiempos de un menú: entrada, medio tiempo, platillo principal y postre, como ocurre con este trabajo.

Por otra parte, aunque menos frecuente, cuando la metáfora conceptual se centra en la relación entre editar y cocinar, es posible leer, por ejemplo, una reflexión de Antonio Ramírez, librero y antropólogo responsable de la cadena de librerías catalanas La Central, en la que distingue entre textos *crudos* y textos *cocidos*, inspirado en la obra de Lévi-Strauss, pero también tomando como punto de partida la concepción EDITAR ES COCINAR.

Los textos *crudos* serían aquellos que irrumpen y circulan sin mediación, como parte de un flujo continuo, en las plataformas de comunicación y redes sociales virtuales de internet. Los textos *cocidos* serían aquellos que se generan y publican en el contexto de un proceso de edición que da lugar a obras unitarias y coherentes, sin importar el soporte, con autoría y derechos reconocidos. En este sentido, el autor propone esta definición: “Libro: conjunto de textos *cocidos*” (Ramírez, citado en “La Central y el mito de los libros *crudos* y *cocidos*”, en [www.elpececillodeplata.wordpress.com](http://www.elpececillodeplata.wordpress.com)). Desde el punto de vista de la interpretación metafórica, los textos *cocidos* son tales porque habrían sido cocinados mediante el arte editorial; en tanto expresión lingüística metafórica, el término “textos *cocidos*” presupone la metáfora conceptual EDITAR ES COCINAR.

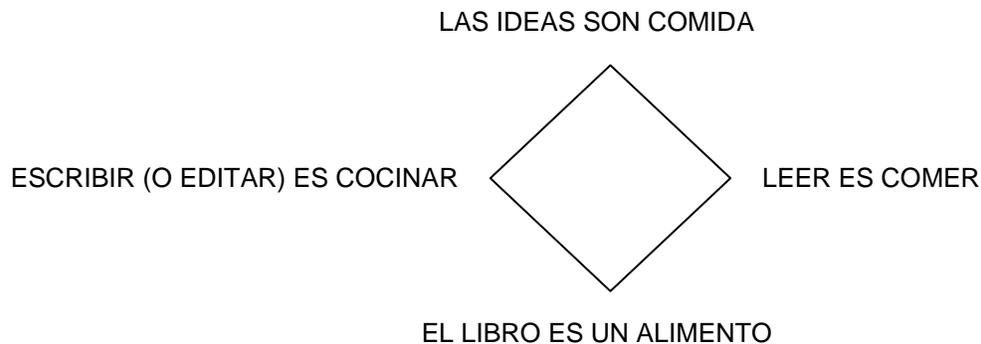
Hemos visto que el sistema conceptual metafórico al que pertenece la metáfora EL LIBRO ES UN ALIMENTO incluye las metáforas LEER ES COMER y ESCRIBIR (O EDITAR) ES COCINAR. En un estrato más general se encuentra el concepto metafórico denominado por Lakoff y Johnson como LAS IDEAS SON COMIDA. Para mostrar la aparición de este concepto en el ámbito de lo expresivo, nos dan los siguientes ejemplos:

#### LAS IDEAS SON COMIDA

Lo que dijo *me dejó mal sabor de boca*. Todo lo que dice este artículo son *hechos en bruto (crudos)*, *ideas a medios cocer* y *teorías recalentadas*. Hay aquí demasiados hechos [de] los que pueda *digerir*. Sencillamente, no puedo *tragarme* esa afirmación. Ese argumento *huele sospechosamente* (a camelo). Permíteme *cocer* eso un poco. Ahora hay una teoría en la que puedo *hincar el diente* verdaderamente. Tenemos que dejar que esa idea *se filtre* un poco. Eso es *alimento* para el pensamiento. Es un lector *voraz*. No tenemos que *dar de comer* (tratar como niños) a nuestros estudiantes. *Devoró* el libro. Dejemos *cocerse* esa idea (en el fuego de reserva) durante algún tiempo. Esta es la parte *sustanciosa* del artículo. Dejemos que esa idea *cuaje*. Esa idea lleva *fermentado* durante años (Lakoff y Johnson, 2009: 85-86).

Observamos que la metáfora LAS IDEAS SON COMIDA es el concepto metafórico básico y medular que está presente en cada una de las metáforas más específicas que he descrito: EL LIBRO ES UN ALIMENTO, LEER ES COMER y ESCRIBIR (O EDITAR) ES COCINAR. Constituye el punto de partida general que une a las metáforas que conforman este sistema conceptual metafórico; en cada una de ellas las ideas son la materia implícita de un proceso de metaforización que se diferencia por los dominios semánticos que intervienen y que se refieren, según la metáfora conceptual de la que se trate, a una actividad o ámbito del mundo del libro: el escritor o el editor, el lector y el libro, entendidos y explicados en términos del mundo de la comida. Dicho sintética y metafóricamente, el escritor o el editor cocinan ideas, los libros son ideas cocinadas, el lector come estas ideas. Con base en esto, podemos detallar nuestra metáfora como EL LIBRO ES UN

ALIMENTO DE IDEAS QUE SE COCINAN. Una representación gráfica del sistema conceptual metafórico que he descrito sería la siguiente:



Visto en retrospectiva, el análisis que he llevado a cabo desglosa en conceptos metafóricos individuales lo que Lakoff y Johnson reúnen en un concepto metafórico global. Con un recorrido que ha ido de lo particular a lo general, ha sido posible esbozar los componentes estructurales de este sistema del que forma parte y es consecuencia la metáfora conceptual EL LIBRO ES UN ALIMENTO. Gracias a estos autores es posible profundizar más en su conocimiento si atendemos a lo que nos explican sobre la formulación LAS IDEAS SON COMIDA y las metáforas aún más básicas que ésta presupone. Me permitiré citar con amplitud lo que escriben al respecto.

Lakoff y Johnson nos dicen que las metáforas crean semejanzas entre los elementos que las integran, y que sólo existen debido a la metáfora, gracias a lo cual nosotros las percibimos como tales:

Hemos visto que muchas de nuestras experiencias y actividades son de naturaleza metafórica, y que gran parte de nuestro sistema conceptual está estructurado por metáforas. Dado que consideramos las semejanzas según las categorías de nuestro sistema conceptual y según nuestros tipos naturales de experiencias (que pueden ser metafóricos), se sigue que muchas de las semejanzas que percibimos son el resultado de metáforas convencionales, que forman parte de nuestro sistema conceptual (Lakoff y Johnson, 2009: 189).

Este fenómeno se corrobora con la metáfora LAS IDEAS SON COMIDA, que genera una serie de semejanzas entre las ideas y la comida, y debido a lo cual podemos percibir que ambas pueden ser “digeridas, tragadas, devoradas y recalentadas, y las dos pueden alimentarnos. Estas semejanzas no existen independientemente de la metáfora. El concepto de ingerir comida es independiente de la metáfora, pero el concepto de tragar ideas surge sólo en virtud de la metáfora” (Lakoff y Johnson, 2009: 190).

Estos autores encuentran en otras dos metáforas conceptuales subyacentes el origen estructural y sistémico de estas semejanzas metafóricas que propicia el planteamiento LAS IDEAS SON COMIDA:

En efecto, la metáfora LAS IDEAS SON COMIDA se fundamenta en metáforas todavía más básicas. Por ejemplo se fundamenta parcialmente en la metáfora del CANAL, de acuerdo a la cual LAS IDEAS SON OBJETOS y podemos adquirirlas del exterior. También presupone La MENTE ES UN RECIPIENTE, que establece una semejanza entre la mente y el cuerpo, ambos son recipientes. Junto con la metáfora del CANAL, obtenemos una metáfora compleja en la cual LAS IDEAS SON OBJETOS QUE ENTRAN EN LA MENTE, exactamente de la misma manera que los trozos de comida son objetos que se introducen en el cuerpo. En esta semejanza creada metafóricamente se basa parcialmente la metáfora LAS IDEAS SON COMIDA. Y como hemos visto, la semejanza misma es una consecuencia de la metáfora del CANAL y la metáfora LA MENTE ES UN RECIPIENTE (Lakoff y Johnson, 2009: 190).

En síntesis, en el sistema conceptual metafórico al que pertenece EL LIBRO ES UN ALIMENTO está involucrada de manera indirecta la metáfora del canal y la metáfora la MENTE ES UN RECIPIENTE. A manera de conclusión de este examen de la construcción metafórica LAS IDEAS SON COMIDA, Lakoff y Johnson subrayan que “Los conceptos de la comida proporcionan una forma de entender ciertos procesos psicológicos, para los cuales carecemos de formas de conceptualización directas y bien definidas” (Lakoff y Johnson, 2009: 190). Estos conceptos se aplican en aquellos conceptos más difusos que pertenecen al

dominio de las ideas, de modo que pueden compararse comida e ideas, y entenderse ambos como objetos nutritivos, que podemos tragar, digerir, devorar, etcétera.

### **3.1.2 El aspecto del libro que destaca y el que oculta**

Esta exploración en profundidad de Lakoff y Johnson me es útil para señalar dos características relevantes de la metáfora EL LIBRO ES UN ALIMENTO. La primera se refiere a los aspectos del libro que, por un lado, destaca, y por otro, oculta esta metáfora conceptual. Para ello, nos es útil saber que la construcción metafórica LAS IDEAS SON COMIDA, que está implícita en EL LIBRO ES UN ALIMENTO, se fundamenta parcialmente en la metáfora del canal, lo cual significa que ésta es también parte del sustrato conceptual metafórico de EL LIBRO ES UN ALIMENTO.

La metáfora del canal es un concepto metafórico complejo que se utiliza cotidianamente para comprender y hablar sobre el lenguaje, y está conformada por los conceptos metafóricos específicos que se formulan como:

- LAS IDEAS (O SIGNIFICADOS) SON OBJETOS.
- LAS EXPRESIONES LINGÜÍSTICAS SON RECIPIENTES.
- LA COMUNICACIÓN ES UN ENVÍO.

Según Lakoff y Johnson (2009: 47), “El hablante pone ideas (objetos) en las palabras (recipientes) y las envía (a través de un canal) a un oyente que extrae las ideas-objetos de sus recipientes”. Esta concepción metafórica del lenguaje que se refleja en el lenguaje mismo ofrece una visión parcial de la comunicación humana; a la par que subraya y sintetiza la posibilidad de adquisición y transmisión del lenguaje, oculta la intervención de las condiciones y las acciones necesarias para ello:

En primer lugar, ese aspecto de la metáfora del CANAL que se puede formular como LAS EXPRESIONES LINGÜÍSTICAS SON RECIPIENTES PARA LOS

SIGNIFICADOS, supone que las palabras y las sentencias tienen significados en sí mismas, independientemente de cualquier contexto o hablante. La parte de la metáfora que se formula como LOS SIGNIFICADOS SON OBJETOS, por ejemplo, supone que los significados tienen una existencia independiente de la gente y los contextos (Lakoff y Johnson, 2009: 48).

Puedo suponer que esta visión parcial del lenguaje y la comunicación está también presente, en mayor o menor medida según la expresión discursiva concreta, en la metáfora EL LIBRO ES UN ALIMENTO, al tener en cuenta que en ella está implicada la consideración de las ideas como objetos y de las expresiones lingüísticas como recipientes. Este concepto metafórico pone énfasis en el aspecto de que como lectores podemos apropiarnos del libro de manera directa e inmediata como si fuera un alimento. Sin embargo, al centrar nuestra atención en esto, soslaya paralelamente el aprendizaje que hace posible la lectura, el contexto social en el que ésta sucede como práctica y la mediación que en muchos casos es necesaria para que se convierta en un hecho significativo en la vida de las personas. En suma, la metáfora EL LIBRO ES UN ALIMENTO obvia las relaciones sociales, incluso de poder y por ello de carácter conflictivo, que condicionan el acceso al libro y el ejercicio de la lectura como actividad cotidiana.

En esta estructura conceptual metafórica, el libro y la lectura se naturalizan, es decir, sus referentes históricos y sociales desaparecen, como si en la proyección metafórica del alimento sobre el libro, se proyectara también la naturalización de la que es objeto el acto de comer y la comida, fenómeno sobre el cual la antropóloga argentina Patricia Aguirre escribe:

Las categorías sociales que dan forma y sentido a la sustancia comestible para hacer la comida están presentes en forma tan silenciosa que no las percibimos, por eso solemos considerar el comer como un hecho natural o biológico, despojado de historia, como si la comida y los comensales hubieran existido siempre de manera inmutables, desconociendo su historización. Esta naturalización oscurece, opaca y oculta las relaciones sociales que atraviesan el plato (Aguirre, 2011: 32).

### **3.1.3 Su fundamento en la experiencia de la oralidad**

La segunda característica que quiero describir apunta a la similitud que manifiestan los dominios conceptuales de la metáfora EL LIBRO ES UN ALIMENTO en el terreno de la experiencia de las personas, y que puede ser considerada como uno de los factores que posibilita la creación de las semejanzas metafóricas, en el contexto de la implicación de otras metáforas más básicas. Esta experiencia tanto en el caso de leer un libro como en el de comer un alimento es la percepción de un algo exterior que se lleva al interior. Cuando comemos, introducimos de manera física y corporal, a través de la boca, un objeto alimenticio que está fuera de nosotros; cuando leemos registramos psicológica y cognitivamente, a través de la vista, significados representados visualmente mediante la escritura que se encuentra frente a nosotros.

La experiencia de comer un alimento resulta mucho más concreta y manejable para el entendimiento y la comunicación que la de leer un libro, compuesta de elementos y procesos difíciles de definir de manera inmediata y común. Por esta razón es que usamos el acto de comer para metaforizar e interpretar el acto de leer, operación que se traslada al alimento y al libro en tanto objetos. Toda metáfora conceptual de la vida cotidiana está fundada en la experiencia, es decir, cada concepto que integra la metáfora surge de una experiencia específica; al igual que sucede con los conceptos, teóricamente podemos pensar que las experiencias en las que éstos se fundamentan se conjugan sobreponiéndose una en otra, en el marco de cierta similitud perceptible entre ellas. En otras palabras, la percepción de esta similitud entre la experiencia de leer y comer, un algo exterior que se lleva al interior, es el origen y la base de la metáfora EL LIBRO ES UN ALIMENTO.

En virtud de su carácter visto como más terrenal y asequible, en las metáforas LAS IDEAS SON COMIDA, LEER ES COMER y EL LIBRO ES UN ALIMENTO las experiencias y los conceptos que pertenecen al mundo de la comida son los que priman. Desde el punto de vista del psicoanálisis, podemos encontrar una razón complementaria para explicar por qué recurrimos al acto de comer y al alimento para metaforizar el acto de leer y el libro. La respuesta hipotética estaría en el

hecho de que tanto la adquisición del alimento como del lenguaje tienen una naturaleza oral, es decir, suceden a través de la boca. En el desarrollo del individuo, comida y lenguaje se obtienen primariamente mediante una apropiación oral, la necesidad de comida suscitaría la necesidad de expresarse para conseguirla, una experiencia antecede a la otra, pero ambas suceden en el terreno de la oralidad. La experiencia de la oralidad, primero a través del acto de comer y luego a través del acto de hablar, tan definitoria para el ser humano, sería la experiencia que permitiría psicológicamente el surgimiento de una metáfora como EL LIBRO ES UN ALIMENTO.

Cito al psicoanalista Gerard Haddad, quien ha escrito un libro titulado *Comer el libro* desde la perspectiva de su disciplina:

Freud hace del seno el *objeto perdido* primordial, el cual, por esta propiedad esencial de estar perdido, efectúa la primera estructuración de la realidad psíquica y crea las condiciones para que se instauren, bajo la forma del grito y de las palabras maternas, las condiciones de adquisición del lenguaje y luego del pensamiento. De golpe, a nuestra pregunta del principio —¿de dónde llega el lenguaje al hombre?—, Freud aporta un elemento de peso a la respuesta: de su relación con el seno en tanto objeto perdido (Haddad, 1984: 48).

[...]

Los primeros pasos del pensamiento, su estructura primordial, se deducen de una relación inicial con el objeto oral. Gráficamente, este principio podría formularse de este modo: *ante todo, se piensa con la boca, con los dientes*. Sitúa la oposición de base *bueno/malo*, que inmediatamente produce la oposición *exterior/interior* (Haddad, 1984: 53).

La distancia del seno materno suscitaría su deseo, y la búsqueda de comida desencadenaría la búsqueda del lenguaje, ello pondría la base para la constitución psíquica del sujeto al producir, siendo niño, el surgimiento de las primeras categorías culturales que guiarán su relación primigenia con el entorno y los otros, con el objetivo de alimentarse. En este sentido, comer es, además de un acto

físico, un acto de pensamiento y lenguaje, es decir, un acto simbólico fundador de realidad que separa al sujeto de la naturaleza y lo humaniza: para conseguir el alimento, deberá ser nombrado, es decir, representado mediante palabras.

Ya sabemos que el hombre no mantiene con sus alimentos una simple relación de necesidad y que el nombre del alimento, sus atributos simbólicos, ocupan en la subjetividad un rol que Lévi-Strauss ya descubrió en los primitivos, para quienes las especies naturales no son elegidas porque son elegidas porque son “buenas para comer”, sino porque son “buenas para pensar”. En este nivel, los seres humanos somos todos primitivos (Haddad, 1984: 67).

Desde esta perspectiva psicoanalítica, la idea de comer la escritura o el libro, tanto cuando se encarna en ritos alimentarios como los judíos, en los que hay una imbricación constante de la palabra con la comida, como cuando se realiza en el lenguaje literario o cotidiano como expresión metafórica, recordaría de manera inconciente, cada vez que se usa, el momento fundacional en el que el sujeto se humaniza mediante la adquisición del lenguaje, lo cual lo enlaza a un grupo y una cultura. En este orden de ideas, no puedo dejar de anotar la interpretación del también psicoanalista James Strachey, quien afirma que la lectura es “el sustituto de comer, la sublimación de la oralidad”. Gerard Haddad nos ofrece esta conclusión:

Ésta es la principal significación que tiene para nosotros la incorporación del Libro: aceptar su inscripción [la del individuo que come el Libro] en la historia del grupo que el Libro consigna, su lugar en el desfile generacional, y a partir de ahí ser portador de la promesa, del acto futuro de procreación. ¿A qué se asemeja el Libro en el vientre del hombre, podríamos parafrasear? A una promesa del niño por venir inscrita en un linaje (Haddad, 1984: 158).

De la mano de Goethe, Ernst Robert Curtius responde a la pregunta de por qué el libro es objeto del lenguaje metafórico: se metaforiza todo aquello a lo que se le atribuye un valor, que tiene una relación con la vida. Hasta ahora, el libro ha tenido

una función vital en las sociedades occidentales modernas: ha sido el depositario y el medio de transmisión por excelencia del conocimiento formal y la imaginación literaria, al menos. El concepto metafórico EL LIBRO ES UN ALIMENTO tiene como soporte de su vigencia la valoración cultural positiva que deriva de esta función desempeñada por el libro, y que se matizaría dependiendo del período histórico y la geografía.

El uso frecuente de este concepto en la vida cotidiana se debe a que sirve para concebir y expresar en términos comunes y fundamentales la posibilidad de apropiarnos el libro de manera personal e íntima, de incorporarlo; sus expresiones concretas son diversas y con diferentes sentidos, pero podemos comprenderlas como relacionadas entre sí porque responden a una estructura única de pensamiento, vinculada a otras estructuras como parte de un sistema conceptual metafórico.

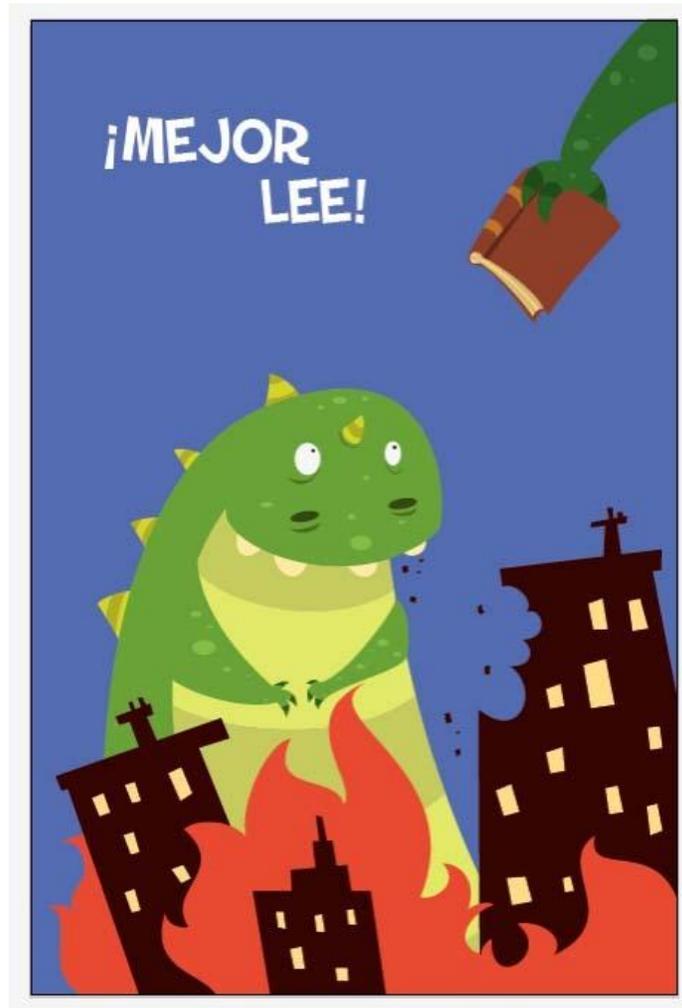
### **3.2 La dimensión retórica del concepto metafórico**

#### **EL LIBRO ES UN ALIMENTO**

Trataré con una estrategia y en un tono diferentes el tema de la dimensión retórica de la metáfora conceptual EL LIBRO ES UN ALIMENTO. Dos ejemplos serán el terreno que utilizaré para exponer mis consideraciones sobre este asunto. En primer lugar, el retrato de una situación cotidiana hipotética, aunque muy probable. En el tenor de una plática informal, en un restaurante, tal vez entre un bocado y otro a la hora de la comida, una mujer adulta pregunta al hombre que la acompaña: “Oye, ¿qué tal el libro que te recomendé? ¿Lo leíste?”. El otro, que detiene la labor de cosechar con su tenedor verduras cocidas, responde animadamente: “¡Sí, gracias! Me *gustó* mucho. Me lo *devoré* en dos sentadas”.

En segundo lugar, una situación real: la visita a la 30 FERIA Internacional del Libro Infantil y Juvenil realizada en octubre de 2010, en la Ciudad de México. Como parte de ésta, la exposición de carteles ganadores y seleccionados del XXII Concurso Nacional de Cartel “Invitemos a Leer”, que convoca a artistas gráficos a realizar y presentar un cartel que promueva la lectura. Entre las piezas incluidas, una protagonizada por un dinosaurio que recuerda a Godzilla (el personaje de

películas japonesas de ciencia ficción), autoría del ilustrador Alejandro Herrerías. El animal aparece comiéndose a dentelladas un edificio, a la par que una garra que baja de la esquina superior derecha le ofrece un manjar diferente: un libro, acompañado de una recomendación enfática: “¡Mejor lee!”.



Además del hambre de los personajes, estos episodios tienen algo más en común: el libro es objeto de una conversación o de un mensaje, es decir, es objeto de comunicación. Y sobre esa base, podemos encontrar que su familiaridad es mayor, puesto que para compartir lo que quieren decir acerca del libro, en el diálogo o el cartel se habla de él o se le representa de una manera determinada. Probablemente en ambas situaciones se parte del reconocimiento de que el libro

es un “conjunto de muchas hojas de papel u otro material semejante que, encuadernadas, forman un volumen” o una “obra científica, literaria o de cualquier otra índole con extensión suficiente para formar volumen, que puede aparecer impresa o en otro soporte”, según las definiciones de *libro* que da la Real Academia de la Lengua Española. Pero en nuestros casos no se expresan sobre él exclusivamente con base en estas definiciones. Dan lugar a una perspectiva que les permite referirlo de otro modo y proporcionarle otros significados, tanto al objeto libro, como a la práctica mediante la cual se hace uso de él, es decir, la lectura.

Podemos suponer que los dos ejemplos comparten y utilizan una metáfora conceptual que se pone de manifiesto lingüística o gráficamente. Es decir, un concepto mediante el cual podemos entender algo en términos de otra cosa, y cuya función es facilitar la comprensión. EL LIBRO ES UN ALIMENTO es la metáfora que orienta y opera conceptualmente en las expresiones de nuestras escenas culinarias. De aquí se deriva que nuestro comensal pueda decir que se *devoró* el libro que le recomendaron y que le *gustó* mucho, como si éste fuera un alimento. También entendemos por qué a nuestro dinosaurio se le ofrece el libro como alternativa para calmar su estómago: el libro puede interpretarse como un platillo más nutritivo, y también más conveniente para preservar los edificios de la ciudad, por lo cual “leer es mejor”.

Como hemos visto, en la metáfora EL LIBRO ES UN ALIMENTO está implícita una metáfora de alcance más general que he consignado como LEER ES COMER. Una construye significados con respecto al objeto y la otra con respecto a la acción; es decir, una con respecto al libro y otra con respecto a la lectura. En su conjunto, implícitas e interconectadas como están en la vida cotidiana, estas metáforas no sólo son un registro de concepciones sobre el libro y la lectura, sino por ello mismo proposiciones acerca de cómo vivir el uno y la otra. Proposiciones de interpretación y de acción en torno al libro y la lectura.

Desde el punto de vista de la retórica, podemos decir que los discursos de nuestros ejemplos tienen su origen en un mismo tópico, entendido éste como una idea socialmente compartida que pertenece a un acervo cultural e histórico de

ideas, temas y creencias en torno al libro y la lectura; podemos describir este acervo como una tónica del libro y la lectura, con base en lo que aprendimos con Ernst Robert Curtius. El tónico del que surgen las expresiones de ambos casos es entonces un concepto metafórico denominado EL LIBRO ES UN ALIMENTO, que a su vez presupone LEER ES COMER.

La elección de este tónico responde a una situación comunicativa específica en cada ejemplo, que tanto como el personaje del restaurante como el diseñador del cartel debieron tener en cuenta, como parte de un proceso de intelección retórica: una conversación informal con una persona conocida y un cartel para un concurso institucional de promoción de la cultura lectora. Esta elección que dará pie a las expresiones metafóricas propias de cada caso es el núcleo del proceso inventivo de los discursos en las que éstas aparecen, es decir, el proceso mediante el cual buscamos la idea o el concepto más adecuado para desarrollar el contenido, de modo que éste sea comprensible y persuasivo según la situación en la que se inscribe la acción discursiva, y el objetivo que se persigue con ésta.

Cuando utilizamos un concepto metafórico como tónico retórico, no sólo hacemos uso de una idea para desarrollar nuestro discurso, sino fundamentalmente activamos la forma metafórica en la que está estructurada esta idea, es decir, ponemos en práctica una manera de comprender, expresar y vivir un fenómeno de nuestra realidad, en términos de otro. Hay que recordar que la formulación EL LIBRO ES UN ALIMENTO refiere ante todo a una estructura conceptual metafórica y no a una expresión lingüística que tiene un sentido literal, y es de manera metafórica como aparece en las piezas discursivas concretas.

Si por casualidad nos encontráramos en una mesa al lado de nuestros comensales del restaurante y escucháramos decir a uno de ellos que el libro que le recomendaron se lo *devoró* y le *gustó* mucho, no pensaríamos que estamos ante un bibliófago que sufre una patología que lo empuja a alimentarse vorazmente de libros. En todo caso, creeríamos que se trata de un lector que en ese libro encontró algo que lo llevó a leerlo rápida e intensamente. Reconocemos que *devorar* es una expresión metafórica y que se refiere a una manera determinada de leer. También cuando dice que le *gustó* lo entendemos no como

que disfrutó del sabor de la tinta sobre la base de papel de 90 gramos, pero sí como un juicio benévolo hacia el contenido del libro, el cual le resultó grato. Esta interpretación que hacemos es posible porque también compartimos el concepto metafórico EL LIBRO ES UN ALIMENTO, y porque sabemos que un libro es un alimento sólo en sentido metafórico, es decir, porque puede identificarse parcialmente el concepto *libro* con el concepto *alimento*.

### **3.2.1 Factores de los que depende su capacidad persuasiva**

Ahora bien, se sabe que el consumo de libros se da en gran parte de manera prescriptiva, es decir, leemos o compramos un libro porque alguien nos habló sobre él o nos lo recomendó previamente, cuando no es que nos pidieron de manera explícita su lectura. Podemos suponer que esto es así porque el libro es un objeto de naturaleza compleja y lo mismo la lectura en tanto actividad, ya que en la realización de ambos intervienen distintos procesos y códigos, de naturaleza conceptual, técnica y cognitiva. Por ello es que resulta necesaria y consecuente la mediación de alguien que tiene un conocimiento previo del libro porque ha vivido el proceso de su lectura; este mediador puede proporcionarnos información que aumente (o disminuya) nuestra certidumbre o motivación de que vamos a leer o comprar algo que puede ser valioso para nosotros.

La efectividad de la mediación dependerá parcialmente de que esta información sea elegida pertinentemente y proporcionada en términos cercanos o adaptables a nuestra experiencia, es decir, pensada retóricamente acudiendo a tópicos como el que ahora identificamos, el cual consiste en una metáfora conceptual.

Sabemos que usamos estas metáforas para explicar un concepto abstracto en términos de otro que es concreto. En el caso del libro, la necesidad de explicarlo de manera metafórica surgiría de su naturaleza doble de objeto material y objeto discursivo, y por lo tanto, compleja, es decir, polisémica. Una metáfora conceptual del libro le daría a éste una fisonomía distinta aprovechando su polisemia. La metáfora permitiría sintetizar simbólicamente esta complejidad y comunicarla mediante otro concepto o experiencia de manera más sencilla. Esto sería posible

debido a que la metáfora en tanto figura retórica permite la expresión de un máximo de significados mediante el mínimo de recursos lingüísticos o icónicos. Esta propiedad se realiza cuando el concepto o la experiencia que va a ser metaforizado, en este caso el libro, es puesto en relación con otro que, por su naturaleza más concreta o física, puede delimitar y facilitar la comprensión de aquél.

Creo que mucho del poder de estas metáforas, entre las cuales se encuentra la del libro como alimento, pero también el libro como ser vivo, el libro como vehículo o el libro como arquitectura, está en que transforman al libro en otros cuerpos, le proporcionan otras fisonomías que buscan insertarlo en los mundos cotidianos de las personas. Lo corporizan para volverlo familiar o menos ajeno, cercano a conceptos y experiencias no necesariamente de origen libresco. En todo caso, le otorgan cuerpos para llamar a otros cuerpos. En este sentido, estas metáforas serían un asunto de seducción, de afectividad y emoción, más que de convencimiento o argumentos racionales. Más cercanas al *pathos*, que al *logos*, por lo cual comunican experiencias en torno al libro y la lectura, antes que información dura al respecto. Probablemente, esta cualidad sea uno de los motivos de su presencia recurrente y, por supuesto, de su valía, aunque la exploración creativa de algunas de ellas esté hoy ya agotada para propiciar el encuentro entre el libro y el lector.

Volvamos a la arista de la prescripción: lo que dice nuestro vecino de mesa pero también cómo lo dice, podría llevarnos a buscar el libro del que habla porque existe la posibilidad de poder vivir su lectura como si *devoráramos* sus páginas y *gustar* de él, si es que tenemos por deseable que esto suceda cuando leemos un libro. Es decir, en sus palabras cobra forma una promesa de experiencia que puede resultarnos atractiva y funcionar como una prescripción.

Si pensamos que está hablando de su vivencia mientras come en un restaurante, es decir, no está escribiendo un ensayo de crítica literaria, y además no sabe que lo estamos analizando, podemos suponer que la prescripción que involuntariamente ha hecho nuestro personaje, no está basada en saberes especializados sobre el libro que ha leído, pero sí en saberes comunes que le

permiten referirlo y apropiárselo de manera inmediata y cotidiana, así como expresar esto de una manera que su experiencia resulte reconocible e inteligible para sí mismo y los otros.

Estos saberes y estas formas pueden ser de naturaleza metafórica, y estar ampliamente socializados, por lo tanto, contextualizados en tiempo y espacio como las personas que hacen uso de ellos. Y *socializados* quiere decir al menos dos cosas: primera, que en parte podemos reconocerlos y comprenderlos porque nos explican y materializan un concepto o una experiencia en términos de otro que es más concreto, familiar o compartido socialmente, como lo es *comer* frente a *leer*, y *alimento* frente a *libro*; y segunda, que se encuentran ampliamente difundidos en diferentes espacios y prácticas de la sociedad en los que se producen discursos, es decir, se comunica algo: en los primeros estarían, por ejemplo, los grupos sociales, las instituciones culturales o educativas, las editoriales, los medios de comunicación; y en las segundas, las conversaciones, la publicidad, la literatura, el periodismo, la promoción, etcétera.

En consecuencia, podemos decir que una metáfora conceptual como EL LIBRO ES UN ALIMENTO tiene sentido y efecto persuasivo de acuerdo con su contexto no sólo de enunciación, sino más ampliamente social e histórico; para que funcione persuasivamente, debe basarse en primera instancia en un lugar común de significados que corresponda al concepto o la experiencia mediante la cual se metaforiza el libro o la lectura. En otras palabras, el carácter retórico de una metáfora conceptual como EL LIBRO ES UN ALIMENTO está dado por su papel como tópico dentro del proceso inventivo del discurso, y su eficacia persuasiva dependería parcialmente de la relación que se establezca desde el discurso mismo con el auditorio y su contexto.

En nuestra condición de visitantes adultos de una feria del libro infantil, ver en un cartel a una réplica de Godzilla que destruye la ciudad a mordidas y reconsidera su comportamiento cuando le ofrecen un libro, podemos entenderlo fácilmente como una invitación a hacer algo más constructivo: como leer en lugar de afectar el patrimonio urbano, y más precisamente, como una prescripción acerca del valor del libro y la lectura, no para el personaje del cartel, sino para

quien, como nosotros, observa la imagen. Lo entendemos así porque, entre otras razones, sabemos ya sobre la importancia que puede tener el libro en la vida cultural y civilizatoria de un pueblo y que eso es preferible, dicho con cierto optimismo, a que el símbolo de la destrucción que le toca representar al animal se imponga. Mejor lee, come libros, que son como alimentos, y déjanos los edificios, podríamos interpretar que le dicen al lagarto gigante para decirnos a nosotros también.

¿Pero qué sentido puede tener un mensaje así para quien no comparte las metáforas conceptuales EL LIBRO ES UN ALIMENTO y LEER ES COMER dado que su cultura o comunicación es primordialmente oral, no escrita, y no sabe de la importancia que damos al libro al grado de que lo identificamos con algo tan necesario como el alimento, o a leer con algo tan básico como comer? Puede ser que ese alguien no comprenda de lo que está hablando el cartel y qué quiere transmitir con eso. El sentido de la metáfora conceptual EL LIBRO ES UN ALIMENTO es pues situacional y contextual, su interpretación está determinada por las características del público al que va dirigido el mensaje y se respalda en concepciones o valores propios de una cultura o un grupo perteneciente a ésta.

Un cartel como el que nos sirve de ejemplo, en el cual es claro su objetivo de participar en la promoción de la lectura de libros (y no de revistas, periódicos, páginas web o anuncios publicitarios, por mencionar otras formas materiales de la cultura escrita), además de tener sentido para sus destinatarios, debe ser persuasivo, es decir, debe estar pensado para que éstos se adhieran a su proposición y actúen en consecuencia.

¿Pero qué tan persuasivo puede ser este cartel frente a alguien que ya es lector y visita ferias librescas, que ya está convencido de lo que lo quieren convencer? O para ir más lejos, ¿qué tan persuasivo puede ser, por ejemplo, para un niño al que no le hace sentido su mensaje porque aún no puede relacionar su conocimiento y experiencia con el significado y el valor que se le da al libro y la lectura, y la verdad le parece más atractivo la práctica de alimentación arquitectónica de Godzilla redivivo?

Podemos vislumbrar fácilmente la respuesta a estas preguntas: la capacidad persuasiva del cartel puede ser poca o nula respecto al tipo de receptores que hemos hecho aparecer. Como ahora sabemos, una de las condiciones para que la persuasión sea posible es que aquello con respecto a lo que se nos quiere persuadir tenga que ver con nosotros, con nuestro conocimientos, experiencias y circunstancias, pero también es necesario que esto se plantee de modo que introduzca una expectativa de participación por parte nuestra, una expectativa que es una situación posible que para lograrse espera de nuestra intervención, tanto a nivel interpretativo como práctico.

Lo diré brevemente: tanto a nivel conceptual como expresivo, una metáfora del libro que se quiera efectiva debe proponer ver o proponer hacer algo que hasta ese momento no se ve o no se hace, o proponer verlo o hacerlo de manera diferente a como se veía o hacía antes.

Si un cartel nos conmina a leer libros cuando ya los leemos, su mensaje no es persuasivo porque en realidad no nos está tomando en cuenta y nos está pidiendo que hagamos algo que ya hacemos, si es que acaso su público son personas que tienen ya una relación con el mundo del libro, y todo parece indicar que es así en este caso, puesto que este tipo de carteles suelen distribuirse en espacios como escuelas, bibliotecas, instituciones culturales o ferias del rubro. Tampoco puede ser persuasivo si, de base, el discurso del cartel no le significa a alguien en el sentido que de manera general se espera, puesto que los referentes culturales y conceptuales de los que el receptor parte para su interpretación son diferentes a los del mensaje.

### **3.2.2 Su uso retórico y el quehacer editorial**

¿De qué nos sirve saber todo esto? Retomemos algunas ideas. Como vimos, una metáfora conceptual del libro es parte de la cotidianidad y podemos encontrarla en cualquier lado donde exista la posibilidad de que el libro o la lectura sean objeto de comunicación, es decir, de discurso. Podemos registrarla mediante una formulación lingüística general a partir de la cual es posible identificar sus derivaciones y significados en distintos sistemas de signos (expresiones

lingüísticas, gráficas e incluso objetuales), así como encontrar sus relaciones con otras metáforas. Su función primordial es facilitar la comprensión porque las personas la utilizan así: la usan para “darse a entender”, es decir, para comunicar sus experiencias de modo que sean reconocibles e inteligibles para sí mismas y los demás.

La comprensión de algo, que puede entenderse como resultado de una facultad cognitiva, no es en sí un fin sino un medio para realizar otras acciones: reflexionar, interpretar, dialogar o actuar para lograr determinados objetivos. De modo que si las personas hacen uso de una metáfora del libro es porque su esfuerzo de hacer comprensibles sus ideas o vivencias al respecto, tiene un propósito y habitualmente es el de hacer saber al otro u otros la validez e importancia de su postura u opinión, y cuando se trata de un discurso prescriptivo, convencerlos de que adopten sus posiciones como propias. Por lo tanto, podemos decir que una metáfora conceptual del libro puede servir para facilitar la comprensión de algún aspecto relacionado con él, y con base en ello contribuir a la persuasión en ese mismo sentido, es decir, para motivar a que lo lean o lo compren por eso que se resalta.

Tener conciencia de las propiedades y del funcionamiento de una metáfora conceptual del libro es un primer paso para usarlas adecuadamente, si de lo que se trata es de construir un discurso persuasivo al respecto de este producto cultural y su lectura o consumo. De proponernos esta tarea, la retórica entendida como el arte de encontrar lo más conveniente para persuadir a un público específico, puede ayudarnos. Para el caso de las metáforas del libro tal como las hemos descrito a partir de EL LIBRO ES UN ALIMENTO, es decir como concepto y expresión, se trataría de encontrar la más adecuada para nuestro propósito comunicativo en torno al libro o la lectura.

Ello tendría interés para los profesionales del libro si su interés es buscar, por ejemplo, los medios y las maneras de conocer y establecer relaciones con un segmento del público, a partir de las necesidades y deseos de éste, con la finalidad de darle un valor a los productos editoriales que los haga visibles frente a sus posibles consumidores o lectores. En este sentido, el conocimiento, la

elección e instrumentación de una metáfora conceptual para elaborar o comunicar ciertos aspectos del libro o su lectura, pueden apoyar los procesos de marketing y difusión que requieren de la construcción de un discurso para acercarse a las personas, lectores o no.

En otras palabras, las metáforas del libro a las que pertenece EL LIBRO ES UN ALIMENTO pueden ser consideradas como construcciones conceptuales que plantean modelos de cómo experimentar la presencia del libro y la práctica de la lectura, y que buscan establecer, dicho de manera más amplia, maneras de relacionar el mundo libresco con saberes y experiencias pertenecientes a otros ámbitos de la vida. Al contrario de lo que pudiera creerse, no son ejercicios de ingenuidad u ornamentación discursiva; hay en ellas una intención para suscitar u orientar la acción, en su condición esencial de estructuras mentales.

De hecho, desde la perspectiva de un uso consciente y razonado, podemos pensarlas como planteamientos estratégicos, intencionados política, cultural o mercadológicamente, según sean las necesidades que planteen las circunstancias. Como ya lo anotamos, podrían ser herramientas para persuadir a los posibles receptores, dada su naturaleza y función retóricas que impulsarían a aproximarse a la experiencia de éstos: a conocer en un proceso intelectual cómo construyen los significados de lo que necesitan, desean o viven. A partir de estos hallazgos podría metaforizarse el concepto, objeto o experiencia que nos interesa promover, y generar con ello una argumentación que lo comunique y explique apropiadamente.

Si buscáramos aplicar las metáforas conceptuales como estrategia de conocimiento y acción mercadológicos, es decir, como una estrategia para aproximarse y relacionarse con el público de un mercado, diríamos que nos pueden servir, una vez identificadas, para visualizar los conceptos que guían los hábitos de vida y de consumo del público. Y en consecuencia, utilizarlas como un visor conceptual desde el cual podemos dirigir y organizar las características y los sentidos que queremos se perciban acerca de nuestras actividades, productos o servicios. En un contexto de marketing, estas acciones podrían ubicarse en la

investigación de los aspectos simbólicos del consumo y más específicamente en lo que en esta disciplina se conoce como posicionamiento.

Una metáfora conceptual como EL LIBRO ES UN ALIMENTO se extiende más allá de los límites perceptibles de su expresión. Forma parte de una red de valores, referentes culturales, trayectorias históricas, usos y costumbres, pero también configura un orden propio en el cual se pueden redefinir simbólicamente los elementos que constituyen el entorno real del objeto que se metaforiza. Los actores, los procesos y las prácticas relacionadas con el libro pueden adquirir significados diferentes si son vistos desde el umbral de percepción y comprensión que abre una metáfora. Como vimos en el capítulo anterior, por ejemplo, si *el libro es un alimento*, cabría preguntarnos tomando como eje esa proposición, qué sería el autor, el editor o el lector del libro si los pensáramos como parte de ese campo de representación metafórica. Y en las definiciones que se les den en este sentido metafórico, podríamos explorar los posibles significados de sus cualidades y sus funciones, pero fundamentalmente de las experiencias que podríamos esperar o no de ellos.

Las metáforas dicen más de lo que nos muestran. Pueden ser una llave que abra nuestra comprensión para permitir el encuentro con nuevas posibilidades de significar y hacer. Las metáforas conceptuales del libro pueden servir para detonar procesos de innovación en la manera de hacer libros o de comunicarlos a las personas.

Reflexionar sobre las metáforas conceptuales del libro es reflexionar sobre los significados que se le atribuyen a este objeto cultural, cuáles son sus cualidades, qué se puede hacer con él, cómo experimentarlo. Es detenerse a conocer la experiencia del lector, la relación que el lector establece con el libro desde su experiencia, concebida y expresada metafóricamente. Es pensar en un recurso de mediación cultural entre el libro y el lector, pensar retóricamente en cómo persuadir a las personas para que lean libros.

### **3.3 El concepto metafórico EL LIBRO ES UN ALIMENTO y la historia de la cultura escrita**

Podemos considerar el concepto metafórico EL LIBRO ES UN ALIMENTO como una representación cultural de ciertos significados que se atribuyen al libro y la lectura, la cual adquiere sentidos específicos según los usos expresivos y retóricos que se hacen de ella. Estos usos son históricos, es decir, responden a un contexto temporal, espacial y social. Una manera de explorar la dimensión histórica de esta metáfora, es decir, la de sus significados según la manera en cómo ha sido utilizada en el pasado, es ponerla en relación con la historia de la cultura escrita. La historia de la metáfora conceptual EL LIBRO ES UN ALIMENTO sería parte de la historia de la cultura escrita: desde esta última puede trazarse y entenderse la primera.

En un ensayo titulado “El lector como misterio”, el historiador norteamericano Robert Darnton plantea la expectativa de poder estudiar los cambios que ha experimentado la lectura a lo largo del tiempo. Para afrontar este problema de investigación, propone varias aproximaciones, entre ellas

averiguar un poco más sobre los paradigmas de perfección y las presunciones del pasado acerca de las claves del acto de leer. Podríamos estudiar las representaciones de la lectura en la literatura contemporánea, en autobiografías, textos polémicos, cartas, pinturas y todo género de impresos con el propósito de descubrir algunas nociones básicas sobre lo que la gente común y corriente creía que sucedía al leer un libro (Darnton, 1996: s/p).

La metáfora conceptual EL LIBRO ES UN ALIMENTO sería una de estas nociones básicas inscritas en la vida cotidiana de las personas y el conocimiento histórico de algunas de sus expresiones nos permitiría ver la manera en cómo los rasgos y las transformaciones del libro y la lectura se han registrado en las ideas y las creencias de los lectores. De hecho, la existencia misma de esta metáfora, que remite a una concepción del libro como objeto y de la experiencia de leer como práctica mediante la cual se hace uso de él, puede considerarse una construcción histórica, al igual que los significados que se ponen en juego en las situaciones

concretas en las que se habla o representa al libro como un alimento que se incorpora mediante la lectura que, como hemos visto, implica su metaforización en términos del acto de comer.

Por lo tanto, son dos los aspectos en los que me interesa profundizar: ¿qué fenómeno cultural e histórico de la cultura escrita permitió la inserción masiva de esta metáfora conceptual en la vida cotidiana de los lectores occidentales hasta la actualidad? y ¿qué hitos de la historia del libro y la lectura pueden identificarse en las manifestaciones discursivas de este concepto metafórico?

Para abordar el primer asunto, Walter J. Ong me proporciona una pista en su libro *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*. Entendida como una tecnología que con el tiempo se internalizó hasta el grado de no poder reconocerla como tal, la escritura produjo un cambio radical en la mentalidad de las culturas orales que la desarrollaron: fijó el sonido de la palabra hablada en el espacio y con ello estableció una distancia entre el ser humano y su discurso, lo cual aportó a la conciencia humana una nueva posibilidad de introspección.

Mediante la separación del conocedor y lo conocido (Havelock, 1963) la escritura posibilita una introspección cada vez más articulada, lo cual abre la psique como nunca antes, no sólo frente al mundo objetivo externo (bastante distinto de ella misma), sino también ante el yo interior, al cual se contraponen el mundo objetivo. La escritura hace posibles las grandes tradiciones religiosas introspectivas como el budismo, el judaísmo, el cristianismo y el Islam. Todas ellas poseen textos sagrados. Los antiguos griegos y romanos conocían la escritura y la utilizaban, particularmente los griegos, para elaborar el conocimiento filosófico y científico. Sin embargo, no produjeron textos sagrados comparables con los Vedas, la Biblia o el Corán, y su religión no logró establecerse en los nichos de la psique que la escritura les había abierto. Se volvió sólo un recurso literario y arcaico —de clases privilegiadas— para escritores como Ovidio, y un sistema de usos externos, carente de un significado personal predominante (Ong, 2009: 106).

Vale la pena recordar aquí que las metáforas de alimentos descritas por Ernst Robert Curtius cobraron fuerza con la tradición judeocristiana, principalmente con

el cristianismo, y que en esencia se trata de concepciones acerca del conocimiento y el lenguaje que los hacen visibles como fenómenos, pero a la vez plantean la posibilidad metafórica de reintegrarlos, con el poder que se atribuye a ambos, a la interioridad humana mediante la oralidad; este significado histórico original estaría también en el concepto metafórico EL LIBRO ES UN ALIMENTO: una manera metafórica para simbolizar la adquisición del poder de la palabra.

La distancia creadora de nuevos sentidos generada por la escritura dio un paso más con la impresión tipográfica, surgida a mediados del siglo XV, y ello sentaría las bases no sólo para la difusión amplia del libro sino también para consolidar la adopción cotidiana de nuestra metáfora, esto debido principalmente al efecto en la conciencia humana que produjo este tipo de impresión, una vez que “después del año 1500, el libro impreso, el folleto, el pliego suelto, el mapa y el cartel quedaron al alcance de nuevas clases de lectores y propiciaron diferentes tipos de lectura” (Darnton, 1996: s/p).

La escritura alfabética había dividido la palabra en los equivalentes espaciales de las unidades fonéticas (en principio, aunque las letras nunca funcionaron como indicadores enteramente fonéticos). Sin embargo, las letras utilizadas en la escritura no existen antes del texto en el cual aparecen. Con la impresión tipográfica alfabética, las cosas cambian. Las palabras se componen de unidades (tipos) que existen como tales antes que las palabras a las que darán forma. La impresión sugiere, mucho más de lo que jamás lo hizo la escritura, que las palabras son cosas (Ong, 2009: 118).

Con la impresión tipográfica, la escritura se objetiviza radicalmente, es decir, se fija como un objeto visual cuyos componentes existen previamente del texto que se escribe como tipos mecánicos independientes, susceptibles de manipulación y ordenación físicas. Las palabras son cosas y, por lo tanto, también sus significados. Probablemente estamos ante uno de los factores históricos que permitieron la expansión, como una realidad del lenguaje común, del concepto metafórico LAS IDEAS (O SIGNIFICADOS) SON OBJETOS que como hemos visto está en la base del concepto LAS IDEAS SON COMIDA, implícito en EL

LIBRO ES UN ALIMENTO. Esta mutación de la escritura produjo un cambio en la percepción en torno al libro:

En este nuevo mundo [el de la impresión tipográfica], el libro se parecía menos a un enunciado y más a una cosa. La cultura de la escritura a mano había conservado un concepto del libro como una clase de articulación, un enunciado en el curso de la conversación, y no como un objeto. Sin portada y a menudo sin título, el libro de una cultura de manuscrito anterior a la imprenta normalmente es catalogado según su “*incipit*” (verbo latino que significa “comienzo”), o las primeras palabras de su texto (la plegaria “Padre nuestro” se llama así por su *incipit*, y revela ciertas huellas de la tradición oral). Con la imprenta, como ya se ha dicho, aparecen las primeras portadas. Las portadas son marbetes: manifiestan un concepto del libro como una especie de cosa u objeto. A menudo en los manuscritos medievales de Occidente, en lugar de una portada el texto propiamente dicho podía ser introducido por un comentario al lector, al igual que una conversación pudiera comenzar con una observación de una persona a otra: “*Hic habes, carissime lector, librum quem scripset quídam de...*” He aquí, caro lector, un libro que Fulano de Tal escribió sobre...) (Ong, 2009: 124-125).

De este modo, del libro manuscrito como un gran enunciado de herencia oral se pasó al libro impreso como una secuencia compleja de estructura tipográfica, el cual no obstante su nueva naturaleza, fue y sigue siendo interpretado como un objeto susceptible de una apropiación metafórica oral cuando se le piensa y experimenta desde el concepto EL LIBRO ES UN ALIMENTO. Esto me hace pensar en la conexión con la cultura oral que tiene esta metáfora construida en el seno de la cultura escrita, y recordar las palabras de Walter J. Ong que aparecen al inicio de la obra que he citado profusamente:

Sin embargo, en todos los maravillosos mundos que descubre la escritura, todavía les es inherente y en ellos vive la palabra hablada. Todos los escritos tienen que estar relacionados de alguna manera, directa o indirectamente, con el mundo del sonido, el ambiente natural del lenguaje, para transmitir sus significados. “Leer” un texto quiere decir convertirlo en sonidos, en voz alta o en la imaginación, sílaba por

sílaba en la lectura lenta o a grandes rasgos en la rápida, acostumbrada en las culturas altamente tecnológicas. La escritura nunca puede prescindir de la oralidad (Ong, 2009: 17).

Vayamos al segundo aspecto que me he propuesto abordar: en algunos ejemplos del concepto metafórico EL LIBRO ES UN ALIMENTO es posible leer las características y los cambios que han tenido el libro y la lectura a lo largo de su historia. Un panorama útil para este propósito nos lo brinda Robert Chartier, quien concibe una historia larga del libro, la lectura y las relaciones con lo escrito, y sobre ese terreno, identifica las revoluciones técnicas del libro y las revoluciones de la lectura

En las revoluciones técnicas del libro agrupa los cambios básicos que transformaron en su momento las características materiales del libro y sus procesos de producción y reproducción. Uno de estos cambios es el que sucedió con el paso del rollo al códice en los primeros siglos después de Cristo. Al respecto, Chartier formula dos interrogantes; la primera de ellas, relativa a la fecha de este cambio, es respondida en los siguientes términos:

Por una parte, donde el códice reemplaza más rápida, precoz y ampliamente al rollo es entre las comunidades cristianas: ya en el siglo II, todos los manuscritos de la Biblia encontrados son códices escritos en papiro, mientras que el noventa por ciento de los textos bíblicos y el setenta por ciento de los litúrgicos y hagiográficos de los siglos II al IV que han llegado hasta nosotros están en forma de códice. Por otra parte, los textos griegos, literarios o científicos adoptaron la nueva forma del libro con un retraso considerable: el número de códices sólo logró igualar al de los rollos en el período que comprende los siglos III y IV. Si bien es cierto que la fecha que se atribuye a los textos bíblicos en papiro ha sido puesta en duda y en ocasiones desplazada al siglo III, no lo es menos que el vínculo que une al cristianismo con la preferencia que se otorgaba al códice sigue siendo muy fuerte (Chartier, 1994: 11).

La segunda interrogante tiene que ver con los motivos por los cuales se adoptó el códice como forma preponderante del libro. Aunque las matiza con algunas

observaciones, Chartier argumenta que las razones clásicas dadas para explicar este cambio siguen siendo válidas: la reducción del costo de fabricación debido a que se utilizaban ambos lados del soporte, la gran cantidad de texto que era posible reunir en un volumen mínimo y por último

que el códice permitía una identificación más fácil y un manejo más cómodo del texto: hizo posible la paginación, el establecimiento de índices y concordancias, la comparación de un pasaje con otro y, también, el recorrido del libro entero por el lector que lo hojeaba. De ahí la adaptación de la nueva forma del libro a las necesidades relacionadas con el texto propias del cristianismo; a saber: la confrontación de los evangelios y el recurso a las citas de la Palabra sagrada para los fines de la prédica, el culto o la oración (Chartier, 1994: 11).

Otra mutación técnica fue producida por el surgimiento de la imprenta tipográfica a mediados del siglo XV, y con ésta cambiaron “los modos de reproducción del texto y de elaboración del libro”.

Con el tipo móvil y la prensa de imprimir, la copia manuscrita dejó de ser el único recurso disponible para asegurarse la multiplicación y circulación de los textos. Debido a que rebajaba de manera considerable los costos de elaboración del libro, al dividirse para fijar el precio por la totalidad de ejemplares de una tirada, y debido a que acortaba los tiempos de fabricación, [...] el invento de Gutenberg permitió la circulación de los textos a una velocidad y en una cantidad anteriormente imposibles. Cada lector podía tener acceso a mayor número de libros; cada libro podía llegar a un número mayor de lectores (Chartier y Cavallo, 2011: 49)

Las revoluciones de la lectura se refieren a cambios en los paradigmas de las prácticas lectoras desde la Época Moderna hasta la actualidad. En este sentido, Chartier identifica tres relevos: el paso de la lectura oral a la lectura silenciosa, vinculado a un cambio en la función de lo escrito; la llegada de la lectura extensiva, que desplazaría a la lectura intensiva; y la irrupción del texto electrónico, que modifica la experiencia de la lectura a partir de la tecnología de la pantalla, por lo cual es también una mutación técnica hacia un soporte diferente

del libro impreso. Veamos que nos dice Chartier acerca de la aparición de la lectura en silencio:

La primera “revolución de la lectura” de la Edad Moderna fue, pues, totalmente independiente de la revolución técnica que en el siglo XV modificó la producción del libro. Arraigó sin duda más hondo en la mutación que en los siglos XII y XIII transformó la función misma de lo escrito, cuando al modelo monástico de escritura, que asignaba a lo escrito un cometido de conservación y memorización grandemente dissociado de toda lectura, le sucedió el modelo escolástico de la escritura que transformó el libro en objeto y a la vez en instrumento de la labor intelectual. Sea cual fuere su origen, la oposición entre lectura necesariamente oralizada y lectura posiblemente silenciosa marca un corte capital. Porque la lectura silenciosa instauró un comercio con lo escrito que podía ser más libre, más secreto, más interior. [...] Autorizaba asimismo utilizaciones diferenciadas del mismo libro, leído en voz alta, para los demás o con los demás, cuando la sociabilidad o el ritual lo exigían, y leído en silencio, para uno mismo, en el retiro del gabinete, de la biblioteca o del oratorio (Chartier y Cavallo, 2011: 51).

El historiador del libro Rolf Engelsing propuso en la década de 1970 la idea de que a finales del siglo XVIII los lectores comenzaron a leer de manera extensiva, es decir, que leían cualquier material impreso sólo una vez, principalmente periódicos y revistas (Darnton, 1996: s/p), lo cual podemos imaginar como un recorrido lector amplio y centrífugo que avanza de manera horizontal por las posibilidades de lectura. Esto significaría una revolución de la lectura que modificaba la manera intensiva de leer, ejercida como forma predominante desde la Edad Media hasta la mitad del XVIII, con base en la cual cada lector describía una trayectoria vertical en sus lecturas, delimitadas a un corpus restringido de textos en su mayoría de carácter religioso.

Con las reservas necesarias para evitar las simplificaciones, Roger Chartier reconoce esta mutación como la segunda revolución de la lectura, sucedida antes de la industrialización de la impresión del siglo XIX, es decir, al igual que la primera revolución lectora, de manera independiente a la innovación técnica a la que suele imputársele como causa.

Según una tesis clásica, en la segunda mitad del siglo XVIII, a la lectura “intensiva” le sucedió otra, calificada de “extensiva”. El lector “intensivo” se enfrentaba a un corpus limitado y cerrado de libros, leídos y releídos, memorizados y recitados, escuchados y aprendidos de memoria, transmitidos de generación en generación. Los textos religiosos, y en primer lugar la Biblia en tierras de la Reforma, eran objetos privilegiados de esa lectura fuertemente imbuida de sacralidad y de autoridad. El lector “extensivo”, el de la *Lesewut*, “la rabia de leer” que se apoderó de Alemania en tiempos de Goethe, fue un lector hartado diferente: consumía numerosos, diversos y efímeros impresos; los leía con rapidez y avidez; los sometía a un examen crítico que no sustraía ya ningún terreno a la duda metódica. De ese modo, una relación comunitaria y respetuosa con lo escrito, imbuida de reverencia y obediencia, fue cediendo el paso a una lectura libre, desenvuelta e irreverente (Chartier y Cavallo, 2011: 52).

La tercera revolución de la lectura es la que supone la aparición del texto electrónico, que tiene como soporte la pantalla, y que por ello se origina en una revolución técnica de la forma material que adquieren los textos. Los llamados libros digitales son ya una realidad en el mundo de la edición y en el consumo cultural de nuestra época, una parte de lo que también se ha denominado la “revolución digital”, cuyos inicios formales pueden encontrarse en los años sesenta del siglo XX y que desde entonces transforma el rostro de la cultura de nuestras sociedades dándole la forma de una pantalla, la presencia de lo virtual y la naturaleza de lo digital.

La transmisión electrónica de los textos y las maneras de leer que impone representan, en nuestros días, la tercera revolución de la lectura sobrevenida desde la Edad Media. Porque, desde luego, leer en una pantalla no es lo mismo que leer en un códice. La nueva representación de lo escrito modifica, en primer lugar, la noción de contexto, sustituyendo la contigüidad física entre unos textos presentes en un mismo objeto (un libro, una revista, un periódico) por su posición y distribución en una arquitectura lógicas, las que gobiernan las bases de datos, los ficheros electrónicos, los repertorios y las palabras clave que posibilitan el acceso a la

información. Asimismo, redefine la “materialidad” de las obras al romper el vínculo físico que existía entre el objeto impreso (o manuscrito) y el texto o los textos que contenía, y proporcionando al lector, y no ya al autor o al editor, el dominio sobre el desglose o la presentación del texto que ofrece en la pantalla. Por lo tanto, lo que se halla totalmente transformado es todo el sistema de identificación y de manejo de los textos (Chartier y Cavallo, 2011: 54).

Me permito hacer una anotación histórica más y es sólo para poner de relieve la inclusión de nuevas clases de lectores a partir del siglo XIX: mujeres, niños y obreros. El ingreso de estos nuevos públicos a la cultura escrita impresa se explica por el incremento de la cultura básica gracias a la exigencia de una escolaridad mínima y a la producción industrial de materiales impresos que se diversificaron. Esta nueva realidad de la cultura escrita tuvo como consecuencia que las prácticas lectoras se multiplicaran según cada comunidad de lectores (Chartier y Cavallo, 2011: 61).

La tipología de los modelos dominantes de las relaciones con lo escrito tales como se han sucedido desde la Edad Media (desde el modelo monástico de la escritura al modelo escolástico de la lectura, desde la técnica humanista de los lugares comunes a las lecturas espirituales y religiosas del cristianismo reformado, desde las maneras populares de leer hasta la “revolución de la lectura” de la época de la ilustración) cede su lugar, en las sociedades contemporáneas, a una dispersión de los usos que corresponde a la del mundo social (Chartier y Cavallo, 2011: 62).

Hecho este repaso, comentaré ahora las huellas históricas del libro y la lectura que aparecen en algunos ejemplos del concepto metafórico EL LIBRO ES UN ALIMENTO. Evidentemente con un uso religioso de la metáfora, podemos ver que en el texto de Ezequiel que ya he citado, en una escena bíblica que remite al siglo VI a. C., el libro que ha de comer el profeta es un libro en forma de rollo. En el siglo I de nuestra era, San Juan en su texto apocalíptico recibe para su ingesta “un librito”, según la traducción común al español, y que dado el tamaño al que refiere el término diminutivo se trataría de un libro que ha adquirido ya la forma de códice

(los primeros libros de este tipo tenían un formato reducido). Estas menciones diferenciadas reflejarían, de un texto bíblico al otro, la transición que se dio en el principio de los siglos cristianos del rollo al nuevo soporte. Así lo interpreta gráficamente el pintor alemán Alberto Durero quien en 1498, como parte de una serie de grabados titulada el *Apocalipsis*, recrea el momento de la revelación en el que San Juan recibe la orden celestial de comer el libro que contiene la palabra de Dios, este libro es un códice.

En ambas escenas bíblicas, el mandato de comer el libro divino tiene la finalidad de la prédica, una vez que lo ingieran, tanto San Ezequiel como San Juan deberán ir y hablar a otros, para reprenderlos o advertirlos de los tiempos que vienen. El conocimiento que se obtiene a través del libro debe ser transmitido oral y socialmente. Vemos aquí la impronta de la lectura oralizada para un grupo que se reúne para escucharla, una práctica que fue preponderante por lo menos hasta el siglo XII, cuando la lectura silenciosa que se vislumbraba ya en los monasterios entre los siglos VII y XI, se acogió en las escuelas y universidades.

Con la autoridad que significa haber sido elegidos para conocer el mensaje de Dios a través de comer el Libro, los profetas tienen consigo el poder del conocimiento y la palabra para comunicarlo. En estas expresiones metafóricas de origen bíblico se manifiesta la asociación que suele hacerse entre libro, autoridad y poder: “Yo que leo libros adquiero el poder del conocimiento y el lenguaje, lo cual me capacita y autoriza para utilizarlo”, un significado básico que se da a la metáfora conceptual EL LIBRO ES UN ALIMENTO y que prevalece implícito hasta nuestros días, en mayor o menor grado, en muchas de sus expresiones: “Come este libro y ese poder será tuyo”, sería su promesa metafórica velada. Este poder es deseado y temido.

Impreso o manuscrito, el escrito ha sido investido de forma duradera con un poder temido y deseado. Es posible leer el fundamento de tal ambivalencia en el texto bíblico, con la doble mención del libro comido tal como aparece en *Ezequiel* III, 3 (“Y el Señor me dijo: Hijo del hombre, haz a tu vientre que coma, e hinche tus entrañas de este rollo que yo te doy. Y lo comí, y fue en mi boca dulce como miel”) y que se repite en el *Apocalipsis* de Juan, X, 10 (“Y tomé el librito de la mano del ángel, y lo

devoré; y era dulce en mi boca como la miel; y cuando lo hube devorado, fue amargo en mi vientre”) El Libro dado por Dios es amargo, como el conocimiento del pecado, y dulce como la promesa de la redención (Chartier, 2008: 42).

Escrita en los primeros años del siglo XIV, la *Divina Comedia* de Dante Alighieri es depositaria de diversas metáforas del libro, las cuales tienen una función espiritual, según nos hace ver Curtius. Por este autor sabemos del papel que tienen para Dante el estudio, la lectura y el libro:

Las supremas funciones y experiencias del espíritu van ligadas, en el espíritu de Dante, con el estudio, la lectura, la libresca adopción de una verdad preexistente. De ahí que la escritura y el libro pueden ser para él expresión de los momentos poéticos y humanos más sublimes.

El poeta recomienda expresamente su *Comedia* para la lectura y el estudio. El lector debe estudiarla “en su banco” (*Paradiso*, X, 22), como *lezione* (*Inferno*, XX, 20), como texto del cual ha de sacar fruto (*Inferno*, XX, 19) y alimentos espirituales (*Paradiso*, X, 25). Dante se dirige frecuentemente al lector, siempre al lector individual (*Inferno*, XXII, 118; XXXIV, 23; *Purgatorio*, XXXIII, 136; *Paradiso*, V, 109; X, 7; XXII, 26); lo invita a pensar con él por su propia cuenta [...]. Sólo es posible acercarse a la *Comedia* a través del estudio, y eso es lo que quería y exigía el poeta (Curtius, 2011: 458).

Asociada a nuestro concepto metafórico EL LIBRO ES UN ALIMENTO, en la expresión literaria que recupero gracias a una de las referencias dadas por el crítico alemán, podemos deducir la presencia de la práctica de la lectura silenciosa y solitaria, ejercida como parte de un trabajo intelectual que considera lo escrito como objeto de conocimiento y reflexión, antes que como resguardo para la conservación y la memoria. Como nos recuerda Roger Chartier (1994: 8), este tipo de lectura pasó de las escuelas y universidades en el siglo XII a los aristócratas laicos en el siglo XIV.

“Paraíso”, X, 22-27

Quédate ahora, lector, sobre tu banco,  
meditando en aquello que sugiero,  
si quieres disfrutar y no cansarte.

Te lo he mostrado: come tú ahora de ello;  
que a ella reclama todos mis cuidados  
esa materia de que soy escriba (Dante, 2000: 69).

Dante invita al lector a que coma lo que ha escrito, pero que lo haga de cierta manera: “meditando en aquello que sugiero/ si quieres disfrutar y no cansarte”. Ya no se trata solamente de comer la escritura o el libro, para luego transmitir oralmente el mensaje o el conocimiento a los otros, antes se trata de llevar a cabo, en el marco del estudio que permite la lectura silenciosa, un proceso de pensamiento y introspección personales, hay que meditar sobre aquello que se come, es decir, se lee, para que sea provechoso y placentero para aquel que lo lee. Hay un espacio específico para esa actividad: el banco, en un lugar cerrado, en el que hace eco la herencia monástica, un escenario diferente a los paisajes al aire libre donde suceden las revelaciones de San Ezequiel y San Juan. Esta recomendación acerca de la manera de leer como parte del estudio prefigura la preceptiva gastronómica de la lectura hecha por Francis Bacon.

En su libro de ensayos publicado en 1597, el filósofo y político inglés Francis Bacon incluye un texto titulado “De los estudios”, al que pertenece el fragmento que he reproducido anteriormente y que suele citarse de manera habitual en antologías de frases célebres. El autor distingue diferentes tipos de libros respecto a los cuales sugiere distintas maneras de leerlos en términos de comer; hay libros pues que habrán de “gustarse, otros han de devorarse y unos pocos han de rumiarse y digerirse”, proposición cuyo significado literal explicará inmediatamente después.

Humanista laico de vocación científica, Bacon propone de esta manera un conjunto de estrategias prácticas de lectura que permita hacer frente a la diversidad de libros que seguramente circulan en su época, y que ya no son

exclusivamente religiosos. Es el siglo XVI, la imprenta tipográfica tiene cerca de 150 años funcionando, y la producción de libros y materiales impresos se incrementa. Por lo tanto, resulta consecuente una propuesta como la de Bacon, en la que el uso de la metáfora conceptual EL LIBRO ES UN ALIMENTO tiene una finalidad educativa, porque quiere enseñar a discernir maneras de leer según los tipos de libro, y en ello se aprecia una concepción del libro y la lectura que los delinea con un perfil instrumental, más que sagrado.

Un ejemplo de la metáfora conceptual EL LIBRO ES UN ALIMENTO en el que podemos leer una reacción a la lectura extensiva que se desató a finales del siglo XVIII en Europa y que formó parte de la realidad de los lectores en el siglo XIX, con la industrialización de los materiales impresos y la sobreabundancia que resultó de esto, es el breve texto que el autor inglés Lewis Carroll tituló *Alimentar la mente*, escrito a finales de la centuria decimonónica.

En él, en un tono humorístico, Carroll brinda una serie de consejos para llevar una vida lectora sana y equilibrada, sin excesos. De hecho, proporciona unas reglas para que el lector elija y modere sus lecturas, por lo que sugiere: “suministrar a la mente su propio alimento”, “asegurarnos de que la surtimos de comida saludable en su justa medida” y no “consumir demasiados tipos diferentes de comida a la vez”. Reproduzco un fragmento en el que el uso de la metáfora se distingue por su sentido irónico, en el que el lector y su práctica son susceptibles de crítica, y el valor del libro depende de su contenido pero también de la apropiación que se hace de él:

¿Reconoces a primera vista a una de las desafortunadas víctimas de una alimentación mental enfermiza? ¿Dudas? Mírala, buscando apesadumbradamente a su alrededor una sala de lectura, probando comida tras comida —¡perdón!, libro tras libro— sin asimilar ninguno. Primero un bocado de novela; pero no, ¡horror!, no ha hecho otra cosa en las últimas semanas que comer y tiene hastiado el gusto. Después una rebanada de ciencia; pero ya sabes qué va a ocurrir: ¡ah!, por supuesto, demasiado duro para sus dientes (Carroll, 2010: 17).

En la actualidad, con el ingreso de nuevos tipos de lectores a partir del siglo XIX, como es el caso del público infantil, una materialización destacable del concepto metafórico EL LIBRO ES UN ALIMENTO es la que se da mediante la combinación de imagen y texto en los libros ilustrados. En este sentido, una obra pionera y muy popular en México es *El increíble niño comelibros* de Oliver Jeffers, aparecido originalmente en inglés en 2006; una sinopsis comercial del libro, obtenida de la página web del Fondo de Cultura Económica, editorial que lo publica en nuestro país, es la siguiente:

Ésta es la historia de Enrique, un niño al que le encantan los libros, pero no como a cualquier niño pueden gustarle. Un día, mientras tenía en una mano una paleta y en la otra un libro, Enrique, distraídamente, probó el libro. Notó que le gustaba, y aunque tenía sus dudas decidió comerse primero una palabra, luego una oración y, después, una página, luego de un par de días ya se había comido un libro entero. Inexplicablemente el conocimiento que contenían los libros llegaba al cerebro de Enrique, y pensó que con esto en poco tiempo podría ser la persona más lista del mundo, pero de pronto todo empezó a complicarse.

Aunque los personajes no son niños, pero sí están dirigidos a esta audiencia, otros libros ilustrados que se inspiran en la metáfora conceptual EL LIBRO ES UN ALIMENTO (con lo cual ponen en juego el sistema conceptual metafórico al que pertenece, como sucede también con otras expresiones discursivas de la metáfora) son: *El comelibros* de Agustín Comotto, publicado en Argentina, en 2006; *Libros imposibles* de Vivian Mansour, con ilustraciones de Alejandro Magallanes, publicado en México, en 2011; y *Al señor zorro le gustan los libros* de Franziska Biermann, publicado originalmente en alemán en 2001, y con una edición en español que data de 2008.

Tanto en este tipo de libros como en los carteles que surgen como parte de la convocatoria del Concurso Nacional de Cartel “Invitemos a leer”, del cual ya he hablado en un apartado anterior, la aplicación de la metáfora conceptual EL LIBRO ES UN ALIMENTO está relacionada con la promoción de la lectura, concebida ésta como una práctica deseable que se ejerce individualmente y que

cuenta con legitimación social, en la que el libro impreso aparece como su figura tutelar. Lo mismo sucede con las imágenes, a veces acompañadas de textos, que circulan en forma de volantes electrónicos en las redes sociales virtuales como Facebook o Pinterest, un guiño de los lectores que se hace desde los soportes digitales hacia la cultura escrita impresa, y cuyo sentido está por verse.

**[Insertar Capítulo 4. Postre**

**Cómete este libro. Repertorio gastronómico]**

**[Quitar esta página de advertencia]**



## Conclusiones

La intuición de que lo obvio es la suma de las ideas que aceptamos como válidas para conducirnos en la realidad, me llevó a un acercamiento a diferentes aspectos del concepto metafórico EL LIBRO ES UN ALIMENTO, un concepto que origina y estructura algunas de nuestras expresiones y vivencias cotidianas en torno al libro y la lectura. Me propuse evidenciar y comprender los supuestos que congrega este planteamiento que forma parte de nuestro conocimiento ordinario sobre el mundo libresco, ponderado éste hasta ahora como clave para el desarrollo educativo y cultural de las sociedades occidentales.

De modo que efectué tres tipos de lectura de la metáfora que concibe al libro como un alimento, cada una de las cuales corresponde a una perspectiva distinta. En este sentido, puedo decir que realicé una lectura cognitivista, una lectura retórica y una lectura histórica de la metáfora conceptual EL LIBRO ES UN ALIMENTO. De hecho, esta manera de enunciar mi objeto de estudio, mediante una formulación lingüística general que se destaca por estar escrita en mayúsculas, es propia del enfoque cognitivista de la teoría de las metáforas conceptuales.

Por consiguiente, este primer tipo de lectura me permitió hablar de un concepto metafórico, es decir, una estructura mental mediante la cual un concepto es comprendido y experimentado en términos de otro. A partir de diferentes expresiones discursivas, este concepto metafórico quedó formalizado como EL LIBRO ES UN ALIMENTO. Tras un primer análisis, pude esbozar la estructura mínima de esta metáfora conceptual, que consiste en las correspondencias que se establecen entre algunos elementos de cada uno de los dos campos semánticos o dominios conceptuales que integran la metáfora. Al concebir el libro como un alimento, por ejemplo, suele equipararse en el lenguaje cotidiano la calidad del contenido del libro con la propiedad nutritiva del alimento, por lo cual suele pensarse que un libro puede *nutrirnos* si consideramos que su calidad es buena.

La evidencia discursiva mostró que en el concepto metafórico EL LIBRO ES UN ALIMENTO está implícito de manera directa el concepto LEES ES COMER. La

visualización de esta metáfora conceptual aporta un dato relevante pues nos permite ver la manera en cómo entendemos ordinariamente nuestras experiencias al leer, usando para ello nuestras experiencias cuando comemos. Con esta estrategia conceptual, podemos comunicar más fácilmente la manera en cómo leímos un libro al decir que lo hemos *devorado* o que era poco *digerible*, por ejemplo. Poner atención a estas expresiones de los lectores respecto a lo que han leído, puede ayudarnos a comprender mejor las ideas y las emociones que tienen respecto a su propio proceso de lectura. Distintas maneras de leer son interpretadas en términos de distintas manera de comer.

El análisis de estas dos metáforas me permitió avanzar hacia la identificación de un sistema conceptual metafórico del que éstas formarían parte junto con las metáforas ESCRIBIR (O EDITAR) ES COCINAR y LAS IDEAS SON COMIDA. Este sistema conceptual reúne un conjunto de metáforas que permite interpretar gastronómicamente distintos ámbitos o actividades de la cultura escrita, a saber: la existencia de las ideas, la actividad productiva de la escritura o la edición, la actividad receptiva de la lectura y el soporte que representa el libro. Pareciera que nuestra convivencia diaria con la cultura escrita ha dado lugar a una serie de conceptos que nos sirven para afrontar con practicidad y sencillez la explicación de los procesos complejos y especializados relacionados con la escritura y la lectura.

LAS IDEAS SON COMIDA es la metáfora más básica de este sistema conceptual, funciona como el punto de partida de las otras metáforas que están vinculadas a ella, sin ella como base las otras no serían posibles como conceptos metafóricos de uso cotidiano. Como vimos, la metáfora LAS IDEAS SON COMIDA está a su vez fundamentada en otras más básicas aún. Tal es el caso de aquella que se denomina como metáfora del canal, de la que forma parte el concepto metafórico LAS IDEAS (O SIGNIFICADOS) SON OBJETOS. Conocer esta relación me permitió esclarecer el aspecto del concepto *libro* que hace visible la metáfora EL LIBRO ES UN ALIMENTO: su condición de objeto que puede ser apropiado por el lector de manera corporal e inmediata. En razón de este énfasis,

paralelamente la metáfora oculta o minimiza el hecho de que esa apropiación sucede siempre en un contexto que la condiciona.

En otro plano, pareciera también que la metáfora conceptual EL LIBRO ES UN ALIMENTO está relacionada con la metáfora de la cultura como un organismo que tiene un ciclo de vida, es decir, que nace, crece, se reproduce y fenece, y que para su desarrollo necesita de nutrientes, entre los cuales se encontraría el libro considerado como alimento. De ahí que el desarrollo cultural se conciba en términos biológicos, es decir, como crecimiento, y en este sentido, se perciba al libro como una fuente de energía alimenticia que contribuye a este proceso vital. Esta idea no sólo naturaliza la cultura sino también proyecta sobre ella una estructura forzosamente progresiva, lo cual conduce a olvidar las relaciones sociales que en realidad hacen de la cultura un espacio de resistencia, negociación y conflicto. Desde esta perspectiva es que a nivel de la praxis política se refuerza una función meramente utilitaria del libro, el cual debe servir para alimentar el organismo cultural.

Apoyado por conceptos de origen clásico, mediante la lectura retórica de la metáfora EL LIBRO ES UN ALIMENTO pude identificar a ésta como parte del proceso inventivo del discurso, cumpliendo un papel de tópico, es decir, con la función de una idea o creencia común a partir de la cual se desarrollan sus distintas expresiones discursivas. Este tópico forma parte de un acervo histórico que podemos denominar tópica del libro y la lectura, al cual pertenecerían otras ideas básicas que inspiran los discursos sobre el libro y la lectura, tal como el elogio renacentista de las letras o *laudes litterarum*, al cual puedo suponer se vincula de algún modo la valoración positiva que subyace en el concepto metafórico EL LIBRO ES UN ALIMENTO.

Cabe anotar que el lugar común del elogio de las letras coloca al libro en una situación paradójica. Por un lado, convierte al libro en un objeto privilegiado, con un valor simbólico que lo separa de los otros objetos y lo presenta como digno de un amplio reconocimiento social, dado que se trataría del medio indispensable para la transmisión del conocimiento y por lo tanto de la integración de la cultura. Por otro, esta distinción que aleja al libro de los otros objetos lo hace también del

mundo al que estos últimos pertenecen: la vida práctica y utilitaria, el terreno donde se gesta la valoración y la memoria colectivas de aquello que sirve para vivir, y donde el libro es una referencia marginal dado su propio distanciamiento histórico de esta esfera de la realidad humana que se supone debería estar al tanto de su importancia. Expresada esta paradoja en otras palabras, el mundo del libro elude o rechaza lo que quiere: una relación amorosamente correspondida con la sociedad. El elogio de las letras permite a los actores de este mundo tenerse en alta estima como productores de un objeto cultural, al mismo tiempo que les impide aceptar que esta creencia tiene que ser confirmada por el consumo.

Con base en un par de ejemplos, pude explorar la capacidad persuasiva de la metáfora EL LIBRO ES UN ALIMENTO en su nivel expresivo, de lo cual resulta el señalamiento de cuatro condiciones generales para un logro efectivo de esta potencia: en primer lugar, la conciencia de que el uso de este recurso metafórico se inscribe en un proceso de mediación entre el libro y el lector, delimitado por contextos y necesidades sociohistóricos; en segundo, el conocimiento del público al que va dirigido el discurso y la situación comunicativa en la que este público se relaciona con el emisor del discurso; en tercero, la orientación del discurso en función del objetivo de comunicación, en nuestro caso de naturaleza prescriptiva y propositiva; y por último, la estructuración sugestiva de la expresión de la metáfora, de modo tal que brinde la posibilidad de que el lector obtenga activamente una información nueva.

Para la lectura histórica de la metáfora EL LIBRO ES UN ALIMENTO tomé en cuenta los grandes hitos que marcan la historia de la cultura escrita y que, desde la perspectiva de Walter J. Ong y Roger Chartier principalmente, podemos entenderlos como las transformaciones históricas que han experimentaron la escritura, el libro y la lectura. De este modo, pude plantear y ejemplificar que algunas expresiones discursivas de la metáfora registran, a su manera, estos cambios, desde el paso del rollo al códice en los primeros siglos cristianos hasta la llegada de nuevos públicos lectores en el siglo XIX y XX, sin dejar de lado la presencia de la metáfora en la circulación de ciertos contenidos en las redes sociales virtuales del internet. Esto me permitió vislumbrar también los tipos de

usos que ha tenido y tiene el concepto metafórico EL LIBRO ES UN ALIMENTO y que podemos clasificar como: religiosos, educativos, críticos y promocionales, a los cuales corresponden concepciones diferenciadas del libro y la lectura.

Una idea principal surgida de esta interpretación histórica es aquella que relaciona el desarrollo de la impresión tipográfica con la consolidación de la metáfora EL LIBRO ES UN ALIMENTO como parte de la vida cotidiana de las sociedades modernas: con esta invención tecnológica no sólo se expandió la producción y circulación de los materiales impresos, sino que se produjo un impacto en la conciencia humana que llevó a pensar la escritura y el libro como objetos, radicalmente exteriores al individuo. En esta percepción de exterioridad que se intensifica socialmente a partir del siglo XVI, se afianza la vigencia histórica de nuestra metáfora, que concibe al libro como un alimento, es decir, como un objeto que se habrá de incorporar, traer de vuelta a nuestra intimidad lectora.

Podemos decir entonces que la materialidad del libro condiciona tanto el sentido de la interpretación que realiza el lector, como la representación que tiene el lector respecto al libro mismo. Sobre esto ya nos advierte Roger Chartier cuando dice que las metáforas del libro que se utilizan para interpretar al ser humano o la naturaleza, son representaciones en las que se manifiesta un vínculo con determinada forma material del libro, la del códice.

Estas tres lecturas del concepto metafórico EL LIBRO ES UN ALIMENTO se cruzan en el entendimiento de esta metáfora como una construcción conceptual compleja y sistemática que sirve para la comprensión y la comunicación; intencionada retórica e incluso ideológicamente, pues entrafia valoraciones y significados que intervienen en las prácticas, concretamente en la experiencia de la lectura; y con una historicidad que, más allá del ámbito literario, está relacionada con la historia más amplia de la cultura escrita. Esta caracterización se contrapone de manera crítica a la idea de que las metáforas del libro se restringen a expresiones discursivas aisladas, de naturaleza ingenua o curiosa, y con una finalidad solamente estética.

Finalmente, hago notar que una veta de relación práctica de este estudio quedó enunciada con la propuesta de considerar estas construcciones metafóricas

pertenecientes al orden de lo simbólico como formulaciones estratégicas de acción discursiva, que pueden ayudar a la toma de decisiones editoriales relacionadas con los procesos de comunicación pública del libro y la lectura. Una investigación que se inscribe en el conocimiento de las metáforas conceptuales de la vida cotidiana mediante las cuales los lectores conciben y experimentan el libro y la lectura, proporciona información valiosa acerca de las representaciones culturales que construyen los lectores en torno a estos fenómenos, y con respecto a su propio papel como lectores. Es una vía para conocer las valoraciones estructurantes y estructuradas que llevan a las personas a habitar con la lectura el mundo del libro, o distanciarse de él.

Para caminar del análisis a la intervención en las prácticas lectoras, antes sería deseable transitar de una investigación teórica y documental hacia una investigación aplicada que contemple un estudio de campo sobre los conceptos metafóricos cotidianos a través de los cuales las personas se relacionan con el libro y la lectura. Una investigación de este tipo tendría que responder a preguntas como las siguientes: ¿qué piensa el lector del presente acerca del libro impreso?, ¿cómo vive su lectura?, ¿cuáles son las concepciones que rigen su experiencia lectora en relación con esta forma material del libro? Las respuestas que ofrezcan los lectores, quienes dan sentido a la existencia del libro, pueden ser la base para mejores argumentos que permitan seguir ponderando a este objeto cultural como valioso, más allá de las voluntades de los editores, los bibliófilos o los especialistas.

En el nivel metodológico, pienso que un instrumento propicio para llevar a cabo un estudio de estas características es la entrevista a profundidad o abierta, un dispositivo que permitiría que los sujetos entrevistados generaran construcciones narrativas y argumentativas, a partir de las cuales podríamos observar cierto aspecto de su subjetividad: la manera en cómo reconstruyen verbalmente sus experiencias como lectores, lo cual evidenciaría probablemente las metáforas conceptuales que utilizan para hablar de ello. Como anexo, incluyo una propuesta de guión para una entrevista pensada en este sentido.

## Bibliografía

Actis, Beatriz y Suárez, Patricia (2006). *Comer con los ojos. Cuentos para chicos pintores, cocineros y lectores*. Rosario (Argentina), Homo Sapiens Ediciones.

Aguirre, Patricia (2011). "La construcción social del gusto en el comensal moderno", en Patricia Aguirre *et al.* *Comer. Puentes entre la alimentación y la cultura*. Buenos Aires, Libros del Zorzal (Puentes).

Albarrán, Claudia (compl. y prol.) (2011). *Cómo escriben los que escriben. La cocina del escritor*. México, FCE / ITAM.

Alighieri, Dante (2000). *Divina comedia*. Barcelona, RBA Editores (Historia de la Literatura).

Aristóteles (2007). *El arte de la retórica*. Buenos Aires, Eudeba (2a ed., 1a reimp.).

Autor desconocido, "La Central y el mito de los libros crudos y cocidos", 23 de octubre de 2011, recuperado el 3 de abril de 2013 en [www.elpececillodeplata.wordpress.com](http://www.elpececillodeplata.wordpress.com).

Bacon, Francis (1992). "De los estudios", en Varios. *Ensayistas ingleses*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Cien del Mundo).

Barthes, Roland (1993). *La aventura semiológica*. Barcelona, Paidós (2a ed.).

Bartólome, Manuel y Campos, María Vidal (2000). *Escritos y dichos sobre el libro*. Barcelona, Edhasa.

Beristáin, Helena (2008). *Diccionario de retórica y poética*. México, Editorial Porrúa (9a ed., 1a reimp.).

*La Biblia* (1989). Madrid, Ediciones Paulinas / Verbo Divino.

Biermann, Franziska (2011). *Al señor zorro le gustan los libros*. Madrid, Cuatro Azules (1a reimp.).

Bonnet, Jacques (2010). *Bibliotecas llenas de fantasmas*. Barcelona, Anagrama.

Borges, Jorge Luis (2000). *El libro de arena*. Madrid, Alianza Editorial (Biblioteca Borges) (6a reimp.).

Bruera, Matías (2011). "Diet-éticas modernas. Razón, experiencia y resistencia alimentaria", en Patricia Aguirre *et al.* *Comer. Puentes entre la alimentación y la cultura*. Buenos Aires, Libros del Zorzal (Puentes).

Calsamiglia, Blancafort Helena y Tusón, Valls Amparo (2007). *Manual de análisis del discurso*. Barcelona, Ariel (Lingüística) (2da ed.).

Cassany, Daniel (2010). *La cocina de la escritura*. Barcelona, Anagrama (Colección Argumentos) (17a ed.).

Carroll, Lewis (2010). *Alimentar la mente*. Madrid, Gadir Editorial (2a ed.).

Céline, Louis-Ferdinand (1976). *Casse-Pipe / Conversaciones con el profesor Y*. Madrid, Editorial Labor / Ediciones Guadarrama.

Comotto, Agustín (2006). *El comelibros*. Buenos Aires, Ediciones del Eclipse (Libros-álbum del Eclipse).

Curtius, Robert Ernst (2012). *Literatura europea y Edad Media latina*. México, Fondo de Cultura Económica (Lengua y Estudios Literarios) (tomo 1, 4a reimp.).

Chartier, Roger (1994). "Del código a la pantalla: las trayectorias del texto", en la revista *Libros de México*, no. 37, México, Cepromex/ Caniem, octubre-diciembre.

Chartier, Roger (2008). *Escuchar a los muertos con los ojos. Lección inaugural en el Collège de France*. Buenos Aires, Katz Editores.

Chartier, Roger y Cavallo, Guglielmo (2011). "Introducción", en Roger Chartier, Guglielmo Cavallo *et al.* *Historia de la lectura en el mundo occidental*. México, Taurus.

Darnton, Robert (1996). "El lector como misterio", en *Fractal, revista trimestral*, no. 3, año 1, vol. 1, octubre-diciembre, México, s/p, recuperado en abril de 2013 en [www.mxfractal.org](http://www.mxfractal.org).

Darnton, Robert (2003). *El coloquio de los lectores. Ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores*. México, Fondo de Cultura Económica (Espacios para la lectura).

Descartes, René (1994). *Discurso del método*. Barcelona, RBA Editores (Historia de la Literatura).

Díaz, Hernán (2008). "La perspectiva cognitivista", en Mariana de Stefano (coord.). *Metáforas en uso*. Buenos Aires, Editorial Biblos (Ciencias del lenguaje) (2a ed.).

Domínguez, Carlos María (2011). *La casa de papel*. Buenos Aires, Mondadori (Literatura).

Eco, Umberto (1993). *El nombre de la rosa*. Barcelona, RBA Editores (Narrativa actual).

Franco, M. Niccolò (2009). “La fuente del Potrillo”, en Varios. *Libropesía y otras adicciones*. Barcelona, Libros del Silencio (Singular).

Garfield, Simon (2011). *Es mi tipo. Un libro sobre fuentes tipográficas*. México, Taurus.

Haddad, Gerard (1984). *Comer el libro*. Buenos Aires, Mila / Ediciones de la Equis.

Jeffers, Oliver (2007). *El increíble niño comelibros*. México, Fondo de Cultura Económica (Los especiales de A la orilla del viento).

Lakoff, George y Johnson, Mark (2009). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid, Cátedra (Colección Teorema) (8a. ed.).

Lakoff, George y Turner, Mark (1989). *More than cool reason*. London, University of Chicago Press (Fragmento de la traducción realizada por Laura Eisner para la Cátedra Unesco de Lectura y Escritura, Universidad de Buenos Aires, s/p).

Manguel, Alberto (2006). *Una historia de la lectura*. México, Joaquín Mortiz.

Mansour, Vivian (imágenes y diseño de Alejandro Magallanes) (2011). *Libros imposibles*. México, Almadía (Niños).

Mireille, Andrea (2013). “México padece los efectos de no leer”, en <http://www.sinembargo.mx/07-06-2013/644000>, publicado el 7 de junio de 2013.

Nik (2003). *Todos los secretos de Gaturro*. Buenos Aires, Primera Sudamericana (3a ed.).

Ong J. Walter (2009). *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*. México, Fondo de Cultura Económica (Lengua y Estudios Literarios).

Ozuna, Castañeda Mariana (2011). "Aportaciones del 'lugar común' a la creatividad en el diseño", en Luis Antonio Rivera Díaz. *Ensayos de retórica y diseño*. México, UAM-Xochimilco (Antologías).

Petit, Michèl (1999). *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*. México, SEP / FCE (Biblioteca para la Actualización del Maestro).

Rivaud, Morayta Amelia (2013). *Prácticas de lectura de una generación (1940-1990) en la ciudad de México*. Inédito.

Rivera, Díaz Luis Antonio (2007). *La retórica en el diseño gráfico*. México, Encuadre/UIC/INBA.

Rivera, Díaz Luis Antonio (2011). "El papel del auditorio en la invención (*inventio*) retórica", en Luis Antonio Rivera Díaz. *Ensayos de retórica y diseño*. México, UAM-Xochimilco (Antologías).

Savage, Sam (2007). *Firmin. Aventuras de una alimaña urbana*. Buenos Aires, Seix Barral (Biblioteca Formentor).

Smith, Paul J. (2007). *Dispositio: problematic ordering in french renaissance literature*. Holanda, Brill, consultado el 31 de mayo de 2013 en books.google.com.

Stanké, Alain (1996). "*Livres-s*" (*Qu'importe le libre, pourvu qu'on ait l'ivresse*). Canadá, Stanké.

Tapia, Alejandro (2007). "Las cinco partes de la retórica", recuperado el 7 marzo de 2011 en elarboldelaretorica.blogspot.com.

Toscana, David (2013). *El último lector*. México, Alfaguara (1a reimp.).

Woolf, Virginia (2009). “¿Cómo hay que leer un libro?”, en Varios. *Libropesía y otras adicciones*. Barcelona, Libros del Silencio (Singular).

Zweig, Stefan (2010). *Mendel el de los libros*. Barcelona, Acantilado (Cuadernos) (4a reimp.).

## **ANEXO**

### **Propuesta de guión para una entrevista a profundidad sobre metáforas conceptuales cotidianas relativas al libro y la lectura**

La entrevista ha sido diseñada y organizada en torno a tres nociones: el libro, la lectura y el lector. Las preguntas buscan que las personas entrevistadas externen su opinión, imaginen situaciones o realicen ejercicios de comparación. El objetivo es que nos compartan sus concepciones y valoraciones, para después analizar si derivan de estructuras metafóricas. La entrevista fue pensada para aplicarse a personas con un grado de escolaridad que supone una cercanía frecuente con el libro, por ejemplo, estudiantes de educación superior.

#### Información sobre el entrevistado

1. ¿Cómo te llamas?
2. ¿Qué edad tienes?
3. ¿Qué estudias o cuál es tu nivel de escolaridad?
4. ¿Dónde vives?
5. ¿Quiénes integran tu familia?
6. ¿A qué se dedican tus padres?

#### El libro

7. ¿Qué es para ti un libro?
8. ¿Qué características debería tener un libro para que sea de tu agrado?
9. ¿Qué características tendría un mal libro?
10. Si te pidieran comparar al libro con otro objeto, ¿cuál sería y por qué?

#### La lectura

11. ¿Qué te gusta leer?
12. ¿Cómo describirías la experiencia de leer un libro?
13. ¿A qué otra experiencia crees que se parezca la experiencia de leer un libro? ¿Por qué?

14. ¿Por qué crees que la gente lee libros?
15. ¿Qué le dirías a una persona para que leyera un libro?
16. ¿Qué libros has leído?

#### El lector

17. ¿Qué es para ti un lector?
18. Si te pidieran que imaginaras al lector como un personaje, ¿qué o cuál sería?
19. ¿Qué características tiene un buen lector?
20. ¿Cómo describirías a un mal lector?